

historia de la vera antigua

josé ángel tapia garrido



HISTORIA DE LA VERA ANTIGUA

Por
José Angel Tapia Garrido

PREMIO MONTORO-BETES 1972

EDITA:

Servicio de Publicaciones
de la Excm. Diputación Provincial

FOTOCOMPOSICION E IMPRESION:

Almería de Ediciones, S.A.
Avda. Montserrat, 151
Tlfs. 22 40 00 - 22 40 54
04006 Almería

I.S.B.N.: 84-505-5920-0

Depósito Legal: AL - 185 - 1987

INDICE GENERAL

Introducción

Capítulo 1.º **PREHISTORIA DE VERA Y SU TIERRA** Pág. 7

- SUMARIO: I. **Geografía y geogenia de la tierra de Vera.**— Los accidentes de la costa. Ríos y sierras. La tierra de Vera, hoy. Geogenia de la tierra de Vera
- II. **El Paleolítico.**— Muelle de atraque. El Musteriense en la tierra de Vera. El hombre de Cro-Magnon. Período de transición.
- III. **El Neolítico.**— El Neolítico en el Sudeste. La cultura de las Cuevas. La cultura de Almería: poblados y sepulturas. El vaso campaniforme.
- IV. **El Eneolítico.**— Sistematización de la Edad de los Metales. ¿Movimientos de pueblos o intercambios comerciales? Aspectos parciales del Bronce I en el Sudeste Español. Pueblos. Necrópolis.
- V. **El Argar.**— Origen de la cultura argárica. Notas de la cultura argárica. Poblados argáricos.
- VI. **Los «veratenses» primitivos y sus circunstancias.**— Los «primitivos» de la tierra de Vera. El arte de marear. La vida urbana y la economía. Inquietudes religiosas de los hombres prehistóricos.

Capítulo 2.º **COLONIZADORES** Pág. 93

- SUMARIO I. **Los «veratenses» en la protohistoria.**— El milenio anterior a la era cristiana. La cultura ibérica. Una cultura sin ciudad. Mastienos y bastitanos. Arte y artesanía. Los campos de urnas almerienses.

- II. **Colonizadores históricos.**— La expansión fenicia en Occidente. Las colonias fenicias en el Sur y Sudeste hispanos. Villaricos. La Baria fenicia. ¿Molybdana en Villaricos? La segunda ocupación púnica. Baria cartaginesa.
- III. **Los romanos en Villaricos.**— Guerras de conquista y civiles. Villaricos entre la Bética y la Tarraconense. Romanización. La Baria romana. Inscripciones latinas.
- IV. **Vida y cultura.**— Los que recibieron a los colonizadores. El Cabezo de las Herrerías. El garum de Villaricos. Otras facetas de la economía. Topónimos antiguos. Religiones precristianas.
- V. **Iglesia y Estado.**— La Iglesia en Villaricos. Visigodos y bizantinos.

Capítulo 3º **VERA EN LA ESPAÑA MUSULMANA** Pág. 169

- SUMARIO:
- I. **La cora de Tudmir durante el emirato y el califato de Córdoba.**— La invasión victoriosa. Peripecia de las tierras del Sudeste. Vencedores y vencidos. El ducado de Teodomiro se transforma en la cora de Tudmir. ¿Roldán en la costa de Carboneras? La guerra de la hoja de parra. El rey de Lorca.
 - II. **Del siglo XI al siglo XIII.**— La tierra de Vera durante los reinos de taifas. Disputa y guerra entre los reyes de Almería y Sevilla. Los almorávides en el Andalus. Los almohades y el buen rey Lobo. Ben Hud, rey de Murcia y Almería. Los principios del reino de Granada.

Capítulo 4º **LA GUERRA DE FRONTERAS** Pág. 197

- SUMARIO:
- I. **La tierra de Vera en la Baja Edad Media.**— Pueblos y hombres de la tierra de Vera. La frontera con el reino de Murcia. Los hombres de la frontera.
 - II. **El reino de Granada se consolida.**— Muhammad II el Teólogo (1273-1302). Conspiración contra Granada. Ocupación castellana de Lubrín. Luchas intestinas en Granada de 1310 a 1333. En el apogeo del poder.
 - III. **Guerras civiles en Granada y Castilla (1391-1432).**— La frontera de Vera a principios del siglo XV. El asalto de Vera y la batalla de Zurgena. Los asedios de Húrtal. Muhammad IX el Izquierdo en Vera.
 - IV. **Un dictador en Granada.**— Conquista de la Ajarquía almeriense por los murcianos. Muhammad X el Cojo. La derrota de los Alporchones de Lorca. Asalto y destrucción de Mojácar por Alonso Fajardo el Bravo. Lenta agonía del reino nazarita.

Capítulo 5º VERA LA VIEJA **Pág. 255**

SUMARIO: I. **La Guerra de Granada.**— Incidencias de la misma en la frontera de Vera de 1482 a 1488. Preparación de la campaña de Vera. Conquista de Vera y la Ajarquía almeriense. Reacciones de Boabdil y de El Zagal.

II. **Implantación de la administración castellana en la tierra de Vera.**— De mudéjares a moriscos. Organización militar de la tierra de Vera. Realengos y señoríos. El Fuero de Vera. Establecimiento de la Iglesia Católica en la tierra de Vera.

III. **Dstrucción de Vera la Vieja.**— El terremoto de 1518. Principios de la Vera actual.

Apéndice 1º EL FUERO DE VERA **Pág. 299**

» 2º **REPARTIMIENTO DE VERA, DE 1496** **Pág. 307**

» 3º **REPARTIMIENTO DE VERA, DE 1510** **Pág. 309**

» 4º **REPARTIMIENTO DE MOJACAR, 1491-1493** **Pág. 313**

Fuentes y Bibliografía **Pág. 315**

INTRODUCCION

De las tierras de España, la que primero comenzó a mostrar una vitalidad desbordante fue la «tierra de Vera». Abierta a las influencias mediterráneas, con una personalidad definida al comenzar los tiempos neolíticos y con riquezas mineras a flor de piel, recibe de Oriente nuevas ideas sobre el modo de progresar explotando una rudimentaria metalurgia, las reelabora, las extiende por Andalucía y Levante y consigue la primera aglutinación de las «Españas primitivas», uniéndolas con las culturas que hoy llamamos de Almería y de El Argar. Por esto merece ser llamada MADRE DE LAS TIERRAS DE ESPAÑA.

Desde las sierras de los Filabres y de las Estancias hasta la mar, entre el cabo de Gata y Cartagena, la tierra de Vera vive su peripecia histórica a saltos de milenios sobre los hitos de La Zájara, el Garcel, El Argar, Baria y Vera la Vieja, desde la má remota antigüedad hasta el 1518. De este primer período no cabe circunscribir la historia de una determinada población actual, pues por incompleta carecería de sentido. Solamente a partir de 1518 se puede escribir la historia de cada una de las poblaciones de la tierra de Vera y, aún así, habría que agruparlas por circunscripciones administrativas, realengas y señoriales antes del 1834, o por partidos judiciales después. Es casi en nuestros días cuando las comarcas naturales se diferencian en divisiones artificiales, más o menos acertadas.

Vera señorea en el espacio y en el tiempo la tierra que da nombre. Su traslado desde Villaricos al cerro del Espíritu Santo y, después, al llano de la Fuente Chica, lo demuestra. La Baria púnica de Villaricos hereda las culturas prehistóricas elaboradas en la comarca. La Baira musulmana del cerro del Espíritu Santo recoge la herencia de la Baria de Villaricos y la transmite a la Vera Nueva de los tiempos modernos, cuando la destruye el terremoto del 9 de noviembre del 1518.

Un enigma. **Pedro de India**, que pobló en Vera entre 1494 y 1496, ¿era uno de los indios que trajo Colón en su primer viaje, cuando descubrió América? Si fue así, él a su vez fue el primer indio que descubrió Vera.

He intentado la aventura de desvelar la peripecia de la Vera de los tiempos antiguos. Mi navegación fue feliz pues alcanzó el premio MONTORO-BETES 1972. Aquel trabajo ha sido remodelado y enriquecido desde entonces en un ciento por ciento. Lo ofrezco a los vecinos de Vera.

Almería, 19 de marzo de 1987
El autor

Capítulo 1º

PREHISTORIA DE VERA Y SU TIERRA

SUMARIO

- I. **Geografía y geogenia de la tierra de Vera.**— Los accidentes de la costa, Ríos y sierras. La tierra de Vera, hoy. Geogenia de la tierra de Vera.
- II. **El Paleolítico.**— Muelle de atraque. El Musteriense en la tierra de Vera. El hombre de Cro-Magnon. Periodo de transición.
- III. **El Neolítico.**— El Neolítico en el Sudeste. La cultura de las Cuevas. La cultura de Almería: poblados y sepulturas. El vaso campaniforme.
- IV. **El Eneolítico.**— Sistematización de la Edad de los Metales. ¿Movimientos de pueblos o intercambios comerciales? Aspectos parciales del Bronce I en el Sudeste español. Poblados. Necrópolis.
- V. **El Argar.**— Origen de la cultura argárica. Notas de la cultura argárica. Poblados argáricos.
- VI. **Los «veratenses» primitivos y sus circunstancias.**— Los «primitivos» de la tierra de Vera. El arte de mear. La vida urbana y la economía. Inquietudes religiosas de los hombres prehistóricos.

I. GEOGRAFIA Y GEOGENIA DE LA TIERRA DE VERA

Los accidentes de la costa.— A la tierra de Vera hay que entrarle por la mar, que es su ancho camino abierto a las otras orillas del Mediterráneo, cuando su oficio durante milenios fue recibir culturas foráneas, reelaborarlas en el radiante crisol de sus piedras resacas y lanzarlas hacia las otras tierras de la Península Ibérica.

Las coordenadas geográficas de la tierra de Vera se tienden entre los 37° y los 37° 30' de latitud N. y los 2° de longitud E. del meridiano que pasa por Madrid. Los Siret contemplaron las coordenadas históricas y existenciales de esta tierra nutricia de hombres, de ideas y de artes y modos de vivir, en el ancho seno que se acuna entre las sierras Cabrera, de Bédar, de Almagro, de la Ballabona y Almagrera y la orilla de la mar, que se encrespa o se recuesta desde la Punta de la Media Naranja a la Torre de las Aguilas (1). Así la vio el Udri, un musulmán almeriense del siglo XI y así la venían viendo los hombres desde los lejanos tiempos del Paleolítico.

Para Otero Pedrayo, la tierra de Vera centra y ciñe la unidad de las tierras almerienses por la atracción que sobre ellas ejerce la costa bastetana y la peculiar cuenca baja del Almanzora que en ella se abre a la mar. Contemplada desde Oriente, la ensambladura de las tierras almerienses cobra sentido y se explica por esta costa y esta tierra de Vera (2).

Desde la Punta de la Vela Blanca, situada en el índice mismo del cabo de Gata, hasta la Torre de las Aguilas, que se alza en el confín murciano, las series de puntas de sierra de Gata y sierra Cabrera, el playazo y delta del Almanzora y las rápidas caídas sobre la mar de sierra Almagrera dominan la monotonía de la costa, encadenada teoría de acantilados y caías, destacando el añil de la mar y los tonos cálidos de las rocas sobre los perfiles de las sierras penibéticas de Alhamilla, Filabres y Estancias, bien esculpidas en el aire brillante y transparente que las envuelve (3).

Los pequeños accidentes de esta costa, descritos con mimo y delicadeza de artesano en el mapa de Coello —1855—, son, desde la Punta de la Media Naranja o Mesa de Roldán, mojón milenario entre las tierras de Vera y Almería (4), hito natural que une y diferencia las sierras de Gata y Cabrera, éstos cuya monótona relación animan legendarios nombres marineros:

Punta y caía de la Media Luna, punta del Farallón, caía del Frailecico o del Falcón, punta de las Salinicas, playa del Corral, playa del Terrero Blanco, playa y fondeadero de la Carbonera, **Carboneras**, punta e islote de San Andrés de la Carbonera, punta del Rayo, playa de la Cueva, Piedra de la Galera.

Desembocadura del río Alías, playa del Algarrobo, punta del Peñón o de los Diablos, Fron-

tones, rambla y playa de la Granatilla, El Sombrerico, cala de la Roca, Peñón del Moro, playa del Bol de Henares, fuente de las Cabras, Peñón de Masenas, playa del Corralete, rambla de Masenas, playa del Bol Mayor, La Ferrería, Estrecho del Fadin, Las Funtanicas, La Sillica, Peña y punta del Cantal, rambla y punta del Cantalico, rambla de los Moros, Peña de Vilasán, rambla y playa del Descargador, **Mojácar**, Charcos Bermejos.

Desembocadura del río de Aguas, playa de los Bololicos, Las Covetas, **Garrucha**, El Martel, Bol de las Melvas, Almicar.

Desembocadura del río Antas, Puerto Rey o golfo de Vera, El Boliche, **Palomares**, punta de los Hornicos, El Bubar.

Desembocadura del río Almanzora, **Villaricos**, casas y ermita de San Francisco, las Caletas, Montroy, Las Hermanicas, barranco de Puerto Coche, barranco de Tierras Rojas, barranco del Sombrerico, barranco de la Torre del Mar, barranco de Pinalbo del mar, Almagrera, Barranco Chico, cala de Cristal, puntal del Ruso, Hospital del Mar, cala de Sarria, Instancia, barranco del Algarrobico, barranco de Triguerras y Triguericas, puntal de Sarria, Barranco Negro, barranco del Acebuche Quemado, punta y caletas de Cabezo Negro, El Bramador, rambla del Paso del Esparto, punta de la Galera, cañada de Jarabia, cañada de la Galera, cala de Los Islotes, cala de la Cueva, calas de la Cruceta, isla de los Terreros, **San Juan de los Terreros**, cala del Barranco de la Torre, calica de la Punta, calica de los Rebelados, cala y cabezo de los Terreros, boca y playa de la Cañada Blanca, Cala Reona, Cala Cerrada o de Morotarraris, playa y cala de la Cañada Brusca, cala del Pino o de Montelentisco, playa de la cañada de Mahoma y Santiago, mojón de los Reinos, playa del Canalete, Rambla Seca o de Pulpí, Torre de las Aguilas.

A estas playas y calas arribaron durante milenios las naves de los colonizadores de Oriente y del enfrente africano, por las ramblas rayadas en las tierras luminosas subieron al interior y en las mesetas aluviales establecieron sus poblados frente a los indígenas de las cuevas de las sierras vecinas.

Ríos y Sierras.— Recorramos las ramblas y los ríos reseñados. El Alías se forma en la sierra Alhamilla con la rambla del Carrizal, que baja de Huebro, y la del Escaramujo; recibe la rambla de las Colmenillas, que baja de Lucainena, y la de la Almazarilla y Rambla Gorda, que bajan de Turrillas, y que Otero Pedrayo llama de Gafarillos y Polopos porque pasan cerca de estas aldeas (5), y lleva sus aguas a la mar, cuando las lleva, por la playa de Carboneras.

El río de Aguas se forma junto a Sorbas con la rambla de la Mojonera, en la que se juntan las del Campillo, el Aguador y las Piedras, que vienen de Ulella del Campo, y con las del Marqués y el Ramblizo, que bajan de los cerros de Lubrín; recibe la rambla formada por las de El Chive y Bédar; llega a la mar por la playa de Mojácar, entre los Charcos Bermejos y los Bololicos.

El río Antas se forma por encima de este pueblo con la rambla del Mcreno, que baja de Lubrín, y las que le llegan de las Torres de la Bayabona; muere en Puerto Rey, junto a la playa de Almicar.

El Almanzora con sus 125 kilómetros de curso es el río más largo de la árida y torrencial cuenca almeriense. Corre por el valle a que da nombre, acunado entre las sierras de los Filabres y de las Estancias, marginado de mesetas, lomas y barrancas «de cegadores tonos blancos y bermejos», convertido en centro de la Almería interior (6). Nace en la cortijada de los Santos, por las alturas de Aldeire, término de Serón a 1.937 m de altitud. Baja a grandes zancadas y queda en Aldeire a 975 m, en la unión con la rambla de Albox a 298, en el cruce de Overa a 174, frente a Cuevas de Almanzora a 63, frente a Vera a 36. Por Villaricos se mete en la mar (7).

De la sierra de las Estancias recibe, de O. a E. las ramblas de Jauca, Higueral, Royo de Urracal, Olula, Albex, Almajalejo, Rambla Grande, Moncocar y Canalejos; de la sierra de Filabres le bajan las de Ramil, Boronat, Bacares, Sierro, Macael y Albanchez (8).

Al último tercio de su curso llamaron los musulmanes río de Vera; antes tuvo otros nombres, como después veremos. En este tramo recibe las ramblas de Limaria, Bédar, Albarices, Cortijo del Lobo y Mulería. Las madres de estas corrientes formaron las anchas avenidas por las que las culturas prehistóricas penetraron en el interior.

Las alturas culminantes de las sierras que definen la tierra de Vera son, en Sierra Almagrera, el Tenerife con 368 m, y en Sierra Cabrera, el cerro de la Ermita, de 950 m. Las alturas máximas de la sierra de los Filabres quedan lejos, en la Tetica de Bacares, 2.080 m, y en el Calar Alto, 2.168 m. La altura más próxima de la sierra de las Estancias tiene 1.241 m en el Cabezo de la Jara (9).

En el paisaje destacan las zonas mineras con las entrañas vacías. Los secanos esteparios se entreverán con las vegas de verdor intenso en un contraste, siempre emocionante, de estepa y oasis, tan acusado en la tierra de Vera que constituye su carácter dominante, contraste que Sermet explica porque ni las cadenas montañosas de la costa dejan pasar las brisas de la mar ni las del interior guardan suficientes reservas de agua. En el árido entorno de Vera se multiplican las rocas desnudas y el reino mineral ejerce un dominio casi absoluto, apareciendo las manchas verdes y acogedoras en las inmediaciones de los núcleos de población, formados junto a los escasos manantiales desde el lejano Neolítico.

La tierra de Vera hoy.— La tierra de Vera alberga hoy unos cuarenta y ocho mil habitantes en 1.300 metros cuadrados, lo que da una población relativa de 37 habitantes por kilómetro cuadrado, que casi coincide con la densidad media de la provincia que es de 41. El término del partido judicial de Vera se corresponde con el de la antigua alcaldía mayor. Tiene nueve municipios: Vera, Antas, Garrucha, Mojácar, Turre, Carboneras, Lubrín, Bédar y Los Gallardos. Se añaden catorce aldeas: El Marchal, El Campillo de los Moletas, El Pilar, El Chive, Serena, Jauro, Aljariz, El Real, Alfaix, Los Collados, Los Giles, La Carrasca, El Agua del Medio y El Llano de Don Antonio. Son cortijadas de Vera Los Amarguillos, Cabuzana, Cañada de San Pedro, Cañada del Alamo, Cuesta de Garrucha, Espíritu Santo, El Hacho, Invernones, La Jara, La Loma, Llanos de Rosa, Media Legua, Morata, Nueve Oliveras, San Antón y Solimana. Son cortijadas de Mojácar el Albardinar o Gurullos, Alcandías Bajas, Alcantarilla, Aljuézar, Barranco del Moro, Barranco de Micar, Cueva Negra, Eras del Lugar, Huertas de Abajo, Jacís, Marinas, Peñones y Sopalmo.

El partido judicial de Cuevas del Almanzora comprende los municipios de Cuevas del Almanzora y Pulpí, con quince aldeas —Pozo de la Higuera, El Comboy, La Fuente, Los Guiraos, Los Lobos, Guazamara, El Alhanchete, El Caiguerín, El Rulador, Jucainí, Los Pocos Bollos, Las Herrerías, Villaricos, Palomares y Las Bombardas. En los términos municipales de Huércal-Overa y Zurgena están las aldeas del Puertecico, La Fuensanta, Abejuela, Góñar, La Hoya, Húrcal, Santa María de Nieva, Las Norias, La Rambla Grande, La Parata, El Saltador, Almajalejo, Los Ruedos, Los Menas, Santa Bárbara y Alfoquia.

Algunos antiguos núcleos de población quedaron despoblados en el último tercio del siglo XVI. Overa, Bedarín, Serena, Teresa y Cabrera (10). De éstos, los que han resurgido han quedado en pequeñas cortijadas.

Geogenia de la tierra de Vera.— «El geólogo constata en esta comarca —dicen los hermanos Siret— fenómenos singulares, convulsiones naturales asombrosas, erupciones plutónicas de época y naturaleza muy distintas, una red de filones de galena argentífera de la mayor

importancia, una serie interesante de terrenos sedimentarios y la influencia de erupciones volcánicas sobre los mismos. Vemos aquí un golfo terciario al que han venido a encallar los animales marinos y los más diversos moluscos con una abundancia verdaderamente extraordinaria. Vértebras de colosales dimensiones están escondidas bajo las margas pliocenas de Cuevas; a cada momento el paseante queda sorprendido al ver lechos horizontales llenos de grandes huesos, se tienden sobre margas de considerable longitud. La diversidad de rocas no es menos interesante; se observa aquí la serie más completa de los minerales de cobre, plomo y plata, y estos metales en estado nativo; compuestos de hierro, de óxidos de manganeso, de numerosos silicatos entre los que citaremos la lazulita» (11).

La visión de los Siret acucia nuestra curiosidad por conocer la formación de la tierra de Vera. Hay bastantes estudios sobre la geogenia de esta comarca; pero los publicados, a medio siglo de distancia han quedado desfasados y los más recientes no se han publicado aún. Mientras se publican vamos a dejar constancia de unos testigos de excepción: los fósiles hallados durante los últimos cien años.

Durante el Mioceno grandes cetáceos penetraron en los golfos y ensenadas formadas entre las sierras Cabrera y Almagrera, Filabres y Estancias. Vilanova asegura haber visto empujados en el suelo, en las cercanías de Cuevas del Almanzora, los esqueletos fosilizados de estos cetáceos y de paquidermos antediluvianos. Monreal recogió en el mismo sitio veinte quintales de grandes huesos fósiles. Científicos actuales afirman haber encontrado restos de setenta y cuatro balénidos. Flores asegura que en la sala de armas del castillo de los Fajardos se guardaba un colmillo de elefante, reseñado en el inventario de 1668; cree que debió hallarse en la citada población, pues a una de las plazas se la llamaba, desde antiguo, «del colmillo» (12).

Conchas fósiles se han encontrado en Cuevas del Almanzora, en el barranco del Chorreador, la rambla de los Tiradores, El Saltador, y El Tarrajal del término de Huércal-Overa, en las sierras Almagrera y de Almagro, en la loma de Farax y en la playa de la Cañada Blanca (Pulpi). Destacan las defensas de Elephas, primigenius encontradas en el litoral y en Cuevas del Almanzora. Las margas de la bahía de Vera y de los alrededores de Garrucha son muy ricas en foraminíferos, de los que se han encontrado 129 formas. Según Schrod, Garrucha es la localidad más rica en foraminíferos del neogeno español. Del Plioceno lacustre, Monreal encontró Linneas e impresiones de Paludinas en las margas azuladas del camino de Almajalejos (Huércal-Overa) (13).

Una muestra de vulcanismo mediterráneo tenemos en el Cabezo de María, montículo de 240 metros de altura situado entre Bédar y Antas, de cuya corriente de lava quedan tres manchones al Este de Vera. La roca característica de esta erupción es una limburgita tan curiosa y notable que Osann creyó conveniente formar con ella una nueva especie que llamó **verita** por Vera, en cuyos alrededores se encuentra (14).

De cuevas y grutas naturales habría que reseñar la Gruta de la Sierra (Huércal-Overa) con calizas triásicas metamorfoseadas, explorada por Cortazar; la cueva de Gatas (Mojácar) con calizas triásicas y la del Cabezo de Moro (Vera) con margas pliocenas, exploradas por los hermanos Siret (15).

El oro y el cobre, utilizados ya por los hombres del Neolítico, se encuentran en esta tierra; Siret halló y estudió muestras de su explotación en los yacimientos descubiertos por él (16). Hay cobre en la cordillera Bética, desde Granada a Cartagena (17). El hierro abunda relativamente en Sierra Almagrera (18). Por el plomo argentífero fueron famosas en la antigüedad las minas de Sierra Almagrera y por la plata nativa el Cabezo de las Herrerías, que se presentaba como mineral secundario en formas afiligranadas y esponjosas (19); cartagineses y romanos obtuvieron cantidades inmensas de galena para beneficiar la plata, y el plomo lo utilizaron en cañerías y proyectiles (20). Las referencias de los escritores clásicos a las minas de plomo y plata de la zona de Cartagena habría que fijarlas en Sierra Almagrera y secunda-

riamente en Mazarrón, pues la zona minera que se extiende entre los cabos de Gata y de Palos tuvo su núcleo más rico y famoso en el citado Cabezo de las Herrerías, el primero en ser explotado en Occidente.

Durante las épocas glaciares e interglaciares el clima era benigno en la costa del Sudeste, con temperaturas medias que frisaban en los 12-13 grados. Esta zona debió servir de refugio a la fauna caliente que en los veranos subía al Norte (21). Hoy la tierra de Vera se incluye en la Iberia árida, con pocas lluvias, intensa reverberación y transparencia, y complejos este-páricos (22). Se debe a la extremosa influencia del clima africano, que ofrece días de sol espléndido, firmamento diáfano, años sin llover, temperaturas suaves, todo lo cual desnuda la tierra y sólo deja sobre ella mazcollas de esparto y plantas serofitas (23).

Sobre este panorama alucinante, junto a los escasos manantiales los hombres construyeron los poblados que hemos reseñado y otros que se han perdido, plantaron arboledas, cultivaron huertos, crearon sus pequeños paraísos en los que durante miles de años representaron su comedia dramática, festiva, irónica, existencial, a la que tratamos de aproximarnos en este estudio.

II. EL PALEOLITICO

Muelle de atraque.— Llevados de la curiosidad, visitamos un museo arqueológico. Si desconocemos la identidad y calidad de los objetos que se muestran en sus vitrinas, éstos no nos dirán nada, parecen estar en un cementerio aséptico. Necesitamos al hombre que los sepa devolver al lugar que ocuparon en el tiempo y en el espacio. Este carisma lo tenía don Juan Cuadrado, su palabra enriquecía el Museo Arqueológico «Luis Siret» de Almería, en el que tantos objetos se guardan de su tierra de Vera. Muy distinta es la emoción que experimentamos, cuando visitamos un yacimiento prehistórico. Pisamos tierra en la que hace miles de años vivieron unos hombres, nuestros primeros antepasados, que sobre ella se afanaron y lucharon por la vida y entre aquellas piedras acomodaron su última morada. Pero pasaríamos sin advertirlo, si el fino olfato del arqueólogo, que es como un sexto sentido, no lo hubiera descubierto antes y trabajado amorosamente con sus manos, pasando para nosotros, como si de las hojas de un libro se tratase, las diversas capas dejadas con sus reliquias por las generaciones que allí se sucedieron, capas que, interpretadas, nos descubren la vida y muerte de sus vecinos, su procedencia, sus aspiraciones, sus realidades.

Tanto la arqueología de campo como el estudio de museo y gabinete requieren trabajo largo y paciente, una dedicación total. Es la labor que realizaron los hermanos Siret, de un modo especial don Luis, en la tierra de Vera desde el 1881 al 1934 que muere en ella. ¡Tanto le enamoró y sujetó! Otros arqueólogos y prehistoriadores han mirado y remirado después cada objeto, lo han sopesado y medido, han trazado sus coordenadas en el tiempo y en el espacio, y nos han explicado el origen, la evolución y el fenecimiento de cada cultura. De su mano, vamos a tratar de conocer la aventura del hombre sobre la tierra de Vera, lo que ya constituye otra aventura que aguza el mordiente de nuestra curiosidad.

No debe extrañarnos que los hallazgos más numerosos e importantes se agrupen entre el Cabo de Gata y el de Palos, principalmente en la tierra de Vera, entre la mesa de Roldán, la sierra de Lubrín y Cartagena. Sus costas fueron durante milenios los «muelles de atraque» de los hombres que llegaron por la mar y sus ramblas y ríos, secos, los caminos que los llevaron a las tierras del interior, ricas en minerales, que enriquecieron al mundo antiguo. Estas circunstancias, el ser atrio de España y tesoro del Mediterráneo, hicieron de la tierra de Vera crisol y plataforma de las culturas que lentamente fraguaron la unidad de las tierras ibéricas.

«Desde el Paleolítico —advierte Sánchez Albornoz— la Península estuvo étnica y culturalmente mucho más unificada de lo que se venía suponiendo» (24). Habían de pasar aún varios miles de años para que Marcial pensara y escribiera como un español actual, pero ya en los lejanos tiempos del Cuaternario la prehistoria de España comienza en la tierra de Vera y es la historia de Occidente.

Los tiempos de esta historia se pueden separar en dos grandes porciones, situando el mojón divisorio entre el Paleolítico y el Neolítico, entre el período de la piedra vieja y el de la piedra nueva. «Es un grave error —advertía Siret— considerar la época neolítica como el fin de una edad, la de la piedra, pues es el comienzo de una era nueva, la era actual» (25). Lo tocamos cada día con las manos en las mil manifestaciones del mundo agrícola y ganadero. San Valero sigue a Siret y divide la historia del hombre en dos grandes épocas: la Edad Antigua, en la que incluye el Paleolítico durante el cual el hombre es un gran cazador, y el Mesolítico, período enigmático de hombres recolectores, y la Edad Moderna, que comienza en el Neolítico (26).

El Musteriense en la tierra de Vera.— Hace poco más de medio siglo que aún nos enseñaban en la escuela que el primer poblador de España fue Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé. La cosa comenzó al final del siglo XV, cuando a un fraile italiano, fray Juan Anio de Viterbo, se le ocurrió adular a los españoles inventándoles un «místico antecesor» con la mezcla ingeniosa de frases del Génesis y de Flavio Josefo. Ocampo, Morales y Mariana le siguieron la corriente y el invento quedó autorizado, aunque Vives, Vergara y Barrientos los rechazaron (27). Henríquez de la Jorquera (28) y Orbaneja (29) hicieron arribar a Tubal a las costas almerienses y Castro Orozco (30), en el siglo pasado, acabó de ilustrar la «historia» al milímetro. Tales fantasías han sido barridas por la arqueología en los últimos cien años. Últimamente, la «nueva arqueología» pone en duda la tesis de que el Oriente Medio fue la cuna de nuestra civilización, la región a partir de la cual se introdujo en el resto del mundo el uso de los metales y la cultura urbana (31). No vamos a seguir recitando la cantinela escolar de la venida de Tubal. Tampoco vamos a quedar pendientes de los avances de la nueva arqueología, porque está en los comienzos y sus pasos son titubeantes. Vamos a seguir las huellas del hombre antiguo en nuestra tierra por los hitos alzados durante el último siglo por «arqueólogos y prehistoriadores. Seremos felices si conseguimos abrirnos paso en la selva apretada y compleja de sus opiniones, cambiantes a veces y con frecuencia contrapuestas.

De acuerdo con los esquemas en uso, el hombre primitivo aparece al comenzar la edad Cuaternaria y progresa lentamente en la utilización de los medios que la naturaleza le proporciona para vivir. Durante miles de años, cuatro glaciaciones, separadas por tres etapas interglaciares, ambientan, obstaculizan y favorecen su existencia. Estas glaciaciones se conocen en Europa por los nombres de Günziense, Mindelliense, Rissense y Würmiense. Medio millón de años separan la primera de la última, según la cronología de Zenner (32). Durante los períodos fríos, el clima en las costas meridionales y del Sudoeste hispano fue benigno, con medias comprendidas entre los 12 y 13 grados centígrados, por lo que las tierras de su hinterland sirvieron de refugio a la fauna caliente, que en el verano subía al Norte peninsular, zona en la que hubo infiltraciones de fauna glacial con reno y mamut. El hombre poblaría, casi exclusivamente, la periferia (33). Los fósiles, descubiertos últimamente en Venta Micena (Orce), junto al camino antiguo, que subía de Villaricos-Cartagena a los yacimientos mineros de Castulo (Jaén) elevan el techo cronológico de la arribada del hombre a nuestra tierra; pero debemos esperar con paciencia, los resultados de un estudio, que, según dicen, durará treinta años.

Entre las glaciaciones y las interglaciaciones los arqueólogos han ido descubriendo los rastros de las distintas culturas desarrolladas por el hombre. ¿Cuándo creen los arqueólogos

y prehistoriadores que comenzó la vida del hombre sobre la tierra? Maringer pone el Eolítico al final de la era Terciaria y en el interglacial que separa las dos primeras glaciaciones, las industrias Clactoniense y Abbevillense, mientras que Almagro no ve vestigios humanos en tales etapas; el primero pone las industrias Levalloisiense, Achelense y Clactoniense entre la segunda y tercera glaciación y el segundo solamente sitúa entre las mismas un Prechelense. En la tercera interglaciación, antes del cuarto y último período glacial, arqueólogos y prehistoriadores coinciden en encuadrar el Paleolítico Inferior, la etapa más antigua de la «Piedra vieja», con las industrias conocidas por Chelense Superior, Achelense Inferior, Achelense Superior y Musteriense, éste más caracterizado y distinto por la técnica de las lascas. En la última glaciación, la Würmiense, se desarrollaron las industrias del Musteriense Superior y las del Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense del Paleolítico Superior. En el período postglacial que le sigue y que aún estamos disfrutando, se pone el Mesolítico, etapa intermedia de cinco mil años de duración, mal conocida, en la que se desarrollan las industrias Epigravetiense y Capsiense. Sigue el Neolítico o período de la «Piedra nueva», peor conocido aún que el anterior en sus facies hispana, con los complejos culturales de las Cuevas y de Almería, y los Bronces hispanos con Los Millares y El Argar. Con la Edad del Hierro entramos en la protohistoria, época de las colonizaciones (34).

Entre las cuatro épocas frías y las tres cálidas intercaladas se acoplan los dos primeros mundos industriales Clactoniense, Levalloisiense y Musteriense Inferior, y otro de perfecta talla bifacial, con las industrias Achelense y Musteriense Superior. En el primero los hombres se limitan a retocar con algún golpe las lascas más apropiadas; en el segundo se entretienen y recrean en darles un aspecto más bello. Esto no se debe a un paso cultural ascendente, como pudiera suponerse, sino que fue impuesto por las circunstancias, que durante los períodos glaciales impedían tallar el sílex helado, mientras que en las cálidas etapas interglaciales permitían recrearse en su talla (35).

La más antigua industria paleolítica que dejó rastro en la tierra de Vera fue la Musteriense, definida «por sus lascas, de plano de percusión preparado con retoque de hábiles goipes, e incluso llega a mostrar piezas de talla bifacial» (36). Esta cultura toma nombre del yacimiento francés de Le Moustier, se desarrolla durante el último período interglacial y el principio de la última glaciación; sus objetos característicos son las hachas de mano triangulares, las puntas de dardo finas, raederas, hojas alargadas, buriles toscos y perforadores (37). Los hombres que desarrollan esta cultura son elementos de los anteriores pueblos achelenses y de otros pueblos de procedencia desconocida, dominados por un nuevo tipo humano, el hombre de Neandertal, que tiene una altura media de 1,60 m, piernas cortas y musculosas, tronco achaparrado, cuello corto, cabeza voluminosa, frente huida, toro supraorbital pronunciado, grandes órbitas oculares, el maxilar superior prominente y la mandíbula inferior robusta; las dificultades y contratiempos obran sobre él como estimulantes, de un modo que nunca llegaremos a entender. Llevaba consigo las armas y herramientas de piedra que hemos relacionado; el pedernal fue para él la materia prima más importante (38).

Estos hombres se reunían en pequeños grupos nómadas que se movían por las costas y los ríos, vivían en cuevas y en campamentos al aire libre, usaban del fuego y, para subsistir, se dedicaban a la recolección de frutos naturales, la pesca y la caza de caballos, toros, bisontes y paquidermos. Su vida espiritual se colige de su gusto por los adornos corporales, la magia de la caza y el modo de los enterramientos, que los hacían colocando el cadáver de cúbito supino, con el tronco y la cabeza vueltos ligeramente hacia la izquierda y las piernas muy encogidas (39).

Las cuevas del Sudeste que acogieron a los neandertalenses están en las provincias de Almería, Granada, Jaén y Murcia. Siret, que escavó algunas, dice que presentan una suce-

sión de industrias líticas paralelas a las de las cuevas francesas; en la base hay restos de un musteriense clásico, sigue un solutrense importante para terminar con microlitos magdalenenses en los depósitos superiores (40).

Hace entre cincuenta mil y cien mil años que unos hombres neandertalenses llegaron a la cueva de la Zájara, que se abre en un cerro de 108 metros de altitud, situado en la orilla izquierda del Almanzora, por el kilómetro 10 de la carretera de Cuevas del Almanzora a Villaricos, y se establecieron en ella. Son los primeros «veratenses» de que tenemos noticia. Desde entonces hasta hace unos cinco mil años esta cueva acogió a hombres de diversas culturas, extremo éste muy interesante, que averiguó Pericot en el 1953 examinando las colecciones de Siret que se guardan en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, en las que encontró «unos sílex de la Cueva de la Zájara con una punta iberomaauritana indudable» (41). Entre los sílex musterienses y la punta de flecha iberomaauritana median muchos miles de años, que componen la etapa primera, más antigua y prolongada de la presencia del hombre en nuestra tierra.

Siret, el descubridor de este yacimiento y su único excavador hasta el presente, dice de él lo siguiente: «La industria más antigua es musteriense. El tipo nos lo ha suministrado la Cueva de la Zájara, cerca de Cuevas (Almería). Es un abrigo formado sobre el conglomerado básico de la segunda terraza cuaternaria del Río Almanzora; su descarga se hizo durante el período de excavación que termina por la formación de la tercera terraza. Los aluviones, que, a decenas de kilómetros de este lugar, me han dado algunos sílex de tipo musteriense, pertenecen probablemente a esta misma tercera terraza y deben ser contemporáneos de la ocupación del abrigo. El relleno, de cuatro metros de espesor, es homogéneo; lo he dividido en cuatro niveles, pero la industria es la misma en todo el espesor; en lo más alto encontré solamente cuatro sílex de formas más recientes. La mayor parte de los instrumentos es de sílex y bastantes son de cuarzo. De 7.500 objetos, conté 400 láminas, retocadas o no, 200 puntas de flecha, 600 raspadorras, 70 instrumentos con muescas, 40 buriles, 70 bifaciales, 150 núcleos de sílex, 100 núcleos musterienses en forma de disco. Los demás son cascos de sílex con algún retoque. De las puntas bifaces, unas pocas parecen chelenses, pero la mayor parte son pequeñas y del tipo Abri Audi, del Musteriense Superior. Los buriles, muy primitivos, son aristas de cascos no preparados, excepto uno que presenta algunos retoques. Los punzones, por su forma, son solutrenses. Un guijarro plano ha sido aguzado. Este yacimiento es del Musteriense clásico puro, sin rastro de intrusión de la industria que caracteriza en Francia el Paleolítico Superior. Las láminas existen en Francia desde el Musteriense inferior y no pueden servir para fechar más alto la Zájara. Los buriles aparecen en el mismo país desde el final del Musteriense» (42).

El otro yacimiento con rastros musterienses descubierto por Siret en la tierra de Vera se sitúa en la cueva de los Murciélagos (Lubrín). «Esta gruta —advierte— es peligrosa de excavar. Solamente he hecho un sondeo de metro y medio de profundidad en un terreno más o menos removido». Entre el material que encontró —núcleos, láminas, buriles, cuchillos, de sílex, cristal de cuarzo y obsidiana— destacan tres o cuatro puntas de la Gravette (musterienses), tres puntas de muesca solutrenses y algunos restos neolíticos. Los fragmentos de obsidiana presentan los ángulos redondeados; Siret advierte que son los únicos trozos de dicha roca que ha encontrado en tierra de Vera y supone que aquellos hombres los recogieron en la playa (43). Es ésta una estación musteriense paralela de la Zájara y habitada como aquella hasta los comienzos del Neolítico. Ambas siguen sin estudiar detenidamente.

Los otros yacimientos y hallazgos aislados musterienses del Sudeste se han producido en Río Claro (Vélez-Blanco), cuevas Vermeja y del Palomarico (Mazarrón), abrigos del Cejo del Pantano, Las Cabezuelas, cueva de la Fuente del Lentisco (Totaná), cueva de la Moneda (Sierra Espuña), Loma del Rubio, Llano de la Venta de las Navas, Venta de las Navas, Haza

de la Cabaña (Iznalloz), Cerrillo de Orea, Fuente de la Zarza, cueva de la Carigüela (Píñar), cuevas del Puntal y de Horax y Llano de la Estación de Huélago (Moreda), y el cazadero achehense de la Solana del Zamborino (44).

El hombre de Cro-Magnon.— Se suele situar el comienzo del Paleolítico Superior en el trigésimo milenio anterior a nuestra era y su final, en el octavo (45). Kühn eleva el comienzo hasta ponerlo en el milenio sexagésimo a. C. (46). El hombre que realiza las culturas de este largo período —veintidós mil años según los cálculos más moderados— es el Homo sapiens, que surge en el Próximo Oriente alrededor del comienzo del ápice de la última glaciación. Almagro, hablando del yacimiento de Uad-en-Natuf (Judea), dice al respecto: «Muy importante es señalar en este yacimiento, sobre todo en la cueva de Mugaret-es-Skul, la aparición de varios restos de hombres de Neandertal. Ofrecen ciertamente, dentro de esta raza, un gran poliformismo, y algunos de ellos llegan a mostrar rasgos del Homo sapiens de Cro-Magnon. Se ha llegado a pensar en mestizajes y hasta en que allí pudo originarse, del hombre de Neandertal, el Homo sapiens; ninguna de ambas hipótesis tiene base suficiente y lo único que se puede afirmar es que los neandertalenses de Palestina se especializaron gradualmente, dentro de su raza, en dirección al Homo sapiens» (47). Más adelante explica que la avanzada evolución de los neandertalenses del Monte Carmelo, con rasgos cercanos ya y equivalentes a los del Homo sapiens, se debe a la prolongación allí de un Musteriense equivalente a nuestro Paleolítico Superior (48).

De dicho Homo sapiens o neoántropo se destacaron dos ramas que vinieron a Occidente, una por el Sahara y el Norte de África —un negroide dolicocefalo con industria capsense— y otra por Europa —un blanco branquicefalo que desarrolla el arte parietal— (49). El Homo sapiens es «un hombre alto y fuerte, de gran semejanza con el blanco europeo, que constituye la base esencial de todas las razas que habitaron nuestro continente». Se le conoce con el nombre genérico de Cro-Magnon, distinguiéndose subrazas más o menos afines, como la de Predmost y la de Chacelade, e infiltraciones de otras como las negroides de Grimaldi (50). Bajó exterminando a los neandertales y en la Zájara hace las paces y convive con ellos.

Estos hombres no producían, consumían tan sólo. Seguían en un estadio muy simple de desarrollo económico, se limitaban a tomar lo que la naturaleza les brindaba: plantas, frutos y animales. Seguían siendo recolectores y cazadores, nómadas. Para la caza siguen usando mazas, palos y trampas, pero el gran invento de este período es el arco y la flecha. Viven en cuevas y abrigos rocosos por la dureza del clima, y quizá en chozas. Se cubren con pieles de animales que cose con crines y tendones mediante agujas de hueso, se adornan con brazaletes y collares de conchas, amuletos, faldelines para la cintura, aros para las rodillas y gorros de plumas. Para beber usan cráneos y vasijas de madera. Cambian alimentos por conchas. Usan insignias que distinguen una jerarquía social, como son «los bastones de mando». Se entregan a la magia simpática, dan culto a los animales, danzan con máscaras, tienen sacerdotes-hechiceros y el totemismo constituye una etapa avanzada de su sistema social, con patriarcado, categorías por edad, ritos de iniciación, divinidades solares. Ponen en las sepulturas los cadáveres doblados y atados para que sus espíritus no perturben a los vivos, o los colocan boca abajo y ponen grandes piedras sobre ellos, para que, si resucitan, se metan más adentro. Cuando los huesos quedan mondos, los pintan y colocan en otra sepultura sobre una capa de ocre; tributan culto a los cráneos (51).

Tres industrias desarrolla el Homo sapiens durante el Paleolítico Superior: la Aurignacense, la Solutrense y la Magdaleniense. Las tres deben estos nombres a otros tantos yacimientos típicos franceses: Aurignac, Solutré y la Magdaleine (52). La primera se caracteriza por las tallas de sílex, especialmente las puntas y hojitas con fuerte borde retocado. La segunda, porque sus piezas adoptan la forma de hojas de laurel o de sauce. La tercera, por las peque-

ñas puntas biseladas, las azagayas y arpones de hueso y los bastones de mando. Las tres producen el arte cuaternario. Para la costa mediterránea española, después de la excavación y estudio de la cueva del Parpalló (Valencia) realizados por Pericot, ha cambiado la visión anterior; la imagen de una España capsienense, defendida por Breuil y Obermaier, ha caído por su base. La existencia de un Auriñaciense inferior o Perigordense inicial ha sido descartada. Jordá ha demostrado el paralelismo del Solutrense con el Gravetiense. El Magdaleniense ha quedado localizado en la región cantábrica y en el Norte de Cataluña (53). Pericot sostiene que el Paleolítico Superior en las costas mediterráneas es distinto al de las cantábricas (54).

De dos obras de Siret (55) toma Pericot los datos para hacer la siguiente relación de yacimientos o niveles de industrias del Paleolítico Superior en la tierra de Vera: hay un yacimiento gravetiense en la segunda cueva de la Zájara y en la cueva del Serrón (Antas); solutrenses, en las cuevas del Serrón y en la de los Murciélagos (Lubrín) (56).

Del yacimiento de la segunda cueva de la Zájara dice Siret: «A poca distancia de este abrigo (el del nivel musteriense) y sobre el mismo conglomerado se encuentra otro que yo llamo Zájara II; parece que se ha formado después que el primero fue abandonado. Su espesor es de 2,50 m y la industria es la misma en todo él». Relaciona a continuación las piezas encontradas: un cuarzo bifaz, 180 láminas pequeñas de sílex, 20 raspadores, 25 buriles, nueve cuchillos, un bello cristal piramidal de cuarzo, cinco puntas de flecha de la Gravette, 28 núcleos, algunos de tipo musteriense, 500 cascós y algunas conchas perforadas; estos útiles tienen las formas características del Auriñaciense Superior (57). «La falta de una publicación metódica —advierte Aimagro— es lo único que puede explicar el poco caso que se hizo de tan importantes hallazgos» (58). Tenemos, pues, en nuestra cueva de la Zájara un eslabón entre los hombres neandertalenses y los cromañones que los sustituyeron; pero al no estar superpuesto directamente el nivel auriñaciense del Zájara II al musteriense del Zájara I, sino separados, no podemos colegir cómo se llevó a cabo el relevo, si de un modo violento o por la vía del «consenso» que diríamos hoy, aunque la segunda manera parece la más probable, dado que los dos hábitat, vecinos, parecen coexistir durante algún tiempo; esos núcleos musteriense aparecidos en el nivel auriñaciense parecen probarlo.

De los seis niveles de la cueva de la Pernerá (Antas) solamente el segundo es solutrense (59). Siret encontró varias puntas típicas solutrenses en la cueva de los Murciélagos (60). Excavó el pequeño abrigo que es la cueva del Serrón, cuyo relleno, de metro y medio de potencia, dio abundante material solutrense en el que destacan tres puntas de flecha: una de muesca, otra de pedúnculo central y dos salientes y una tercera, corta y groseramente tallada por las dos caras (61).

Según Jordá, se acusa magdaleniense en la cueva de los Murciélagos (62). Siret dice que son magdalenienses todos los niveles estudiados de la cueva del Serrón menos uno y los de la cueva de la Pernerá, menos el segundo (63). También se acusan rastros magdalenienses en Cueva Humosa (Cuevas de Almanzora). En todos estos lugares sería necesario que nuevos hallazgos corroborasen la existencia de esta industria (64).

De los objetos encontrados por Siret se llevaron en el 1929 al Museo del Palacio Nacional de la Exposición Internacional de Barcelona catorce raederas, nueve hojas de sílex, una hoja de cuarzo y cinco buriles bifaciales musterienses; dos núcleos, cuatro raspadores, siete hojas, tres buriles y dos puntas gravetienses; un pecten con tallado y tres dentalium procedentes del nivel auriñaciense de la cueva de la Zájara (65).

Pérez Barradas asigna al foco del Paleolítico Superior del Sudeste una cultura autónoma, que se desarrolla sobre el terreno desde la época del Musteriense hasta las del Solutrense y el Magdaleniense. Sería la primera cultura elaborada en estas tierras. Camón Aznar que lo cita, señala a dicha cultura influencias africanas de culturas anteriores al Capsienense. Todo esto queda un poco al aire.

Período de transición.— El Mesolítico, llamado por algunos Neolítico antiguo, es un período de transición. Dura alrededor de seis mil años, se sitúa entre la última época glacial y el presente geológico, es el paso del Pleistoceno al Holoceno. Al final de la última glaciación los hielos se retiran, la vegetación se modifica y el clima cambia. Los animales de clima frío huyen hacia el Norte, unos hombres los siguen, otros quedan aquí viviendo con menos recursos al perder las piezas habituales de sus cacerías. Sobreviene una despoblación, se arruinan las culturas más refinadas, el benigno clima oceánico permite la vida al aire libre, los hombres acampan fuera de las cavernas, en su entorno, y, al alejarse los animales, han de buscar otros alimentos. Las profundas transformaciones climáticas influyen en el paisaje y en la fauna del hemisferio Norte. La economía y las industrias acusan un carácter transitorio (66).

«El Mesolítico —explica San Valero— representa en unos casos la perduración degenerada de viejas tradiciones paleolíticas, en otros la forzada adaptación a las nuevas circunstancias con pobres ensayos. Entre estos, en edad temprana y en lugares a propósito comienza un nuevo modo en el hacer histórico, que abandonando la forma paleolítica del usufructo de la Naturaleza mediante la caza, la pesca y la recolección de frutos naturales, introduce la explotación deliberada de la Naturaleza con el invento científico —por intuir las causas— de sus leyes. O de la ley primordial, pues en último extremo la raíz del invento reside en saber cómo se reproduce la Naturaleza, en vez de conocer dónde es posible hallar el sustento» (67). Según esto, los elementos que tipifican el Mesolítico son: la mutación geográfica, el mestizaje racial, la variación de las creencias y la aparición de un nuevo arte (68).

¿Qué ocurre durante este período de transición en las tierras del Sudeste español que caen bajo la influencia inmediata del frente africano? «En Africa —dice Bosch Gimpera—, a fines del Paleolítico y de las oscilaciones postglaciares del clima que desecaron el Sahara, antes cubierto por vegetación abundante, sobrevino una gran crisis, una gran decadencia, motivando un cambio radical en la manera de vivir de aquellos pueblos, empobreciéndose el territorio al desaparecer la vegetación, y esto debió obligarles a emigrar, produciéndose un movimiento de pueblos que hizo refugiar a los pueblos del Sahara, cada vez con más intensidad, en los territorios habitables, abandonando el desierto y desplazándose hacia el Norte un grupo que vino luego a ser el de los iberos de España; y aún en épocas más antiguas quién sabe si podríamos seguir la pista de los pueblos del Sahara del paleolítico superior, del que sólo conocemos su arte rupestre, encontrando sus raíces remotas en las gentes que desarrollaron la cultura ateriense y esbaikoense del paleolítico inferior africano, en las cuales los tipos fundamentales del utillaje son precisamente las puntas pedunculadas y las de forma de hoja, que acaso fuesen los prototipos de las puntas de flecha saharienses» (69). Esta teoría nos llevaría por ahora demasiado lejos y es muy contestada en los últimos años, pero nos descubre una de las raíces de nuestro remoto Neolítico y no deja de ser verosímil.

Caballo de batalla de arqueólogos y prehistoriadores sigue siendo definir la calidad, implicaciones y extensión del Capsiense, nombre que en 1909 dio Morgan a una cultura norteafricana derivándolo de Capsa, nombre antiguo de Gapsa, en la zona Sur de Túnez. Un yacimiento típico capsense consiste en la acumulación de cenizas con abundantes conchas de *Helix* y restos de comida. Elementos característicos de esta cultura son las hojas de sílex de dorso rebajado, el buril lateral o de ángulo, los sílex geométricos —triángulos y trapecios— que llaman microlitos. La duración máxima de esta cultura la cifra Pericot en cinco mil años la sitúa en el Mesolítico. Según las cifras del C-14, la fecha del Capsiense típico es el 6.459-400 a. C., y la del Capsiense Superior, el 5.050-200 a. C. (70).

Ha sido Pericot el que ha reducido el ámbito de esta cultura en el espacio y en el tiempo. Hasta la década de 1940, el Capsiense representaba en la mente de los arqueólogos «la provincia mediterránea del Paleolítico Superior», por sus contactos entre Africa, España e Italia. Después de las excavaciones realizadas por Pericot en la cueva del Parpalló, se situó el Cap-

siense en un protoneolítico, que viene a extenderse desde el Magdaleniense hasta el final del Mesolítico en las zonas interiores (71).

Obermaier señala materiales capsioses en Cueva Humosa (Cuevas del Almanzora) y en el estrato superior de la del Serrón (Antas), descubiertos por Siret y sin estudiar (72). También aparecieron estos materiales en la cueva de la Pernerera (Antas) (73). Jiménez Navarro encontró rastros en Cueva Alta, junto a la Cueva de Ambrosio (Vélez-Blanco) (74).

III. EL NEOLÍTICO

El Neolítico en el Sudeste.— ¿Qué entienden arqueólogos y prehistoriadores por el Neolítico o período de la «piedra nueva»? Espiguemos unas cuantas opiniones. Menghind dice que «es el resultado de un juego complicadísimo de fuerzas culturales cuyos detalles distan todavía mucho de ser conocidos» (75). Para San Valero «es la más grande revolución social de todos los tiempos» (76). Escotell lo cree la revolución más grande que se ha conocido hasta el siglo XIX; liberó al hombre del agobiante problema de la alimentación y del aumento de población mediante la consecución de productos agrícolas y ganaderos (77). Pellicer lo define como el estado de civilización caracterizado por la producción de alimentos, la era en que el hombre pasa del estado salvaje al civilizado, el tránsito de una economía parasitaria de recolección, caza y pesca a otra de producción agrícola y ganadera, constructora y artesana (78). Durante el Neolítico lo ha intentado y lo ha conseguido en parte; prueba de esto es la manipulación del paisaje mediante la agricultura, la ganadería y la deforestación.

Siret ve en las industrias neolíticas españolas el uso generalizado de instrumentos de piedra pulimentada, de todas las formas, de acabado perfecto, traídos de fuera y destinados a los trabajos agrícolas y mineros: hachas, azuelas, cuchillos y escoplos, de diorita y fibrolita; esta industria de la piedra pulimentada no se inició en España, no tiene precedentes entre españoles de la época anterior, vino de fuera y tales instrumentos fueron inventados por exigencia de las nuevas ocupaciones del hombre. Perduran los objetos de sílex al final del Paleolítico y del Mesolítico, cuya pieza típica sigue siendo la punta de flecha trapezoidal, que evoluciona hasta alcanzar la perfección de la segunda etapa neolítica. La cerámica comienza con la fabricación de vasijas de barro grosero, mala factura, panzudas y decoradas; las fusayolas de tierra cocida son propias de este período. Los trabajos agrícolas y la cría de animales domésticos se impone desde el primer momento. Se inventan los tejidos y se multiplican los adornos corporales (79).

Durante el Neolítico se produce un cambio natural del paisaje geográfico, del tipo humano, del utillaje y su empleo, de fuerzas sociales —el cazador es desplazado por el agricultor y el ganadero—, de alimentación —los frutos y la carne alternan ahora con el pan y la leche—, de manifestación de las fuerzas anímicas con repercusión en las prácticas artísticas y religiosas. San Valero advierte que el Neolítico debe estudiarse no como un conjunto industrial sino como una cultura, que es un conjunto vivo y actuante en la historia de su tiempo, con tradiciones mesolíticas, y en la de los tiempos posteriores, por la transcendencia y expansión de sus inventos (80).

Arqueólogos y prehistoriadores están de acuerdo en poner la cuna de la civilización neolítica en el Oriente próximo —Egipto y Mesopotamia—, de donde irradia a Occidente. Los comienzos del Neolítico se fijan al final del séptimo milenio a. C. para Anatolia y Creta, en el sexto para Biblos y en la mitad del siglo quinto para las costas mediterráneas hispanas, según el C-14 (81). El final se pone en los comienzos de la escritura que en el Oriente próximo se inicia con el tercer milenio a. C., en Grecia en el año 700 a. C. y en Italia y España en el 500 (82).

Dos son las rutas por las que los neolíticos llegaron al Sudeste español con la buena nueva de los nuevos modos de vivir: la norteafricana y la marinera mediterránea. Jordá prefiere la primera y sitúa la zona de atraque en el litoral que se extiende entre el estrecho de Gibraltar y el cabo de la Nao (83). A Pericot le parecía también más probable el camino norteafricano, costeanado o por tierra, que el marinero mediterráneo, por falta de eslabones en Italia (84).

Esto lo decía antes de que Bernabó Brea descubriera las estaciones neolíticas italianas y de que Hopf estudiase los cereales de la Cova de l'Or, de Baniarrés (Alicante), fechados en el promedio del quinto milenio a. C. y traídos por la ruta de Asia Menor-Egeo-Sicilia (85). Ninguna de las dos rutas excluye a la otra; por la mar llegan los influjos del mundo egeoanatolio y por el Norte de Africa los impulsos culturales egipcios, de los que unos quedaron en el Africa Menor y otros pasaron a la Península Ibérica. Menghind detecta hasta cinco ondas culturales que de Egipto pasaron a España por el Norte africano (86) y San Valero no encuentra dificultad en admitirlo (87). La posibilidad del paso de la mar por los navegantes neolíticos es evidente. La navegación es más fácil en la mar de Alborán por los vientos de composición Sur, perpendiculares a la costa que se tiende entre los cabos de Gata y de la Nao, por lo que en ella debieron buscar aquellos navegantes la zona de desembarco.

Los neolíticos que arribaron a las costas de Vera, encontraron unos indígenas tardocapsienses con los que étnicamente eran afines y cuya cultura tenía un fondo común con la suya, convivieron con ellos y los neolitizaron.

Se asentaron en tierras de elevación media, utilizaron las cuevas como habitación y enterramiento. Practicaban una agricultura inicial, una ganadería incipiente, con el buey, la oveja y el cerdo como animales domésticos. Seguían cazando y pescando. Es posible que estos neolíticos procediesen de las costas de Orán. Son los iberosaharianos o «almerienses», en cuya cultura hay muchos elementos de tipo mediterráneo, del mundo egeoanatolio (88). En un momento incierto del quinto milenio a. C. pone Maluquer la arribada a las costas del Sudeste español de los primeros navegantes del Egeo, la cronología del trigo de Baniarrés parece darle la razón, de los que supone que creían en la eternidad presidida por una fuerza sobrenatural, representada por una divinidad femenina, señora del universo, del día y de la noche, dueña de la vida y de la muerte, principio vital eterno (89).

Se suele dar al Neolítico propiamente tal de tres a cuatro o cinco mil años de duración. Depende de la zona que se estudie. En el Sudeste hispano oscila entre la mitad del quinto milenio a. C., fecha de los cereales de Baniarrés, y la mitad del tercero, fecha del apogeo de Los Millares. De 1920 a 1945, Bosch Gimpera veía en el Neolítico español cuatro círculos culturales: la cultura Central o de las Cuevas, la de Almería, la Megalítica portuguesa y la Pirenaica; en la cultura de las Cuevas distinguía dos subgrupos: el del Centro, con decoración de relieves, y el del Sur, con decoración incisa (90). En 1956 prefiere llamar a la cultura de las Cuevas, **Cultura de las cuevas con cerámica decorada** (91). En 1961-1965 distingue un Neolítico antiguo con cerámica de relieves, incisiones sencillas e impresiones digitales, de un Neolítico circunmediterráneo con numerosas variantes regionales (92). En 1966 explica lo que entiende por neolítico circunmediterráneo, que es el Neolítico de las Cuevas con cerámica de decoración sencilla entre los años 4500 y 3500 a. C., con precedentes del vaso campaniforme en el Eneolítico inicial y con vaso campaniforme en el Pleno Eneolítico, que, según él, acaba

en el 2500 a. C. (93). Martínez Santa-Olalla llamaba a la cultura de las Cuevas, Neolítico hispano-mauritano, y lo consideraba un Neolítico microlizante, es decir, con supervivencias capsien-ses, como base del Neolítico hispano (94). Del Castillo, Pericot y San Valero siguen a Bosch Gimpera y a Martínez Santa-Olalla. Pellicer subdivide los círculos culturales de Bosch Gimpera. Ana María Muñoz, Schule, Jordá se fijan en uno y otro aspecto para matizar sus opiniones. Siret amplía la protohistoria (95). Siret, Bosch Gimpera y Martínez Santa-Olalla parece ser los que más detenidamente han estudiado este período.

Hasta qué punto cabe distinguir, en los yacimientos almerienses y en general del Sudeste, entre un Neolítico puro y un Neolítico de la cultura de las Cuevas y de Almería, es un problema que no se plantea hasta nuestros días. Se suponía que la cultura de Almería lo llenaba todo, y sin embargo debió haber una fase neolítica anterior. Ahora se comienza a dudar de la existencia de la cultura de Almería y se tiende a soldar las últimas fases del Mesolítico con las primeras de Eneolítico. Quedan entre ambos períodos más de dos milenios que debieron estar ocupados por culturas neolíticas. La palabra la tienen los arqueólogos. Me limito a hacer la crónica de los hallazgos que se pueden asignar a este período.

Cerca de Mojácar, en el lugar conocidos por la Atalaya de Garrucha, encontró Siret una sepultura violada y restos de otra, en las que pudo recoger aún del ajuar funerario, dos cuchillos y trozos de sílex, una pequeña lámina de cuarzo transparente, un útil de calcedonia de forma singular, un punzón grueso y un rascador pequeño, algunos fragmentos de cerámica, dos perlas de esteatita, una patella y un cardium (96). A 500 metros de este lugar, en el Cabezo de la Raja de Ortega, recogió núcleos pequeños de sílex y cuarzo, anillos de piedra calcárea blanca y azul y de mármol blanco, bien trabajados, cerámica basta y conchas perforadas (97). A kilómetro y medio al Norte de Antas, en el Cabezo del Moro, colina poco elevada, en una abertura natural de ocho metros de longitud y dos y medio de ancho, descubrió dos sepulturas de las que sacó una hacha de diorita y algunos fragmentos de sílex (98). «Del Neolítico puro —dice Bosch Gimpera— son los sepulcros que aprovechan grietas de las rocas, como... los de Palacés (provincia de Almería). El material consiste en hachas de tipo corriente, cuchillos de sílex y cerámica tosca. En la provincia de Almería y en Porroig (Barcelona) abundan los brazaletes de pectúnculos» (99). Palacés es una cortijada del término de Zurgena, situada en un meandro del río Almanzora, entre dicho pueblo y Overa.

Pellicer, que ha trabajado en Almizaraque, advierte algo singular. «En las excavaciones que practiqué en el Tell de Almizaraque durante tres campañas pude observar cómo los estratos pertenecientes a las tres fases del Bronce I descansan sobre unos niveles de casi dos metros de potencia, constituidos por abundantes hogares y pertenecientes, al parecer, a un neolítico precerámico, hecho éste insólito en Occidente. Estos niveles base de Almizaraque, que no vio Siret, podrían ser coetáneos del círculo oriental del neolítico de cerámica impresa» (100). Almagro, en una excavación que realizó en el mismo lugar en el 1961, encontró un estrato inferior que podría ser neolítico. «Sin que podamos hacer —dice— una más amplia exposición de esta estrategia, puede suponerse el interés grande que para la interpretación de la secuencia cultural del S.E. español ofrecen los estratos del «tell» de Almizaraque. Al menos es evidente que vivió un período establecido antes de que se hagan las edificaciones de tipo tholos (101).

Siret excavó tres estaciones neolíticas en la tierra de Vera: Tres Cabezos, La Gerundia y El Garcel. «Una de las primeras estaciones que hemos excavado es la de Tres Cabezos (Cuevas de Vera); es un llano con emplazamientos de casas más o menos circulares, señaladas por la tierra negra y algunas limitadas por restos de muros muy bajos; hemos encontrado en ellas vasijas y muchas hachas pulimentadas. Hemos llamado a este poblado la estación de las hachas. El sílex está representado solamente por algunas láminas. Por el contrario,

en otro poblado cercano hemos encontrado bellas puntas de flecha de sílex. Mi sorpresa por este contraste ha cesado cuando he comprendido que la bella talla del sílex aparece tardíamente y que la civilización de la piedra pulimentada usa poco del sílex» (102).

La Gerundia se encuentra en la orilla izquierda del río Antas, 600 metros aguas arriba de El Garcel, del que está separado por El Argar y en condiciones topográficas parecidas. Fue un poblado del que no quedan vestigios, pues el cultivo de la tierra ha nivelado la superficie y hecho desaparecer los restos de muros o cualquier otros que hubiera. Los objetos se encuentran en la tierra negra, a poca profundidad. Pertenecen a industrias y épocas diversas, lo que demuestra que el poblado estuvo habitado durante mucho tiempo. Los Siret recogieron láminas pequeñas, raspadores, punzones, sierras y puntas de flecha de pedúnculo, de un sílex de mejor calidad que el encontrado en El Garcel; muchos fragmentos de hachas pulimentadas y de anillos de mármol, piedra caliza y esquisto; placas rectangulares de piedra; piedras de moler; fragmentos cerámicos con decoración incisa de puntos y líneas; fragmentos de crisoles cerámicos con decoración incisa de puntos y líneas; fragmentos de crisoles cerámicos con restos de cobre; objetos cerámicos en forma de cuernos; conchas de diversas especies, perforadas y sin perforar. Punzones, cinceles, puntas de flecha y láminas de cobre. Cerca de este lugar Siret descubrió una veta de calcedonia idéntica a la empleada en algunas puntas de flecha (103).

En El Garcel Siret recogió pequeños sílex, microlitos, industria que no juzga posterior al Neolítico. Comparando los hallazgos de El Garcel con los La Gerundia, deduce que los microlitos de ambas estaciones son parecidos, que la cerámica de El Garcel es más grosera y anti-gua, y que sus objetos de sílex son más imperfectos (104). Breuil cree —según Almagro— que en El Garcel hubo una estación neolítica (105). Para Vaufréy, El Garcel es una réplica casi exacta del Neolítico de tradición capsense, que se continúa en el Eneolítico inicial de Puerto Blanco (106).

La cultura de las Cuevas.— La cultura de las Cuevas es un conjunto de fenómenos que, aunque no sean enteramente iguales y acusen a veces técnicas diversas, suponen la existencia de un mismo ambiente cultural cuyas más acusadas características son la habitación en cuevas y la cerámica decorada. Las cuevas habitadas durante el Paleolítico por los rigores del clima y abandonadas en el Mesolítico por la bondad de los tiempos, vuelven a ser ocupadas por el hombre neolítico, para protegerse de los enemigos mejor armados (107). La cueva es la habitación normal para los neolíticos de Andalucía y del Centro, de ahí el nombre que más corrientemente se da a esta cultura, pero no de modo exclusivo, pues existen poblados pertenecientes al mismo ambiente cultural, como el del Cerro de las Animas (Vélez-Rubio), pero son excepcionales en el occidente europeo. Algunas cuevas, como la de Anibrosio (Vélez-Blanco), fueron utilizadas al mismo tiempo como habitación en la entrada y enterramiento en el fondo (108). La cerámica hecha por los hombres de la cultura de las Cuevas es basta, de paredes gruesas, de tamaño grande, de pasta impura, de superficie rugosa, y está decorada con cordones en relieve, pezones y ungulaciones. Le acompaña un utillaje pobre de sílex, piedra pulimentada y hueso (109).

Esta cultura recibe casi tantos nombres como arqueólogos la han estudiado. Es la primera cultura peninsular adscrita claramente al Neolítico. Se origina en el Oriente próximo a partir del séptimo milenio a. C. —Jarmo, Jericó, Khirókittá—, con casas de adobes, cultivos de escanda y cebada, pero sin cerámica. Comienza su expansión a principios del quinto milenio, una corriente llega a Europa central por vía terrestre, llevando agricultura, ganadería y habitación en poblado, y otra arriba al Mediterráneo occidental por vía marítima, con técnicas de navegación y pesca que predomina sobre la agricultura y ganadería, habitación en cuevas y cultivos de secano en poblados itinerantes (110). Bosch Gimpera, que no cree en el origen

oriental de esta cultura, dice que comienza, tanto en Africa Menor como en la Península Ibérica, en las áreas que conservaban la tradición capsiese y en los que ésta influyó; en Africa cubre los territorios del Capsiese propiamente dicho, que son las zonas montañosas de Túnez, Argelia y Marruecos, y en España, las tierras del Sur y Levante (111). En uno y otro lugar representa un estrato étnico indígena derivado de los pueblos del Paleolítico Superior de tales territorios, que no son otros que los que desarrollan la cultura capsiese, los cuales, junto con los de la zona cántabro-pirenaica, constituyen los dos elementos étnicos fundamentales de la Península Ibérica (112). En otro lugar observa que el área de la cultura de las Cuevas en España —Sur, Sudeste y Levante— coincide con la del territorio del arte rupestre naturalista (113). Tarradell, que ha dedicado especial atención a esta cultura, está de acuerdo con Bosch Gimpera al señalar algunas notas distintivas de la misma, pero difiere en cuanto al lugar de origen que sitúa en el Oriente próximo (114).

Bosch Gimpera traza el siguiente esquema del desarrollo y evolución de las culturas neolíticas hispánicas: la de las Cuevas y la Megalítica portuguesa se desarrollan paralelamente a partir del V milenio a. C. y son de larga duración; durante el tercer milenio, la Megalítica portuguesa llega a su apogeo y la de las Cuevas da lugar a los diferentes tipos del vaso campaniforme. Sobre ésta se coloca, en nuestra provincia, la «cultura de Almería», que introduce en la Megalítica algunas formas propias y recibe el vaso campaniforme, que propaga por el Mediterráneo occidental (115). Al extenderse la «cultura de Almería», la de las Cuevas desaparece en unos lugares —llanuras de Valencia y Castellón—, permanece pura en otros —Belgida— y se mezcla con la de Almería en algunos —Fonda de Salamó (Tarragona)— (116).

Una nota singular se observa en los hombres de la cultura de las Cuevas: su pacifismo. Lo advierte Bosch Gimpera. «Un hecho señalado: no existe objeto alguno que pueda ser considerado como un arma, lo que hace suponer que durante largo tiempo estos pueblos fueron pacíficos y que su vida estaba fundada en una agricultura muy rudimentaria y en la cría del ganado» (117).

Carmen Olaría hace una relación de las cuevas habitadas durante el Neolítico en el Sudeste y, en tierras almerienses, sólo menciona la del Castillico, situada en el término de Cóbdar, relativamente cercada a la tierra de Vera; en todas se da como elemento la cerámica con decoración incisa (118). El material recogido en ésta por aficionados está depositado en el Museo «Luis Siret» de Almería. En otras cuevas de la provincia se han producido hallazgos esporádicos, muy interesantes a juzgar por las referencias, pero ninguna ha sido excavada, excepto la de Ambrosio en sus primeros niveles por Jiménez Navarro, ni siquiera las excavadas por Siret —Zájara, Serrón, Pernerá, Murciélagos—, quizá porque los estratos más superficiales quedaron destruidos.

La «cultura de Almería»: poblados y sepulturas.— Cuando Gil Farrés, en el VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español, celebrado en Alcoy en 1950, propuso la sistematización del Bronce Peninsular en cuatro fases que denominó del Bronce Mediterráneo, acopló en el Bronce I la «cultura de Almería» que, para él, se había desarrollado cronológicamente en la segunda mitad del III milenio a. C., y en el Bronce II, la de Los Millares, que consideraba una fase evolucionada de la de Almería (119). Seguía, según Almagro y Arribas, el criterio de los Leisner, que sostenían que la «cultura de Almería» evolucionó en el gran momento de Los Millares con la llegada de elementos forasteros, que trajeron la punta de flecha de base cóncava, el vaso campaniforme y el conocimiento del cobre, y colocaban estas fases en los dos primeros bronce (120).

¿Es tan reciente la «cultura de Almería» que pueda confundirse hasta desaparecer con los principios de la industria del metal? Esto opina últimamente Arribas apoyándose en Tarradell,

que sostiene la misma tesis y la sustenta en los siguientes indicios: a) las supuestas sepulturas neolíticas «almerienses» son circulares y de inhumación colectiva, por lo tanto son semejantes a las de Los Millares; b) los supuestos poblados neolíticos del Sudeste tipo El Garcel no han sido excavados jamás; c) el origen africano de esta cultura es problemático, pues en la misma África Menor el Neolítico se reduce a unos cuantos puntos en la costa; d) el carácter expansivo de esta cultura queda en entredicho por falta de enlace entre su territorio y el catalán. Por lo tanto la «cultura de Almería» debe englobarse en los comienzos de la Edad del Bronce, pues en España no hay evolución del Neolítico al Bronce, hasta el punto que los prospectores de metales encontraron en el Sudeste un pueblo cavernícola de pastores a los que enseñaron la agricultura y a vivir en poblado (121). Esto parece bastante hipotético, pues la fecha de los cereales de Beniarrés supone que los agricultores neolíticos llegaron dos milenios antes que los prospectores de metales. La llamada «cultura de Almería» es un fenómeno muy complejo, que se produce al fermentar la masa indígena, arraigada en el Sudeste desde el Paleolítico, al contacto de los neolíticos foráneos que actúan como levadura.

Del Castillo localiza el asiento del pueblo que desarrolló esta cultura entre los ríos Antas y Almanzora (122), Bosch Gimpera, que es el que con más detención la ha estudiado, sostiene su origen africano, explica su progresión hasta llegar y ocupar la tierra de Vera (123). «... con sus bases iniciales siempre en Almería» ocupa cada vez mayores territorios durante un gran espacio de tiempo que va del Neolítico a El Argar (124). Los hombres que realizaron esta empresa eran agricultores y mineros, sumamente belicosos, que se impusieron fácilmente a unos indígenas pacíficos y desarmados, los de la cultura de las Cuevas (125). Esta cultura nace en el Neolítico final, progresa geográficamente en el Eneolítico inicial y alcanza su apogeo en la Edad del Bronce (126). Trata de superar, finalmente, los argumentos en contra alegados por Maluquer, Tarradell y Ana M.^a Muñoz en cuanto a la propagación de esta cultura por el Levante (127). Seguirlo haría demasiado prolija esta exposición.

Pellicer ve de otro modo el contenido, el origen y el tiempo de la «cultura de Almería». «... es totalmente foránea, oriental con algún matiz africano, que desemboca en la cultura de Los Millares... Es una cultura de costas, llanuras y ríos, de economía agrícola, comerciante y metalúrgica, que se asienta en lugares abiertos, creando focos dirigidos hacia el interior de las tierras. Por eso el círculo del Sudeste no está presente en la costa meridional desde la Sierra de Gádor al Estrecho, zona donde la montaña se pega paralela al mar. Según Pía Labiosa, la cultura de Almería está en función de la colonización de Chipre y Creta, bajo el empuje de la revolución aristocrática y acadia, después de la segunda mitad del tercer milenio. Chipre desempeñó la función inicial predominante tanto en la colonización de Creta y el Egeo como en el descubrimiento de Occidente. Los exploradores chipriotas del Bronce I, que colonizan Almería, el Guadalquivir y el Tajo, debieron encontrar unos indígenas que les causarían la misma impresión que los indios a los españoles al descubrir América» (128).

Resumimos: las notas distintivas de la «cultura de Almería» son los poblados fortificados sobre pequeñas colinas cercanas a la costa y de fácil defensa; los enterramientos, cadáver encogido rodeado de ajuar, en sepulcros no megalíticos, covachas y fosas, que toman la forma de sepulcros circulares (Rundgraber) o de cistas cuadradas formadas con losas de piedra, que se han confundido a menudo con los dólmenes; cerámica lisa, sin decoración, de superficie pulimentada, de formas ricas y variadas predominando los tipos esferoidales, formas típicas que evolucionan desde las del Neolítico hasta las de El Argar, y alguna sobrevive en la cultura ibérica de Aragón; los útiles de sílex son cuchillos medianos, hojas delgadas y puntas de flecha de tipo sahariano, es decir, triangulares con aletas y espiga, romboídalas y en forma de hoja de laurel; hachas de piedra pulimentada y molinos de tipo sencillo; útiles de hueso; brazaletes de pectúnculo y collares de conchas perforadas, piedras calizas, caillais, ambar,

esteatita y pecten; desarrollo de la metalurgia que progresa por Occidente (129). Aimagro se fija en la cerámica «almeriense», de barro parduzco, perfiles simples, sin decorar (130).

Reseñados a continuación las estaciones en cuyo conjunto o en alguno de sus niveles se manifiesta la «cultura de Almería». Son, principalmente, los tres de que ya hemos hablado: El Garcel, Tres Cabezos y La Gerundia. El Garcel o Algarce, Aljoroque o Algoroque, que de todos estos modos se llama la colina sobre la que se asentó uno de los poblados de la «cultura de Almería», está situada en la orilla izquierda del río Antas, frente casi al pueblo de este nombre. Es, según los hermanos Siret, «una de las numerosas colinas terciarias destacadas en la orilla izquierda del río Antas por una verdadera trama de pequeños barrancos que bajan caprichosamente desde las alturas de la Pernerá». La cima es una superficie horizontal elevada 30 metros sobre el lecho del torrente, alargada, de contorno irregular, de cortes verticales sobre el río y con inclinaciones de 25 grados en los otros lados. Los vestigios prehistóricos aparecen a poca profundidad, la mayor parte en la misma superficie. No quedan rastros de construcciones de ninguna clase, solamente la tierra carbonizada de los hogares. Esto se explica porque en los años de lluvia se ha venido cultivando el terreno (131). Del poblado neolítico quedan, además de la tierra carbonizada de los hogares, trescientos silos rellenos de tierra, ceniza y restos varios; algunos parecen tener las paredes enlucidas con arcilla endurecida por el fuego. Gosse reitera que son silos, no sepulturas. Sobre ellos debieron levantarse las cabañas de caña cubiertas de barro (132). Siret considera que este poblado es una estación prototipo de la cultura resultante de la mezcla de razas y dos civilizaciones, una indígena y otra extranjera, cuyo nivel industrial era muy diferente (133).

El utillaje de sílex pertenece al Paleolítico final, emparentado con el Tardenossiano. Se distingue por su pequeñez, se diría que son desperdicios de retoques, pero se advierte fácilmente que son útiles producidos por retoques. El sílex es muy variado, predominando el de color pardo opaco. Son las observaciones que hacen los Siret, que encontraron núcleos pequeños, láminas, raspadores, cuchillos, punzones y puntas de flecha de forma trapezoidal, algunas con pedúnculos (134). Gosse hace una relación detallada de un conjunto de 2.848 piezas (135). Seis son de cuerno, muy abundante en el lecho de algunos torrentes de la comarca; suele ser blanco, opaco, transparente y vetado. De diorita hay hachas, azuelas, cinceles, gubias, hasta setenta y siete piezas. De esquisto, siete ídolos y sesenta y un pulidores. De piedra, cincuenta muelas y ciento cincuenta percutores. Algunos trozos de oligisto aparecen cubiertos de un polvo rojo empleado como colorante. De hueso, cuarena y siete instrumentos. De cerámica, muy grosera, ochenta fragmentos y una vasija completa, muy interesante, hecha a mano, con doble cocción. Objetos de adorno son catorce fusaiolas, setenta cuentas de collar, quince pulseras de mármol, noventa y una de pedúnculos y una hachita de piedra blanca pulimentada. Algunos trozos de cobre y de mineral de cobre son de industria posterior (136).

Siret subraya que la faceta más importante del utillaje de sílex es su factura paleolítica, lo que demuestra que los que llegaron durante el Neolítico no traían instrumento alguno de sílex. Las demás notas distintivas de este poblado son neolíticas. Es perfecto el utillaje de diorita, material que se encuentra en la comarca, y de fibrolita, material que proviene del interior. Cree que en El Garcel, como en Europa, el conocimiento de la piedra pulimentada es posterior al conocimiento de los metales en Oriente. Pone en Hissarlik el origen de los hombres que trajeron a El Garcel la industria de la piedra pulimentada, suponiendo que una parte de la población de aquel poblado, anterior a Troya, se vio obligada a emigrar empujada por otro pueblo más poderoso, que estaba en posesión de armas de bronce y que solamente les dejó llevar armas de piedra (137). Bosch Gimpera advierte que los ídolos de piedra hallados en esta estación tienen una vaga forma humana y atribuye el conjunto de la industria encontrada aquí al final del Neolítico puro (138).

Tres Cabezos es una estación situada en la orilla izquierda del río Almanzora, dos kilómetros al NE de Cuevas de Almanzora, sobre una plataforma que domina la vega de esta población, un paisaje admirable. El poblado se asienta en una explanada de 60 metros de largo, elevada 25 metros sobre la vega circundante. El suelo está compuesto de tierra vegetal y piedrecitas calcáreas blancas, en el que los fondos de cabañas se distinguen por ser la tierra más oscura. La planta de las cabañas es poligonal; la mayor tiene de seis a ocho metros de diámetro. Los lugares del fuego se conocen por estar la tierra carbonizada. Todos los objetos aparecieron en las cabañas. De sílex, doce cuchillos, un punzón y quince trozos; faltan las puntas de flecha. Son numerosas las hachas de piedra pulimentada, la mayor parte de diorita, de las que aparecieron seis juntas en un lugar. Muchas conchas marinas utilizadas para hacer collares y brazaletes. Las vasijas de cerámica son de pasta grosera, cocción desigual, sin decoración, panza esférica y cuello cilíndrico, algunas tienen apéndices verticales en la parte superior (139). Según Bosch Gimpera, este poblado pertenece a un Neolítico muy final o a un Eneolítico inicial, pues en él se hallaron escorias de cobre, aunque no utilaje ni armas (140).

La Gerundia es un cerro situado en la orilla izquierda del río Antas, 600 metros aguas arriba de El Garcel, del que está separado por colina de El Argar. Sus condiciones topográficas son parecidas. El cultivo de la tierra ha nivelado la superficie de la explanada sobre la que se levantaba el poblado, cuyas cabañas, al ser de cañas, ramas y barro, no han dejado sobre el terreno más huellas que la tierra negra de los hogares, en la que a poca profundidad fueron apareciendo los objetos. Estos pertenecen a industrias y épocas diversas. Básicamente son iguales que los encontrados en El Garcel, pero añaden algo nuevo: puntas de flecha triangulares con aletas y pedúnculo. El sílex es de mejor calidad; se presenta en láminas pequeñas, raspadores, cuchillos, punzones y las puntas de flecha indicadas; las sierras, pequeñas y grandes, deben pertenecer a la industria lítica de la primera etapa del metal. De piedra, aparecieron muchos pedazos de hachas, fragmentos de anillos de mármol, piedra calcárea y esquisto, placas rectangulares de esquistos, discos perforados que pudieron haber servido de piedras de afilar, y moletas. Fragmentos de cerámica, algunos con decoración incisa de puntos y líneas, otros en forma de cuernos; algunos pudieron haber servido para fundir el cobre, pues presentan restos de este metal adheridos a su interior. Punzones, cinceles, flechas y trozos de láminas de cobre. Los fragmentos de objetos cerámicos que pudieron haber servido de crisoles demuestran que el poblado siguió habitado durante el Bronce I (141).

Cuartilla es un cabezo que se alza en la orilla izquierda del río Aguas, a kilómetro y medio de su desague en la mar y a un kilómetro al Norte de Mojácar. Se eleva cien metros sobre el nivel del río. Presenta una serie de terrazas de las que las más antiguas estuvieron habitadas, pero las excavaciones en ellas dieron poco resultado. Los objetos se encontraron en la superficie y se parecen a los de El Garcel. Son pequeñas láminas de sílex, útiles de cuarzo, dos percursoros de diorita y una pequeña hacha de piedra; dos fragmentos de cerámica con decoración incisa de puntos y líneas; brazaletes de piedra azul y blanca; conchas perforadas. Estos objetos parecen pertenecer a dos fases sucesivas del Neolítico (142).

Otros yacimientos de esta cultura en comarcas colindantes con la de Vera son el poblado de Parazuelos, en el término de Mazarrón, explorado por los Siret, un nivel de la cueva de Ambrosio excavado por Jiménez Navarro y el más antiguo del poblado del cerro de las Canteras, explorado por Motos, ambos en el término de Vélez Blanco, y el poblado de Terrera Ventura, Tabernas I, excavado por Martínez Santa-Olalla y Gusi Jener.

Volvamos a El Garcel, a los pozos que Siret descubrió en los fondos de cabaña y que Gosse dice que no son sepulturas sino silos o graneros. Se excavaron hasta diez, de los que Berdichewsky ha estudiado cuatro y los tiene por cuevas artificiales de enterramiento, el sistema más primitivo. El problema queda en el aire. Uno es vertical, tiene un metro de diámetro en

la boca, metro y medio en el fondo y un metro de profundidad; las medidas de los otros tres se aproximan a éstas. Dos de ellos se comunican. El ajuar dio fragmentos amorfos de cobre, una hachita pulida de color blanco, varias hachas de diorita, azuela, gubia y cincel de fibrolita, láminas, cuchillos, raspadores, raederas, buriles y mircolitos de sílex, un idolo plano de piedra tipo violín, fragmentos de anillos de piedra, de brazaletes de concha, conchitas perforadas para formar collares, dos ánforas, tres vasos y fragmentos de cerámica (143).

Puerto Blanco queda a un cuarto de legua de Herrerías (Cuevas de Almanzora). La sepultura descubierta en este paraje tiene planta rectangular con los ángulos redondeados; es una cista de dos metros de largo por 1,40 de ancho. En ella se encontraron restos de ocho cadáveres, un hacha de piedra pulimentada, cinco cuchillos y seis puntas de flecha de sílex, una lámina y cuatro puntas de hueso, quince perlas de esteatita y un fragmento de punzón de cobre (144). Cerca de Herrerías está la Loma del Cumbre, en la que se exploró una sepultura parecida a la anterior, en la que se encontraron grandes cuchillos de sílex, vasijas de barro sin decorar, perlas de esteatita en forma de huesos de oliva y un idolo tallado en una placa de pizarra (145).

Kilómetro y medio al Nordeste de Antas, en una de las cimas de la cadena de colinas que separa el vallo del río Antas de las tierras del Real de Vera, se sitúa La Pernerá, topónimo que, según Martínez Santa-Olalla, debe ser la Pedernera, pues a juicio de Siret significa «lugar abundante en pedernal». El lugar fue asiento de un poblado, del que quedan restos de un muro y siete sepulturas. El suelo está formado por gravilla gruesa de cuarzo y tierra vegetal. La sepultura más interesante estaba en la cima de un montecillo; cuando los Siret la visitaron, hacía poco tiempo que la habían violado. Estaba construida con losas; sus dimensiones eran 1,80 m de largo, 1,50 m de ancho y 0,60 m de profundidad. Debió contener diez cadáveres, de los que los Siret alcanzaron a recoger unos pocos huesos y dientes, y del ajuar, un idolo o amuleto de esquisto en forma de cruz y cuarenta y cinco perlas de esteatita. Las otras sepulturas están abiertas en la roca (146).

En el término municipal de Zurgena, en el meandro que forma el río Almanzora entre este pueblo y la aldea de Overa está la cortijada de Palacés; la altura media del entorno es de 242 m sobre el nivel del mar. En este paraje encontraron los Siret tres sepulturas, ya destruidas, en las cimas de pequeñas colinas; en su construcción se había imitado la forma de las cabañas del poblado. Pudieron recoger aún varios cuchillos de sílex, unos fragmentos de cerámica y unos brazaletes hechos con conchas grandes (147). Del Castillo, sin indicar la fuente —pudo haber sido el diario de excavaciones de los Siret—, dice que las fosas de estas sepulturas son circulares, de 2,50 m de diámetro, cerradas con losas y piedras puestas de canto hasta una altura de 20 a 40 cm y cubiertas de piedras y tierra; en el ajuar indica los brazaletes formados con pectúnculos, dentaliums, cipreas agujereadas y cuentas de esteatita en forma de huesos de aceitunas (148). Cerca, en el Llano de las Eras, hay una sepultura de planta circular cuyo ajuar se componía de puntas de flecha de sílex de base cóncava y triangular, cuchillos, cerámica lisa y fragmentos con decoración incisa en zig-zag (149).

Fuera de la tierra de Vera, en las contiguas de Almería y Murcia, se adscriben a esta cultura las sepulturas del Llano de la Rueda (Tabernas), Loma de la Almanzora y Loma de la Torre (Cantoría), Loma de la Atalaya y Llano del Jauton (Purchena), entorno del Cerro de las Canteras (Vélez-Blanco), cuevas de los Tollos y de Lucas (Mazarrón).

El vaso campaniforme.— Arqueólogos y prehistoriadores no llegan a ponerse de acuerdo sobre si el vaso campaniforme es una cultura, un producto industrial aislado o un mito. Algunos opinan que es una cultura, bastantes lo tienen por un producto aislado, Martínez Santa-Olalla lo da por «ese tremendo mito cultural del vaso campaniforme que no ha existido jamás»

(150). ¿Es un fenómeno del Neolítico oriental o del comienzo de la edad de los metales en España? Solamente Martínez Santa-Olalla ha dicho que es una variedad cerámica conocida en Oriente desde los comienzos del Neolítico, es decir, que nace allí con la cerámica. La mayor parte de los arqueólogos lo ven como una especie de cerámica nueva y lo consideran una de las más bellas creaciones de la Península Ibérica. Almagro cree que la cultura del vaso campaniforme, misteriosa y sugestiva, es el fenómeno cultural más interesante de todos los que ofrece la Europa prehistórica (151). Se plantea el problema de si es una cultura especial o un elemento cultural de la cultura megalítica, reconoce su personalidad y se adhiere a la primera tesis, que es la de los Leisner (152).

El vaso campaniforme es una de las cimas artísticas alcanzadas en España por la cerámica tras dos milenios de evolución, la otra será la cerámica argárica. La cerámica nace como una consecuencia, necesaria e imprescindible, de la profunda revolución que supuso el Neolítico con la agricultura y la ganadería, y sirve al mismo tiempo de acicate, en cuanto a sus formas y adornos, al espíritu creador del hombre que, ensayando sin proponérselo nuevas formas y decoraciones, crea esa joya que es el vaso campaniforme.

Ni qué decir tiene que la cerámica, durante la prehistoria, en cuanto al barro no tiene más diferencias que las impuestas por la naturaleza de las tierras empleadas, el modelado se hace a mano o con moldes naturales y de cestería, las formas son distintas, la cocción es irregular. El alfarero antiguo explaya su imaginación en las formas y la decoración. La cerámica de la cultura de las Cuevas presenta muchos y variados motivos ornamentales, en relieve o incisos, mientras que la de la «cultura de Almería» es lisa. La cerámica decorada más antigua es la cardial, decoración obtenida por la impresión en el barro blando aún de una concha marina de superficie muy arrugada, el *Cardium edulis*. En nuestra provincia ha aparecido en el nivel neolítico de la cueva de Ambrosio y en el cerro de las Animas (Vélez-Rubio).

Martínez Santa-Olalla dice haberse encontrado en Terrera Ventura, Los Millares, La Gerundia y otras estaciones almerienses unos platos cerámicos poco hondos, redondos u ovalados, con el fondo cubierto de pequeños guijos de cuarzo, que supone que los neolíticos usaron como ralladores o desmenuzadores de cereales, les encuentra paralelos en Mesopotamia y la última secuencia en los platos ralladores de kif de los zocos rifeños (153). En El Garcel, Los Millares y Puerto Lumbreras aparecen unas vasijas cerámicas en forma de barril con decoración cardial, a las que Siret encuentra paralelo en Hissarlik y Creta (154).

Entre los hallazgos relacionados en los diarios de excavaciones de los Siret, se hace referencia a una vasija encontrada en la sepultura de Aguilar de Cuartillas (Mojácar), decorada con dos bandas rellenas de líneas acodadas, motivo que, según Arribas, aparece en vasijas de Los Millares, Loma de Belmonte (Mojácar), Loma de las Eras (Zurgena) y Sierra Elvira (Granada) (155). Dio cerámica incisa el poblado de La Gerundia, de técnica de líneas hechas con punzón, continuas, paralelas, rellenas de rayitas cruzadas y en zig-zag (156). En Almizaraque, Siret recogió unos fragmentos cerámicos con decoración de puntos y rayas sobre los lomos en relieve puestos sobre la vasija en fresco, decoración que a Gómez Moreno parece excepcional en el Sudeste (157).

Entre los problemas que suscita el vaso Campaniforme, uno de los más interesantes es el de su origen. ¿Dónde nace? Nace de la colaboración de los hombres de la cultura de las Cuevas con los de la «cultura de Almería», de la tradición conjunta de los alfares de ambas culturas, pero ¿dónde? San Valero pone su origen en una región geográfica, no en una localidad concreta, y cita las opiniones de Gómez-Moreno que lo lleva a las cuevas de Granada, de Bosch Gimpera que lo lleva a las del litoral valenciano y de Jiménez Navarro que lo descubre en la cueva de Ambrosio (158). Maluquer dice al respecto: «Su foco originario concreto, sin que aquí nos interese demasiado, pudo darse entre el Sudeste y el mediodía peninsular»

(159). Del Castillo lo sitúa en el subcírculo andalús de la cultura de las cuevas (160); después lo acerca a las tierras almerienses, porque el círculo cultural de Almería es de vieja tradición, representa a un pueblo desde tiempo arraigado en estas tierras, rico y muy relacionado con otros círculos culturales de la Península, y con una evolución tipológica que lleva desde una cultura primitiva a la cultura espléndida de Los Millares y El Argar (161).

Otro prodigio del vaso Campaniforme es su rápida difusión por el Mediterráneo occidental y por Europa, bien llevado por los hombres de la «cultura de Almería», como quiere Bosch Gimpera (162), bien por grupos ambulantes de fundidores, braquicéfalos, inmigrantes de tipo armenoide que llegaron a España siguiendo a los colonizadores megalíticos, en contacto con los indígenas produjeron el vaso Campaniforme y los difundieron, como sostiene Almagro (163).

Bosch Gimpera (164) y del Castillo (165) señalan la entrada del vaso campaniforme en el territorio originario de la «cultura de Almería» y describen los vasos y fragmentos encontrados en Los Millares, Purchena, Mojácar y Vera. Del vaso que encontró Siret en la Loma de Belmonte (Mojácar) dice Del Castillo que «tiene puntillado y decoraciones de líneas paralelas rellenas de otras cruzadas, aunque con puntillado. Su forma es la del tipo chato, degenerada, como el tercer vaso de Purchena». Del de Vera dice en otro lugar: «De la cueva de la Hacha, en Vera, procede un vaso campaniforme de paredes altas y perfil suavemente ondulado, con decoración junto al borde y en la parte inferior de la panza, de líneas paralelas rellenas y otras sencillas. La técnica es el puntillado». En Aguilar de Cuartillas encontró Arribas un fragmento que puede relacionarse con otro de la sepultura n.º 5 del Jautón (Purchena) (166).

IV. EL ENEOLITICO

Sistematización de la Edad de los Metales.— De 1882 a 1934 don Luis Siret trabaja incansable en los yacimientos arqueológicos que va descubriendo en el entorno del Bajo Almanzora, en las tierras murcianas aledañas y en otros puntos de la provincia de Almería. Al mismo tiempo, en publicaciones belgas, francesas y españolas va dando a conocer sus descubrimientos y las teorías que, apoyado en ellos, formula. Sobre dos pivotes las monta: la evolución cultural local por influencias foráneas y los «fenicios» como vehículo de tales influencias. Cada etapa cultural en el núcleo del Sudeste español —tierras de Vera y Cartagena— se debe a una nueva oleada de gentes que arriba a sus costas y estas gentes son los «fenicios», pues no encuentra otro pueblo más avanzado en las artes de navegar, después explica lo que entiende por «fenicios». Con las matizaciones, que requieren e imponen los hallazgos y estudios realizados desde su tiempo hasta nuestros días, siguen siendo válidas muchas de sus tesis.

Hasta mediado el presente siglo se utilizaban indistintamente diversas denominaciones para rotular el primer período de la Edad de los Metales: eneolíticos y bronce. La expresión **eneolítico** la introdujo Siret. «Dicha aportación terminológica —apostilla Kalb— se justificó por una doble causa: primero, la afinidad de materiales entre Almizaraque —lugar de sus excavaciones— y otros países orientales, entre ellos Egipto. En segundo lugar, porque las fuentes escritas hablan de colonias fenicias en la Península» (167). Bosch Gimpera simpatizaba con esta denominación, pero los arqueólogos en general tocaban la necesidad de simplificar y unificar la terminología. En el I Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Almería en el 1949, Pericot propuso que una comisión hiciera una sistematización de la Edad del Bronce aceptable para todos los prehistoriadores. No se llegó a adoptar un sistema determinado y definitivo, solamente se consiguió equiparar las denominaciones en uso —Eneolítico y Argar— a bronce I y II.

El problema se centra en el origen y formación de las culturas que se asignan al Bronce I. Para Dechelette, el paso del Neolítico al Eneolítico o Bronce I en el Sudeste español se debe a una evolución local, no fue más que la continuación de la cultura neolítica, ni siquiera las ideas religiosas sufrieron una transformación radical (168). Bosch Gimpera subraya el carácter indígena de esta evolución, a pesar de las relaciones comerciales que comienzan en las primeras etapas del metal, testimoniadas por el ámbar del Báltico y el marfil africano encontrado en Los Millares (169). La teoría de Bosch Gimpera es estricta en sus principios: el pueblo de la «cultura de Almería, acoplado a los indígenas mesolíticos, evoluciona sobre el terre-

no recibiendo algunas influencias de los megalíticos portugueses y de los orientales. Siret ve un pueblo indígena, que en el Neolítico recibe a los iberosaharianos de la «cultura de Almería» y durante el tercer milenio, las sucesivas oleadas de orientales. «En la Península —dice del Eneolítico— es el resultado de una segunda oleada venida de Oriente, pero distinta de la anterior, que trae el conocimiento del cobre, que suplantando parcialmente a la piedra pulimentada y aporta numerosas substancias u objetos debidos al comercio» (170).

Del Castillo nos ofrece una visión propia y singular del Bronce I. Durante el mismo la «cultura de Almería» continúa su evolución, enriqueciéndose con el rendimiento de las minas y el comercio exterior, mientras la cultura megalítica andaluza crea durante breve tiempo un brillante episodio cultural, influye escasamente en la de Almería, la expulsa de su territorio y la impulsa hacia Levante. La «cultura de Almería» reacciona y recupera el territorio perdido, en el que perdura con el nombre de cultura argárica (171). «El hecho de que no aparezcan sepulcros megalíticos en la zona intermedia —entre Cataluña y Almería— tendría una fácil explicación por estar dominada dicha zona por la cultura de Almería, cultura muy homogénea y al parecer con una fuerte organización militar, refractaria a las influencias exóticas representadas principalmente por el ritual funerario de las poblaciones megalíticas, tan distinto de las costumbres funerarias de los almerienses» (172).

Martínez Santa-Olalla resume las notas de este período. «El bronce I de la cultura iberosahariana o bronce mediterráneo I, con Tabernas, Almizaraque, Los Millares y Carmona como supremas expresiones, podría caracterizarse, como ya lo hacíamos en 1941, por un proceso histórico arqueológicamente tangible en torno a la mitad del tercer milenario. A lo largo del tercer milenario precristiano y en torno a los comienzos de su segunda mitad vemos definirse claramente un conjunto cultural caracterizado por la talla rica del pedernal con obras maestras; cerámicas lisas bien trabajadas, pintadas uniformemente o con motivos decorativos, a veces de formas aquilladas y geométricas; por utensilios cuidados de hueso; abundantes trabajos de piedra pulimentada con hachas de sección rectangular; economía que en sus manifestaciones de cultura material delata un pueblo agricultor, con abundantes símbolos religiosos y una organización matriarcal. Este pueblo vive principalmente en alturas estratégicamente situadas, en poblados bien construidos, y ofrece, como gran novedad en la cultura hispana, el conocimiento del metal y de la arquitectura con formas superiores en que descuellan los sepulcros de cúpula y megalíticos».

«Esta cultura llena de nuevos elementos, progresivos y varios, ofrece en sus elementos materiales indudables paralelos con el neolítico sahariano, consecuencia última del neolítico egipcio, especialmente del grupo badariense y culturas asociables (incluyendo ciertas manifestaciones de época plenamente dinástica) y que llamamos cultura iberosahariana, y sobre todo con el mundo mesopotámico y oriental mediterráneo. En la cultura iberosahariana hay una cantidad grande de elementos culturales clásicamente mediterráneos, que indudablemente no llegaron a España por vía continental Norteafricana, sino por vía marítima, y al cual pertenece especialmente el complejo arquitectónico. Esta cultura y sus gentes tienen una influencia decisiva para la pura y total neolitización de España» (173).

Las ocupaciones del hombre durante este período —sintetizan los Siret— siguen siendo la caza y la guerra, la agricultura y la ganadería, a las que ahora se añade la metalurgia. Se talla con esmero el sílex. Se perfeccionan las vasijas cerámicas. Se hacen cuerdas y telas de fibras vegetales. Se funden los minerales de cobre y con el metal resultante se hacen instrumentos que tienen la misma forma que los de piedra. Se usan adornos de metal bien trabajados y perlas de cornalina (174).

¿Movimientos de pueblos o intercambios comerciales?— Los parecidos entre los «productos comerciales» que establecen paralelos, más o menos definidos, entre los del Sudeste español

y los del Mediterráneo oriental, ¿se deben a movimientos de pueblos que vienen de Oriente y se asientan en Occidente o a simples intercambios comerciales? En España se planteó este problema Antonio Vives en el 1900-1910, le siguió Siret y después todos los prehistoriadores. Complican el problema las conclusiones de P. Paris acerca del origen de la cerámica hispana, que suponía micénico, y tratan de esclarecerlo P. Dechelette y Bosch Gimpera (175).

Siret llega a hablar de movimientos de pueblos o, al menos, de una auténtica colonización del Sudeste español por los orientales (176). Le sigue Almagro, según el cual, entre los años 2200 y 200 a. C. llegan a las costas almerienses unos pueblos cuyo origen está más claro en el Mediterráneo oriental; son, además de agricultores y pastores, tempranos prospectores de metales; sus caudillos se enterraban con sus familias en grandes sepulcros de cámaras redondas y corredor, cuya construcción, por el esfuerzo colectivo que requiere, testimonia una sociedad bien organizada. Ocuparon rápidamente las zonas mineras de Almería, Granada y Jaén, hasta Sierra Morena, de donde pasaron a la Baja Andalucía, el Algarbe y las bocas del Tajo. Su ciudad tipo es la ciudad de Los Millares (177).

Schulie no admite una verdadera colonización oriental, sino solamente influencias debidas a un comercio más o menos intenso, que transmitía metales y otras materias primas hacia Oriente y bienes culturales hacia Occidente» (178). En esta línea se radicaliza Bosch Gimpera, para el que «los pueblos eneolíticos como los de la Edad del Bronce se mueven poco a pesar del gran intercambio que existe entre ellos (179). Explica concisamente su pensamiento: «Las relaciones mediterráneas que se siguen en el tercer milenio desde el Egeo y acaso la costa de Asia Menor y aún Chipre, hasta España, son indirectas, de etapa a etapa; con ellas pudo llegar metal de España al Este, y Schuchhardt creía que algunos objetos de plata de Troya (vasos) y de Creta (clavos de plata en puñales) eran de procedencia española. Ello, sin ser seguro, es posible, pues en Almería se explotaron, con los yacimientos de cobre, filones de playa, y en crisoles encontrados en las casas del poblado de mineros de Almizaraque había escorias de plata». Al decir que las relaciones comerciales eran «indirectas, de etapa a etapa», da a entender que en Malta, colonia de control y redistribución, se recibían los productos del Egeo y del Sudeste español y se reembiaban a sus respectivos destinos (180).

Hemos apuntado que Siret considera a los fenicios el vehículo de las influencias orientales ya en el Eneolítico. «Estos estilos que llamamos micénicos —dice— penetraron en España por los fenicios; éstos, que eran artistas mediocres, venían a enriquecerse no a crear escuelas artísticas y los indígenas no demostraron en ningún tiempo disposiciones para ser buenos alumnos. Las cúpulas, los enlucidos, las pinturas, etc. no sobreviven al Neolítico, desaparecen en la Edad del Bronce con los fenicios, para reaparecer con los cartagineses y griegos» (181). Dechelette toma al pie de la letra esta referencia a los fenicios y la rechaza (182). Siret, cogido entre Dechelette y la cronología, explica: «Por Fenicios yo entiendo no un pueblo formado, sino grupos de hombres originarios de Asia, que estaban en contacto íntimo con Egipto del que eran, sobre todo a partir de la XVIII dinastía, tributarios y agentes comerciales» (183). Siret es, pues, el primero que sostiene la presencia de orientales en la tierra de Vera ya en el Neolítico.

Uno de los problemas más agudos de este período es el del origen de las construcciones dolménicas de nuestras necrópolis del Bronce I. En el principio de la cuestión, hace cincuenta años, Del Castillo advierte «que en el estado actual de nuestros conocimientos no podemos decir todavía si la idea dolménica tuvo un origen único o plural» (184). Dos corrientes principales de opinión se establecen desde entonces: la de los que defienden el origen nórdico de los megalitos con camino por Portugal y la de los que están por el origen oriental y por Almería los llevan a Portugal. Campeón de la primera es Bosch Gimpera (185) y de la segunda, Almagro (186). Continúa el suspense. La última en estudiar el problema a la luz de los resultados del C-14, ha sido María Josefa Almagro y su conclusión es que no se puede desechar ni uno

ni otro origen, es necesario seguir atentos a los resultados de los estudios arqueológicos (187).

Aspectos parciales del Bronce I en el Sudeste español.— El aspecto más relevante del Eneolítico en las tierras almerienses lo ofrece el conjunto de materiales líticos, en el que, mientras la piedra pulimentada casi desaparece, el trabajo del sílex alcanza la mayor perfección, de modo especial en las puntas de flecha, verdaderas obras de arte. En el canto del cisne de esta milenaria artesanía, que en nuestra tierra comenzó en el solutrense de la Cueva Ambrosio, comarca de los Vélez, y allí y en la tierra de Vera perdura hasta que comienza a utilizarse el obre. Siret encuentra los paralelos de estas puntas de flecha en los poblados más antiguos de Hissarlik, donde el cobre vence a la piedra pulimentada antes que en Sudeste español y la aparición del bronce no deja que la industria del sílex se perfeccione, a excepción de las puntas de flecha. El parecido de éstas con las de nuestra tierra hace preguntarse a Siret si los de Micenas se las enseñaron a hacer a los «almerienses» o se las dieron ya hechas (188). Estos bellos sílex desaparecen cuando se emplea solamente el cobre.

Reseñamos brevemente los útiles líticos encontrados en tierra de Vera. En Lugarico Viejo (Antas), en los fondos de las casas del poblado, recogieron los Siret 15 sierras de sílex, una plaquita y una rodela de esquisto y cinco piedras de molino; en el monte en que se asienta el poblado 12 sierras de sílex y cinco placas de esquisto, y en la sepultura n.º 10 una lámina de sílex (189). En la sepultura de la Cruz de Antas, un cuchillo y dos puntas de flecha de sílex, y varios trozos de cuarzo (190). En Campos (Cuevas del Almanzora) tres hachas, dos piedras de molino y un trozo de diorita, un trozo alargado de esquisto, y de sílex, 105 puntas de flecha bien trabajadas y 212 láminas (191). En la sepultura de Puerto Blanco, un hacha de piedra pulimentada, tres cuchillos y seis puntas de sílex (192). En Fuente Vermeja (Antas) muchas piedras de moler, tres de afilar, muchos guijarros de esquisto utilizados para triturar y dos trozos de sílex (193). En Almizaraque (Herrerías), de sílex, una punta de flecha sin pedicelo, varias con pedicelo y unos cuchillos pequeños (194).

De varias formas ya para diversas aplicaciones fabricaban los «almerienses» desde el Paleolítico Superior útiles de hueso. No sabemos si los encontrados en las sepulturas eneolíticas son de tradición local o exóticos. Los Siret recogieron en la sepultura de Puerto Blanco cuatro puntas de flecha (195), en el poblado de Campos, agujas, alfileres, punzones, tubos y puntas de flecha en cantidad (196) y en Lugarico Viejo, algunas puntas de flecha en el poblado y en la sepultura n.º 10, una punta de flecha y un colmillo de jabalí trabajado (197).

Desde siempre, ya en la más remota antigüedad, los hombres más que las mujeres, cuidaron el adorno de su cuerpo, en el Cuaternario con pinturas, a las que añadieron en el Eneolítico objetos compuestos con materiales vistosos y raros, y por lo tanto, valiosos para ellos. Los rastros de estos objetos de adorno sirven, además de para conocer el grado de refinamiento a que ha llegado una cultura, para seguir las rutas de las probables corrientes comerciales.

Los recipientes de alabastro testimonian, según Siret, el uso de cosméticos, aceites perfumados, que se comercializaban en estos pequeños recipientes, que desaparecen en el período argárico (198). No todos los arqueólogos están conformes con esta interpretación.

Para componer collares y brazaletes se utilizaban conchas marinas perforadas y cuentas hechas de piedras y de metales. En las cuentas de oro halladas en los poblados primitivos de Troya aparecen grabadas las líneas superficiales que muestran las conchas. Tres materias raras y por lo tanto valiosas se prestaban a la fabricación de cuentas: el callaïs, el jais y el ámbar. El callaïs es un mineral del grupo de los fosfatos aluminosos, que se encuentra en los aluviones del estaño en forma de pequeños guijarros. El jais o azabache abunda en Inglaterra. El ámbar oscuro era de origen báltico (199). Pero también lo pudieron encontrar más cerca.

Los peines de madera y de marfil encontrados en los yacimientos granadinos y en los al-

merienses de Los Millares y del Llano del Jauton (Purchena) pertenecen a este periodo. Los hallados en El Argar, El Oficio y Fuente Alamo son argáricos. Siret afirma haber encontrado hasta 30 entre los escombros de una casa de Los Millares (200). Arribas les encuentra «los paralelos más claros» en las culturas predinásticas egipcias (201) y en los niveles más antiguos de la colina de Hissarlik, según Siret (202).

En cuanto a los colgantes advierte Arribas: «... el área de expansión de los colgantes de piedras duras, perforadas, ya rectangulares, ya triangulares, es extraordinaria; casi podemos decir que no existe una estación de esta época en el Sur de España carente de ellos; desde Levante (Moia Alta de Serelles), donde aparecen con doble perforación cónica, hacia el Sur, Gata, El Argar, cuentas triangulares de serpentina, La Gerundia, avanzan por Granada, Huélago, apareciendo en Vilanova de San Pedro y en la cueva del nacimiento del río Almonda, estas dos últimas estaciones ya en Portugal. En Egipto tipos muy semejantes proceden del Badariense y en el neolítico oriental los poseen los niveles II al IV de Troya, encontrándose también en Biblos» (203).

Los Siret encontraron 15 cuentas de esteatita en la sepultura de Puerto Blanco (204), conchas marinas perforadas, un pequeño bastón de marfil, tres brazaletes ovales completos y fragmentos de otros tres, hechos con un hilo de bronce, y una falange de animal trabajada en el poblado de Campos (205), ocho brazaletes ovales de bronce con los extremos libres, de los que los pequeños pudieron haber sido usados como pendientes de oreja, cuatro anillos redondos del mismo metal, una aguja y 14 cuentas de collar, 14 cuentas de piedra calcárea y una perla de cornalina o ágata roja, en una sepultura de Qurénima (Antas) (206), cuatro brazaletes ovales, un anillo redondo, seis cuentas de collar, dos espirales de bronce, 11 cuentas de piedra calcárea y una perla de cornalina, en una sepultura de Caldero (Mojácar) (207), un brazaletes y dos cuentas de bronce, y dos perlas de piedra calcárea translúcida, en una sepultura de Barranco Hondo (Antas) (208), muchas cuentas perforadas en el poblado de Fuente Vermeja (Antas) (209), y dos cuentas de marfil en el monte en que se asentaba el poblado de Lugarico Viejo (210). Otros hallazgos se relacionan en Los Millares, Ifre (Mazarrón), etc.

Como índice de la cerámica de esta época, aparte el vaso Campaniforme del que ya hemos hablado, nos sirve la relación de la encontrada en las sepulturas de Los Millares: placas y cuentas de arcilla, vasijas pintadas o con decoración incisa, vasijas sin decorar, de pasta fina y de pasta grosera (211). El cambio de la cerámica decorada a la lisa de superficie negra bruñida se produce del tercero al segundo milenio a. C. Ocurre en nuestra tierra, en Siria y en Anatolia. Es el paso de la cultura de Los Millares a la de El Argar. Dice Schubart que en estos cambios un estilo común actúa como estimulante en amplias zonas y da lugar cada vez a formas locales determinadas. Es más verosímil un puente tendido desde el Mediterráneo oriental al litoral almeriense que una dependencia de Sicilia o de Malta como intermediarios, pues con éstas hay claras diferencias en cuanto a sepulturas y cerámica (212).

Algunas especies cerámicas se distinguen por su singularidad. Tal los discos redondos de tierra cocida con una agujero que llaman fusañolas, cuyo uso se adivina de un modo muy confuso, pues incluso se les atribuye un sentido religioso teniendo en cuenta que muchos están decorados. Abundaban en la colina de Hissarlik donde Schliemann recogió más de veinte mil. En el Sudeste español aparecen en el periodo de la piedra pulimentada y se vuelven raras después, lo mismo que en Micenas (213). Parecida es la historia de las placas cuadrangulares con orificios en las esquinas, que en España aparecen lisas y en Portugal, decoradas, que se venían considerando pesas de telar y ahora se las mira como amuletos. Aparecen en Tres Cabezos, Lugarico Viejo, El Argar, El Oficio, Fuente Alamo, Fuente Vermeja, y en otros lugares de las provincias de Almería y Murcia. Su paralelo se sitúa en Chipre en el año 2000 a. C. (214).

Siret encontró en las sepulturas numerosos fragmentos de vasos de yeso y en las casas, además de los restos de enlucido aplicado a los muros, trozos de yeso crudos y trozos a medio cocer, por lo que cree que el yeso lo obtenían por calcinación del sulfato de calcio cristalizado, que en la tierra de Vera se encuentra en pequeños filones muy numerosos. Las vasijas de yeso están decoradas con grabados y con pinturas rojas y azul-verdosas. Una de ellas tiene la forma de un huevo de avestruz y reproduce la decoración de éstos, tan abundantes en la necrópolis púnica de Villaricos, de lo que Siret deduce que el comercio de estos huevos debió comenzar en el Eneolítico (215).

Arribas menciona los tres ejemplares de doble vasija geminada de Almizaraque, la pieza de cuatro cuerpos en un solo conjunto de Los Millares y el ejemplar de Los Blanquizares de Lébor, cuyos paralelos encuentra en Egipto —Merindé beni Salama, Badari, Nagadah— en el cementerio prehistórico de Hierakómpolis, Susa y Biblos (216).

En Campos abundan las vasijas de superficie color rojo vivo, con decoración incisa de dientes de lobo y líneas en cruz, rellena de una pasta distinta a la de la vasija; brazaletes que los Siret suponen destinados a proteger las muñecas del choque de las cuerdas del arco; cuernos cortados por la base, con un agujero en el extremo, que aparecen también en La Gerundia (217). El color de las vasijas de Fuente Vermeja va del rojo al negro, reflejo de cómo se ha producido la cocción; su decoración consiste en la ondulación del reborde superior y en una serie de líneas transversales en el borde, adorno que perdura hasta hoy en las vasijas que salen de los alfares veratense (la referencia es del año 1887); una de estas vasijas tiene un soporte de barro formando cuerpo con ella (218). En Lugarico Viejo aparecieron cuatro urnas cerámicas para guardar granos, algunas vasijas de color rojo claro decoradas con líneas incisas hechas en la pasta fresca, fragmentos de otras vasijas decoradas y pesas (219).

La primera etapa de los metales se caracteriza en los poblados eneolíticos de nuestra tierra por la escasez de instrumentos de piedra pulimentada, abundancia de objetos de adorno, aparición de otros que por su rareza y exotismo demuestran que los trajeron de fuera, uso de útiles de cobre y joyas de plata y oro, la plata abunda mucho desde el principio y el oro no es muy raro. La falta de bronce normal parece un accidente local, se debe a la falta de estaño. Los primeros útiles de bronce son de un metal de calidad muy inferior, obtenido aleando cobre con arsénico o antimonio, no fácil de trabajar, por lo que las formas de los objetos son muy simples (220). Siret considera que fue un retroceso cultural el uso del cobre puro en la fabricación de herramientas y armas por su gran ductilidad, pues, aunque desplazó los útiles de piedras duras pulimentadas, hizo más necesario que nunca el sílex por su dureza (221).

El uso del cobre puro es un fenómeno común a los países del Occidente europeo. Dechelette lo considera uno de los principales caracteres del neolítico de Europa, hasta el punto de que «en algunas estaciones la ausencia de metal es quizá el resultado de circunstancias puramente accidentales» (222). En nuestra tierra, El Garcel es la primera estación en testimoniar el uso del cobre con algunas escorias de este metal. Le siguen las de Parazuelos y Campos con algunos útiles y adornos, y Los Millares que marcan el apogeo en esta etapa, para pasar a la de El Argar donde ya aparece el bronce (223).

Martínez Santa-Olalla encuentra en los pueblos del III milenio a. C. una agricultura ampliamente desarrollada, una ganadería bastante compleja que ha incorporado nuevas especies y variedades y una metalurgia rigurosamente nueva, que sabe manipular el cobre, la plata y el oro (224). Otro de los estimulantes económicos es el comercio, muy intenso en esta etapa (225). Lo atestigua la presencia en los poblados almerienses de útiles de cobre, de las hermosas puntas de flecha de sílex, de los objetos de culto de estilo egipcio, del marfil, de los vasos de alabastro, de las cuentas hechas de cáscaras de huevos de avestruz (226). Tanto Siret (227) como Dechelette (228) creen, aunque por motivos distintos, que el comercio con el Nor-

te europeo comenzó ya en el Eneolítico. Este comercio solamente se podía nutrir por parte de los indígenas con los minerales, plata principalmente, que se beneficiaba en Almizaraque. Mirando al Oriente mediterráneo, Bosch Gimpera opina que las factorías asentadas en Villari-cos exportaron minerales «en el Eneolítico y en la Edad del Bronce» (229).

Poblados.— Parecen responder a dos tipos: poblado-fortaleza y poblado-minero. Del primer grupo es prototipo el de Los Millares y se pueden agregar a él los de Fuente Vermeja y Lugari-co Viejo. En el segundo se incluyen los de Almizaraque, Cerro de las Canteras y Parazuelos (Mazarrón). El de Campos es un poblado de transición y del Barranquete sólo ha llegado a nosotros la necrópolis. El de Los Millares (Santa Fe de Mondújar), sobre el río Andarax, ha dado nombre a este período cultural. Está situado sobre una meseta recortada por el Andarax, la rambla de Huéchar y el barranco de Pantaleón y defendido por una muralla con varias torres, defensas que se completaban con unos fortines situados en las colinas inmediatas. Una acequia le llevaba el agua de un manantial próximo.

El poblado de Almizaraque (Herrerías) está declarado monumento de interés histórico-arqueológico como el de Los Millares (230). Está situado en el pago de Almizaraque, al pie de Sierra Almagrera, en un cabezo que se alza en un fértil llano regado por el Almanzora, a tres kilómetros de la mar, uno de Herrerías y cien metros de la casa de don Luis Siret. Al O. queda el cabezo de las Herrerías, el NE. Sierra Almagrera, al E. el Mediterráneo y al S. el Almanzora. El «tell» o cabezo mide cien metros de longitud por cincuenta de anchura y tres o cuatro de altura sobre la planicie en que alza, un relleno del Almanzora; debía formar en la antigüedad una isleta sobre tierras bajas marismas. La necrópolis queda a 200 metros, en unas colinas llamadas Las Palas y Las Heras o Las Encantadas. Fue descubierto y excavado por Siret en el 1906 y después los han vuelto a estudiar Almagro y Schubart (231).

Bosch Gimpera, que estudió con De Luxan los cuadernos de excavaciones de Siret, dice que se extiende sobre el yacimiento una capa de tierra y piedras de dos o tres metros de espesor, procedentes en parte de la nivelación de los pisos realizada por los habitantes del poblado y en parte de los escombros acumulados por el derrumbamiento de las paredes y techos de las casas del poblado. Los niveles estratigráficos se suceden así: sobre el piso natural, arenoso o arcilloso, hay una capa de tierra menuda apisonada, con ceniza, carbón, yeso, huesos de animales, instrumentos y objetos varios, producto de una estancia prolongada; siguen unas capas de tierra con trozos de carbón procedentes del incendio de las casas, en las que se encuentran vasijas, algunas de las cuales contienen cereales o habas carbonizadas, objetos de uso doméstico de piedra y cobre, huesos de animales muchos de ellos grabados, ídolos, tolmos de barro de los techos, más o menos calcinados y con huellas de palos y sogas; en algunos sitios aparecen carbonizadas las bases de las columnas o pilastras de madera que sostenían los techos de las casas, o los huecos en que encajaban; siguen unos decímetros de tierra arcillosa con piedras, relleno formado para montar sobre las ruinas del anterior el piso de un nuevo poblado; esta serie de capas se repite superpuestas dos o más veces, siendo la industria igual en todos los niveles; en el terreno virgen y en los escombros aparecen silos que pueden haber sido de los almacenes o viviendas (232).

Almagro, que en el 1961 realizó una pequeña exploración, con la colaboración de Pellicer y Losada, en un extremo del «tell», establece la siguiente estratigrafía: capa superficial de tierra clara en la que afloran restos de muros de época argárica, capa de tierra arcillosa con restos de hogar y materia orgánica, capa igual con cerámica del Bronce I. En el segundo estrato predomina la arcilla clara en la primera capa, que dio dos fragmentos campaniformes y una punta de sílex con aletas y pedúnculo; sigue una capa arenisca con pequeños cantos rodados, que dio materiales diversos; una tercera capa de arcilla oscura, en la que apareció

una cista de tipo argárico con cerámica reminiscente del Bronce I; otra capa que dio dos fragmentos cerámicos grises con decoración incisa. En el tercer estrato la primera capa es de arcilla amarillenta con arena, en ella aparece una construcción rectangular de piedras grandes unidas con barro, la cerámica es tosca con abundancia de mamelones; en la capa siguiente hay una construcción circular tipo tholos, pero los materiales no varían. El estrato cuarto es de arcilla muy compacta con cantos rodados y carbón. En el quinto se suceden tres capas de tierra arenisca de diverso color con mucho carbón. El sexto es de arcilla muy clara con carbón. Sigue el fondo de aluviones arenosos del río. Estos estratos testimonian que aquí se han sucedido poblados neolíticos, eneolíticos, argáricos, y de los períodos de las colonizaciones fenicia y romana (233).

Martínez Santa-Olalla estudia la construcción y las sucesivas reconstrucciones del poblado de la etapa eneolítica. Previo terraplenamiento y relleno del terreno —ya hemos visto que Almagro encontró un estrato con indicios de población anterior—, se edificó un poblado de plano bastante regular, según era norma de las culturas urbanas del mediterráneo oriental, con casas construidas de mampostería, trabajada con arcilla y en algunos casos con cal, técnica constructiva de todo el ciclo iberosahariano, que encontramos también en Portugal. Este poblado sufrió varios incendios y reconstrucciones durante su existencia, que no fue larga. Tiene silos excavados en la tierra, semejantes a los del poblado del Campico del Centeno, en la rambla de Lébor (Totana), que es de la misma época (234). Después de estudiar los granos carbonizados de cereales y leguminosas encontrados en las casas quemadas, sus paralelos orientales y los caminos que siguieron hasta llegar aquí, ve la cultura iberosahariana de nuestra tierra con poderosas raíces africanas y con influencias orientales egeo-anatólicas. Esto en cuanto a la población indígena del «tel» o de sus inmediaciones. Las gentes establecidas como dueñas en el poblado estaban dedicadas a la explotación de los riquísimos yacimientos de plata nativa, plomo argentífero y cobre que afloran en el contorno, dándole carácter de factoría minera y comercial, apta para el embarque del metal ya fundido (235).

El poblado dista 600 metros de los ricos yacimientos del Cabezo de las Herreras, colina formada por poderosas capas de mineral de hierro, barita y tierras impregnadas de sales argentíferas, según informa Siret que dirigió la explotación minera de la zona durante muchos años. Las mismas piedras empleadas en la construcción del poblado eneolítico provienen en parte de dicha colina, cuyo mineral Siret encontró en los fondos de las casas, lo que demuestra —según él— que el poblado era un laboratorio instalado por los colonizadores extranjeros para analizar los minerales, seleccionar los más ricos en plata y extraérsela para llevársela. Almizaraque es el poblado minero más completo y perfecto del Eneolítico (236). Los minerales tratados para extraerles la plata fueron el cobre y el plomo argentífero (237). Los pocos útiles de cobre y adornos de plata y oro que aquellos colonizadores dejaron sobre el terreno demuestran que atendieron a llevarse estos metales.

Para la caza y la guerra y para comercial con los indígenas, perfeccionaron las puntas de flecha de sílex. Siret encontró en Almizaraque un taller en el que se fabricaban estas puntas, de las que encontró en él algunas acabadas y de mala factura, como hechas por aprendices, otras a medio hacer, de bella factura, trozos de sílex y huesos y dientes de animales que eran los instrumentos de que se servían para tallar las puntas por presión. Cree Siret lo traerían de Africa pues escasea en el sudeste. Dos pequeños trozos de oro debían proceder de las arenas del Almanzora, arrastrados desde las tierras de Armuña. Los colonos pagaban a los indígenas el oro con las puntas de flecha (238).

Dos arqueólogos, Bosch Gimpera y María José Almagro, califican y sitúan el valor cultural de Almizaraque. El material obtenido por Siret en las excavaciones de este lugar es «típicamente eneolítico y consiste en unos dos mil instrumentos de piedra, hachas pulimentadas,

núcleos de sílex, hojas diversas retocadas, varios puñales y muy abundantes puntas de flecha, que se fabricaban in situ, piedras de molino, percutores, cuentecitas de «callaís» y otras sustancias, etc.; y unos cien objetos de cobre entre hachas planas, cinceles, cuchillos, puñales, punzones, alfileres, etc. La cerámica, en general, es tosca, sin decoración, pero algunas vasijas son de barro negro fino y otras tienen decoración semejante a la cerámica de Los Millares o a la de los vasos campaniformes, con decoración incisa, rellena o no de yeso blanco. El cuadro de cultura que ofrece el conjunto de los hallazgos es el conocido de la cultura de Los Millares-Almizaraque, o sea, la etapa más avanzada de la eneolítica almeriense con fuerte influencia de la cultura portuguesa de la fase de Alcalar (con puntas de base cóncava muy pronunciada) y que hoy se ha podido fechar en transición a la Edad del Bronce (Bronce I a-b)» (239). «Almizaraque es, pues, sin duda alguna un testimonio de valor extraordinario para la definición y la cronología de la cultura eneolítica de España y aún de la minería prehistórica de Europa. Creemos que las observaciones del señor Siret, hechas con su proverbial agudeza de percepción, rigor de método y detenido estudio, son en un todo acertadas, ha sido realmente una fortuna que las excavaciones de Almizaraque se hayan llevado a cabo por el señor Siret que, a más de arqueólogo y excavador benemérito de la región durante varios decenios, era ilustre ingeniero de Minas, especializado en el aprovechamiento y explotación del criadero argentífero de las Herrerías, siendo los métodos actuales de la explotación de sus minerales la continuación de los empleados hace unos miles de años y con grandes analogías con aquellos. En particular, los demuestres de los minerales se siguen haciendo en la misma forma que se hacían entonces y ellos son la nota típica y característica de la explotación de dicho criadero, que constituyen los hayazgos del Cabezo de Almizaraque» (240).

Para María José Almagro, en Almizaraque se acentúan las influencias orientales. «A la luz de estos escuetos datos (de las tumbas), que se podrían ampliar con los datos que conocemos del poblado, nos parece poder asegurar que Almizaraque es un claro paralelo en su origen y desarrollo a Los Millares, pero hubo de tener, sin embargo, una supervivencia mayor. Los materiales hallados en este importante yacimiento pertenecen a una época ya de pleno apogeo de la cultura de Los Millares o fase B de Martín Almagro. Tal vez el asentamiento del poblado de Almizaraque tuvo lugar cuando ya el yacimiento de Los Millares estaba en su apogeo, incluso cabe pensar que cuando este poblado sucumbió. Tras la aparición de la cultura del Argar continuó existiendo Almizaraque durante algún tiempo, hasta ser también ocupado por los introductores de esta nueva cultura de metalúrgicos, que acaban hacia el año 1500 antes de Jesucristo por imponerse en todo al SE. Incluso parece que las explotaciones metalúrgicas de la zona Almizaraque-Herrerías siguieron desarrollándose tras la aparición de esta nueva civilización, siendo muestra de ello el estrato con casas de planta cuadrada pertenecientes a esta cultura que se halló al hacer la estratigrafía del poblado, y la aparición de un enterramiento en cista entre ellas, típicamente argárico».

«Como resumen de nuestras investigaciones, creemos haber aportado algunos materiales nuevos de interés, y nos parece de su análisis clara la tesis de que directamente desde el Egeo, donde este tipo de sepulturas con cubierta de falsa cúpula o «tholos» aparecen, debieron llegar al SE. de la Península, igual que los ajuares por ellos traídos, unos grupos de gentes que conocían el aprovechamiento minero de los metales y poseían una técnica metalúrgica ya desarrollada. Su superior cultura se refleja también en su culto a un dios de la fecundidad y de ultratumba, representado por el conocido «ídolo dolménico de los ojos». Sobre todo, su organización urbana nos asegura una civilización superior, que se impondría sobre las gentes neolíticas, simples agricultores, más pobres y menos evolucionados, que entonces desarrollaban las culturas del Neolítico II en el suelo peninsular. Estos pueblos extranjeros debieron ser también agricultores y pastores, pero, sobre todo, la base de su economía sería la explotación

de los yacimientos mineros, en busca de los cuales vinieron a Iberia. El emplazamiento de los poblados fortificados cerca de las zonas mineras, como en el caso de Almizaraque, es claro testimonio de su forma y medios de vida. Igualmente sus núcleos urbanos, cercanos a la costa, nos permiten establecer su carácter eminentemente marítimo, como nos lo prueba la propagación de esta cultura a lo largo de las costas mediterráneas y del Occidente atlántico europeo» (241).

En cuanto a la cronología absoluta de este yacimiento, se han hecho dos análisis por el método C-14 que han dado los resultados siguientes: el de un trozo de madera carbonizada recogida en 1964 señaló aproximadamente el año 2200 a. C. (242), fecha que un análisis posterior rebajó al 1800-1900 a. C. (243). Estas fechas sitúan al poblado de Almizaraque en la etapa del pleno desarrollo de Los Millares e indica una larga supervivencia del mismo que se alarga hasta el comienzo de la cultura argárica, e incluso hasta la ocupación romana de acuerdo con la estratigrafía de Almagro.

En una línea parecida al de Almizaraque, poblado minero, están el del nivel superior del Cerro de las Canteras (Vélez-Blanco) y el de Parazuelos (Mazarrón). En una de las casas del primero, Federico de Motos encontró una cantidad regular de piedras azul-verdosas, malaquita y azmita, minerales de cobre llevados, probablemente, de unos cabezos situados a 15 Km de distancia, al E. del poblado, en el paraje llamado el Cumbre, frente a los baños sulfuroso de la Fuensanta (Lorca), y otra, un horno de fundición de barro refractario y un crisol (244). Parazuelos es una pequeña estación eneolítica situada en la tierra de Vera-Cartagena, en la que los Siret recogieron varios útiles de cobre, 15 kilos de escorias y 10 de mineral —carbonatos de cobre verdes y azules con rastros de sulfuro— procedentes, probablemente, de la sierra Lomo de Beas, situada dos kilómetros al Sur del poblado (245).

Más en posición de poblado-fortaleza parecen estar los de Fuente Vermeja y Lugarico Viejo. Fuente Vermeja es el nombre de un pequeño manantial, muy apreciado en el país desde antiguo. Nace a los pies de un ribazo situado en la orilla izquierda del río Antas, aguas arriba de Antas y de la estación de La Gerundia. El ribazo fue asiento de un pueblo prehistórico. El yacimiento lo llaman los arqueólogos Fuente Vermeja, pero los nativos le dicen el Castellín por los restos de construcciones prehistóricas que conserva. El solar ocupado por el poblado tiene forma triangular, un lado cae tallado a pico desde una altura de quince metros y los otros dos, orientados al E. y al O. están ceñidos por sendos barrancos. Las defensas son naturales y los constructores del poblado las reforzaron con un muro, que recorría el perímetro del mismo y servía de camino para acceder a las viviendas adosadas a él; la anchura de este muro varía en 0,80 y 1,00 m y en la parte más alta llega a tener metro y medio; la parte inferior está construida con piedras del barranco y la superior, con losas arrancadas de la planicie del poblado, todas unidas con barro. Los fondos de las cabañas están excavadas en el terreno y los lomos que deja esta excavación servían de muros de separación entre ellas. Los techos eran de ramas que han dejado impresas sus huellas en el barro que las cubría; estos techos se derrumbaron o fueron destruidos por un incendio. Aparecieron dos niveles con restos de madera carbonizados, separados por una capa de tierra de 0,40 m de potencia, lo que supone que el poblado fue construido y destruido dos veces.

Aquí los Siret encontraron piedras de moler en cantidad, placas de esquisto, algunos trozos de sílex, pero no salieron ni puntas de flecha ni láminas de este pedernal. Recogieron muchas conchas para confeccionar brazaletes y collares o para usarlas como adorno. El color de las vasijas varía del rojo al negro, sus formas son algo complicadas, la decoración es escasa, con una de ellas forma cuerpo un soporte del mismo barro. Una vasija grande contenía cebada carbonizada. También aparecieron cuerdas de esparto carbonizadas. De cobre solamente se encontró un junquillo, un clavo y una lámina con dos agujeros (246).

Lugarico Viejo denuncia, con sólo su nombre, el asiento de un poblado antiguo. Las ruinas

del poblado eneolítico quedan en una colina de forma de herradura, situada en la orilla derecha del río Antas, 800 metros aguas arriba de Fuente Vermeja y a un tiro de fusil de la cortijada Los Castaños. Queda al pie del yacimiento una garganta estrecha, cubierta de grandes bloques desprendidos de las paredes cortadas a pico. El poblado estaba defendido por esta garganta y por barrancos en los otros costados, orientados al E. S. y O. En la cumbre de la colina ocupa una planicie ondulada, de una hectárea de extensión, cuyo punto más alto se alza a 600 metros sobre el nivel del río. Una muralla de 90 metros de longitud y casi uno de anchura lo rodeaba por la parte orientada al SO.; la altura conservada de esta muralla es de metro y medio en el vértice Sur. Es probable que esta muralla rodeara todo el poblado. Siret considera más importante este yacimiento que el de Fuente Vermeja. Describe una de las casas, que es parecida a las de Campos y Fuente Vermeja, aparece incendiada como las de aquellos poblados y con una capa de escombros de 1,50 a 1,75 m de potencia. Encontró en este poblado cinco piedras de molino, 15 sierras de sílex amontonadas en un lugar determinado de una de las viviendas, dos plaquitas de esquisto, cuatro urnas cerámicas conteniendo trigo, cebada, bellotas y otros granos, cubiertos con esparto, todo carbonizado. Fuera del poblado, en el montecillo sobre el que se asienta, 12 sierras de sílex, cuatro placas de esquisto, unas puntas de hueso trabajadas y dos botones de marfil (247).

Campos es un poblado de transición del Eneolítico inicial al pleno o cultura de Los Millares, pues siendo típicamente «almeriense», aparecen en él algunos elementos megalíticos (248). Situado en el término de Cuevas de Almanzora. Está compuesto por grupos de casas dispersos y doble muralla. Fue rastreado por Siret, que levantó planos e hizo croquis. Bosch Gimpera resume lo expuesto por Siret acerca de este poblado (249). Las casas pertenecen a un momento cultural más avanzado que el de Tres Cabezos. Sobre una eminencia se alzaba una casa fuerte formada por dos recintos de forma trapezoidal; del recinto interior solamente quedaban tres lados; el exterior estaba flanqueado por sendas torrecillas redondas en los ángulos Norte y Sur, y una rectangular en el ángulo Este, torrecillas que se comunicaban por el espacio que quedaba entre los muros de los dos recintos; el flanco de este recinto orientado al SE. se curva hacia adentro para adaptarse al terreno. Es una construcción pensada para la defensa. El muro del recinto interior descansa sobre un suelo de cenizas de 0,20 a 0,30 m de potencia y el exterior va directamente sobre la roca viva del cerro, lo que evidencia, a juicio de Almagro y Arribas, que el recinto interior se construyó después que el exterior, lo que de por sí es muy notable (250). Estos muros, de piedra, tienen de 0,40 a 0,60 m de espesor. Postes de madera, de 0,20 a 0,30 m de grosor, sostenían el techo, hecho de cañas, ramas y barro; lo atestiguan los trozos de madera carbonizados y de arcilla con la impresión de las cuerdas que ataban las cañas, y de las ramas. «Es un modo de construir techos ligeros —apostillan los Siret— que perdura en estas comarcas». El incendio que provocó esta ruina ha dejado sobre el terreno dos capas de cenizas separadas por otra de barro.

En este poblado los Siret recogieron tres hachas de diorita, más de cien puntas de flecha y 200 láminas de sílex, un trozo alargado de esquisto, dos pideras de molina, un trozo de vasija de mármol muy bien hecha, que quizá sea de época posterior; agujas, alfileres y punzones de hueso y un pequeño bastón de marfil, muchas conchas marinas con uno o dos agujeros; vasijas superficie alisada y color rojo vivo con decoración incisa de dientes de lobo y líneas en cruz, rellena de una pasta distinta a la de la vasija; de cobre, un hacha plana, seis cinceles y cinco punzones, uno de éstos conserva el puño de hueso y uno de los cinceles, restos de tela adheridos; tres brazaletes formado con un hilo de bronce, a uno de los cuales se adhería trozos de hueso del antebrazo (251).

Necrópolis.— Tan interesantes e indispensables, o mucho más, como las casas y poblados de los vivos, son las necrópolis o poblados de los muertos, para conocer la vida material y espiritual de las comunidades humanas de cualquier tiempo y cultura, especialmente de las edades prehistóricas, de algunas de las cuales solamente han llegado a nosotros estos rastros o preponderan entre los que distinguen a una cultura desaparecida. La estructura de una sepultura, el modo de estar colocado el cadáver en ella nos descubren las creencias de los que las construyeron y practicaron la inhumación, el ajuar depositado con el cadáver es un muestrario de la industria que ejercieron y puede descubrirnos relaciones comerciales insospechadas. Los enterramientos nos hablan a veces con mayor claridad de las creencias, ocupaciones y costumbres de los que en ellos yacen, que los rastros que dejaron en los poblados. Esto se puede decir especialmente de las construcciones megalíticas de la cultura de Los Millares, que no son sino una imitación monumental, cara a la eternidad, de las casas que ocuparon mientras vivieron los eneólíticos que desarrollaron dicha cultura.

En el sentido más propio —define Tarradell—, las construcciones megalíticas son «esclusivamente las tumbas de enterramiento colectivo elevadas por los pueblos que durante el Eneolítico y parte de la Edad del Bronce vivieron en determinadas áreas de la Europa occidental» (252). Pero estas sepulturas son solamente un elemento, aunque principalísimo y básico, de un complejo cultural que tiene, además, otros factores distintivos: los poblados fortificados y la prospección de metales entre los más importantes. Por eso —advierte Almagro y Arribas— aplicar a esta cultura el apelativo de megalítica no parece lo más apropiado, dado que incluso tal apelativo se le discute a las tumbas. Algunos arqueólogos lo rechazan, como el de tholos, por su limitación, y proponen para designarlas el de «sepulcros de corredor» (253). Los Leisner las clasificaron en dos grupos: tumbas circulares con cúpula, en las que incluyeron los sepulcros de cámara circular, los de cámara con muros de mampostería y los de cámara cubierta con falsa cúpula, y tumbas megalíticas de corredor, en las que reúnen las tumbas de cámara trapezoidal y galería, las de grandes piedras y las de planta esquinada (254). Arribas hace tres grupos: sepulturas de corredor, de galería y dólmenes; las sepulturas de corredor son las de cámara con corredor diferenciado, las de galería tienen el corredor sin diferenciar y los dólmenes constan solamente de cámara (255).

Elementos de estos sepulcros colectivos son los atrios, espacios ante la entrada delimitados por losas hincadas verticalmente en el suelo, en los que solían colocarse los betilos que son unos conos o agujas de piedra. Las puertas hechas de grandes losas perforadas, elementos específicos de Los Millares, El Barranquete y Almizaraque, que aparecen en la entrada del corredor y en varios lugares de éste para dividirlo en tramos. Los corredores divididos en tramos por las citadas puertas o dispuestos, sin ellas, en galería. Los nichos que se abren en el muro del corredor y de la cámara a cierta altura del suelo. La cámara, generalmente de forma oval, con muros de mampostería de piedra y barro, reforzados o no en el zócalo con ortostatos o piedras hincadas verticalmente en el suelo, con una base en el centro para apoyar en ella una pilastra de piedra o un madero que sostenía el techo, formado por losas que a determinada altura comenzaba a sobresalir de los muros y avanzaban hacia el centro hasta formar una falsa cúpula y quedar apoyadas en los pilares, en unas cierran totalmente, pero cuando tenía más de cinco metros de diámetro, quedaba un hueco que se cerraba con ramas. El solar de la sepultura se preparaba adrede o se utilizaba tal cual lo ofrecía el paraje si resultaba adecuado (256).

El llamado tholos es un sepulcro de cámara circular cubierta con falsa cúpula, precedida de corredor o dromos dividido en varios tramos por losas perforadas. En el Sudeste se extiende por tierras de Almería y Granada, lo que indica una amplia y continuada ocupación por los primeros metalúrgicos. En los tholos del grupo almeriense aparece, como ajuar, un mayor

número de objetos exóticos, como el cuchillo de cobre de hoja curva, tipo dinastía XII egipcia, las puntas de flecha, de sílex, de base cóncava, los ídolos de tipo cretíco-cicládico, los peines de marfil, los vasos de alabastro, los vasos cerámicos decorados con ídolos oculados, las hachas votivas y las sandalias de marfil (257). Bosch Gimpera añade la cerámica campaniforme (258).

En cuanto al origen, desarrollo y difusión de las tumbas de cúpula y de los dólmenes, las opiniones de los arqueólogos se distribuyen en los mismos grupos que lo hacen al definirse respecto al origen de la cultura megalítica en general. La escuela clásica, con Cartailhac y Bosch Gimpera a la cabeza, defiende el nacimiento y difusión en Beira y Traos-Montes (Portugal), de donde pasa a las regiones del Sur de Andalucía. Los orientafistas, con Siret y Dechelette, defienden el origen egeo, atestiguado por los tholos. Ford y Childe matizan algo más: origen en Oriente y decadencia en Portugal. Los Leisner sustentan una tesis singular; comienzan por afirmar que los sepulcros de cúpula o tholos y los megalitos son formas de construcción totalmente diferentes y sin influencias mutuas y, una vez asentado esto, concluyen que los sepulcros circulares con túmulo del Sudeste serían el origen de los tholos de Los Millares y los pequeños dólmenes y las cistas de Portugal, origen de los grandes sepulcros megalíticos (259).

Hoy parece más cierto que los sepulcros de corredor y cámara con falsa cúpula tuvieron su origen en el Egeo. Se ha vuelto a la teoría sustentada por Siret en el 1908; este advertía que los tholos almerienses son más pobres que los de Micenas. Gómez-Moreno creía que la cubierta de falsa cúpula había evolucionado al ponerse en contacto con los megalitos, originando la solución de la pilastra central para sostener el techo; Siret opinaba que los dos sistemas se dieron al mismo tiempo (260). Almagro y Arribas encuentran paralelos a los tholos almerienses en los tholoi de Creta, Chipre, Grecia, Malta y Sicilia (261). En las tumbas de corredor y cámara de Kalandriní, Syros, en las etapas II y III del Cicládico Primitivo, aparecen los prototipos de los ídolos de Los Millares, la diosa de la fecundidad (262). Almagro se fija especialmente en los tholoi de la llanura de Mesara, Sur de Creta, que pertenecen al Minoico Primitivo II (2400-2000 a. C.) y continúan a lo largo del Minoico Primitivo III (2000-2000 a. C.) (263), pero su hija María José advierte que los tholoi no tienen claros antecedentes eneolíticos en aquella isla (264).

Glyn D. Daniel traza tres caminos de expansión de los tholoi cretenses, que considera origen de los sepulcros de corredor europeos: uno por Sicilia, Sur de Italia a España; otro, del Sur de Italia al Norte de Cerdeña, y el tercero por la Grecia continental y la Tracia búlgara (265). Almagro señala la ruta de Malta, Sicilia, Cerdeña, Baleares, Los Millares (266). Arribas pone el origen en el ciclo cultural egeoanatólico, el comienzo de la dispersión en el año 2300 a. C. el vehículo en los grupos de emigrantes prospectores de metales y los puntos de arribada en el litoral almeriense (267). En estas rutas, ¿no tendrá algo que decir la costa argelina? Los Siret advertían ya en el 1887 que M. Bourguigat había excavado un campo de dólmenes —un millar de tumbas— en Rokuía, cerca de Guelma (Argelia) (268). El parecido entre las tumbas de Los Millares y El Barranquete de una parte y las de Creta de otra está en la forma, en la técnica constructiva de piedras irregulares y en la civilización colectiva. Las diferencias estriban en las puertas de losas perforadas, que son exclusivamente almerienses (269).

El ritual funerario —dice Arribas— que une a todas estas formas constructivas es el de la inhumación colectiva con deposición de ajuar. Requería una descarnación previa purificadora en un osario o al aire libre, «y, por lo tanto, hay que considerar la apertura de nuevo en cada momento distinto» (270). Elementos funerarios son los betilos y las estelas. Los primeros son de piedra, de forma troncocónica y su tamaño oscila entre los 0,16 y los 0,60 m; tienen también forma piramidal y pueden ser lajas de pizarra alargadas; dos aparecen decora-

dos con ojos-soles; están agrupados en los atrios. Las estelas son lajas de pizarra hincadas en el suelo en el centro de la cámara; se les ha considerado piedras de soporte de las pilas-tras centrales, pero la realidad es que no podían servir para esto por su delgadez (271).

El ritual funerario pudo consistir en la deposición de los cadáveres, conforme se producía la muerte, en un lugar determinado, cubiero o al aire libre, para que se descarnaran. Cuando varios cadáveres habían quedado reducidos a los huesos, se procedía a su colocación en la tumba megalítica. Se comenzaba con una ceremonia en el atrio durante la cual se colocaban los betilos, se hacían las libaciones y se rompían los vasos de cerámica usados para ello; se abría la puerta del corredor, los encargados de depositar los huesos entraban hasta la cámara, amontonaban en el centro los huesos del enterramiento anterior y colocaban los esqueletos del nuevo enterramiento junto a la pared con el ajuar correspondiente; en los nichos se ponía los huesos de los niños. Es una deducción lógica del hallazgo de betilos y fragmentos de cerámica en los atrios y de cómo se encuentran los huesos y los ajuares en la cámara.

Una variante de las tumbas megalíticas aparece en el territorio de la cultura de Almería con mobiliario típicamente almeriense: las sepulturas en cuevas artificiales, que a veces se reducen a un pozo circular excavado en el suelo, con una o varias cavidades en el fondo. Es corriente en la etapa preheládica de Grecia y el Egeo, de donde se propaga por las islas eolias, Malta y Sicilia (272). Estos enterramientos se encuentran en Almería y Gerona, la Baja Andalucía, el Algarve, Extremadura y la desembocadura del Tajo (273).

Siret contó hasta cien tumbas en la necrópolis de Los Millares, situada en la misma meseta que el poblado, a la entrada. Arribas ha excavado 21 más. María José Almagro excavó 11 en El Barranquete. Muchas menos son las que han llegado a nosotros en la tierra de Vera. La necrópolis de Almizaraque está a 200 metros del poblado, en las lomas de Las Palas y Las Heras o Las Encantadas, que se alzan en la confluencia de la rambla Canaletas y el río Almanzora. La forman sepulturas de fosa, de las que Pedro Flores excavó más de 40, y tres de tholos, de las que una se conserva bien, otra está bastante deteriorada y la tercera ha desaparecido. La descubrió Siret, que la excavó en el 1906 con la ayuda de Pedro Flores y da noticia de ella en tres de sus obras (274).

Dice Siret que la tumba más importante y mejor conservada tenía la cúpula hundida, contenía huesos de unos 50 cadáveres y, como ajuar, cuentas de callais (275). Martínez Santa-Olalla repite los datos que da Siret y añade al ajuar detallado por los Leisner en su monumental obra sobre los sepulcros megalíticos españoles (276). Cuadrado condensa lo anterior (277). La última en estudiarla ha sido María José Almagro, que en su publicación de 1965 hace una descripción completa de la misma. La orientación del túmulo es al SO. Es un túmulo artificial, circular, de 11,40 m de diámetro, formado por cinco circunferencias concéntricas de piedras irregulares entre dos paredones de piedras de mayor tamaño. La pared interior del túmulo, que es la que limita la cámara, está construida con lejas planas colocadas horizontalmente. La cámara es algo ovalada, tiene 3,62 m de diámetro máximo por 3,52 de mínimo; estaba cubierta con una falsa cúpula tipo tholos; las paredes son de mampostería; en el centro hay un gran hoyo que encajaba la columna de madera que sostenía el techo, parte de esta columna se conservaba cuando Flores excavó la tumba: en esta cámara se encontraron los huesos de 50 esqueletos. El corredor tiene 3,65 m de longitud, está dividido en tres tramos por las singulares puertas «almerienses»; sus paredes están formadas, en el primer tramo, por grandes losas verticales, y en los demás, por muros de mampostería; en el tercer tramo hay un nicho en el que se encontraban cuatro esqueletos. Delante de la entrada del corredor se abre un vestíbulo trapezoidal, de 4,60 m de longitud en la base corta por 8,60 en la larga. El ajuar se componía de un trozo de hacha de bronce, varios vástagos de leznas, una punta de flecha y tres trozos de una navaja de afeitar; una espátula y varios botones de hueso; varios cuchillos

pequeños de sílex y unas puntas de flecha; dos cuencos pequeños, una vasija y varios fragmentos de cerámica (278). María José Almagro entronca esta tumba con las de los héroes de la antigüedad griega, comparándola con «la tumba llamada de Trasimenes, hijo de Néstor, en Pilos, tan parecida a la de Almizaraque», y con la de Atreo, la de Climenestra y otras, en Micenas (279).

En lo que debió ser la necrópolis del poblado megalítico de Fuente Vermeja, los Siret descubrieron cuatro tumbas de inhumación y cinco cistas llenas de tierra; de las sepulturas, dos estaban destruidas y dos intactas; cada una estaba formada por seis losas de piedra arenisca; en la primera de las intactas encontraron una lámina de cobre con dos agujeros y en la otra, varios fragmentos cerámicos y un trozo de maxilar inferior (280).

En la necrópolis de Lugarico Viejo excavaron 12 sepulturas, de las que ocho estaban situadas al SO. del poblado y las otras habían sido acomodadas en pequeñas cavidades del terreno. Consistían las primeras en zanjas rodeadas de piedras para proteger el cadáver; en ellas recogieron restos óseos, dientes y un ajuar muy pobre: un punzón y dos puñales de cobre; en una que se alojaba en una pequeña caverna, estrecha y de difícil acceso, una punta de flecha de hueso, otra de cobre, un colmillo de jabalí trabajado y una lámina de cobre (281).

En Quréríma, paraje situado a algunos centenares de metros del Cabezo María, excavaron una sepultura rectangular, de dos metros por dos metros y medio, formada por piedras, sin fondo ni cubierta; los huesos aparecían con señales de incineración y, como ajuar, dio muchos fragmentos de vasijas cinerarias parecidas a las urnas de Parazuelos, ocho brazaletes ovales de collar de bronce, 12 de piedra calcárea, una piedra grande cornalina y una aguja pequeña de metal (282).

En el paraje de la Cruz de Antas, situado cerca de la Pernerá, en una sepultura circular de metro y medio de diámetro, rodeada de losas y rellena de tierra, encontraron huesos de dos cadáveres, un cuchillo y dos puntas de flecha de sílex, varios trozos de cuarzo y un punzón de cobre de nueve centímetros de longitud (283).

En el término de Mojácar, reseñan los Leisner tres sepulturas megalíticas en la Loma del Campo, una en el Llano Manzano, otra en el Caldero de Mojácar, otra en el Cabezo de la Mata, otra en la Cañada Flores y otra en la Puebla de Don Jadrió. Arribas añade una sepultura colectiva descubierta en 1930-1931 en la finca de don Manuel Unzurruzaga (284). La sepultura del Llano Manzano, de escaso ajuar, es un tholos que tiene delante una plataforma de tierra de 15 metros de longitud, en la que aparecieron 42 betilos de piedra (285). El Caldero de Mojácar es una pequeña plataforma situada al NO. del Cabezo Cuartillas, en la que los Siret excavaron una sepultura formada por losas verticales, que limitaban un espacio poligonal de 1,40 m de diámetro, con el fondo entosado, sin cubierta; contenía huesos quemados y sin quemar, fragmentos de urnas cinerarias, cuatro brazaletes ovales de bronce, un anillo redondo, seis cuentas de collar y dos espirales del mismo metal, once cuentas de collar de piedra calcárea y una perla de cornalina (286). La necrópolis de la Loma de Belmonte, descubierta por Siret, se compone de sepulcros de cámara circular que tenían en el centro una losa con una cavidad a la que se ajustaba un trozo de columna de piedra o betilo; dio de ajuar un vaso campaniforme, varios vasos lisos, puntas de flecha y cuchillos de sílex, puñales, punzones y plaquitas de cobre, y unas planchitas de oro formando tubos (287). Este material se exhibió en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 y Siret lo regaló al Museo Arqueológico Nacional de Madrid. La necrópolis fue declarada monumento arqueológico (288).

Junto a la cortijada de Cuartillas, a dos kilómetros de Mojácar y a kilómetro y medio de la orilla de la mar, en el lecho mismo del río Aguas se alza un cabezo cuya cara Noroeste es un corte vertical de 12 metros de altura, las laderas Sur y Sudeste son de fácil acceso; la cima ofrece una plataforma cuadrangular de 25 metros de lado, en la que los Siret descu-

brieron una tumba megalítica, de la que Pedro Flores excavó en el 1890 la zona Sur de la cámara, y Cuadrado Ruiz lo restante en el 1927. Los Leisner estudiaron los materiales y las anotaciones de Flores. Arribas lo volvió a excavar en el 1955 y a sus notas nos atenemos (289). Es un sepulcro de cámara ovalada, falsa cúpula y columna central, corredor dividido en tramos, orientada E.-SE.; sus ejes tienen 5,75 por 6,18 m; el zócalo está formado por 21 losas. El corredor tiene 2,50 m de longitud por uno de anchura y 0,80 de altura; está dividido en dos tramos por sendas losas perforadas. 14 metros al Sur de la puerta de entrada al corredor hay un recinto rectangular en el que se encontraron unos betiños (290). El ajuar en conjunto es rico; el recogido por Pedro Flores y publicado por los Leisner está en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, el recogido por Cuadrado y Arribas, en el Museo Arqueológico «Luis Siret» de Almería; se compone, entre otras piezas de menos importancia, de cinco betilos troncocónicos, un fragmento de vaso Campaniforme y otro de cerámica con decoración incisa de líneas acodadas (291), un hacha de diorita, un ídolo-falange con el triángulo sexual marcado, y otro igual pero con el vértice del triángulo hacia abajo (292).

En el término de Cuevas del Almanzora, en la colina de Cabezo Largo, en su ladera oriental apareció una sepultura alojada entre tres bloques de piedra que había rodado de la cima, completa con otras piedras, con cavida para dos cadáveres; el conjunto forma un promontorio de seis metros de diámetro por uno y medio de altura; la descubrió y violó un obrero que encontró en ella unos huesos, dos vasijas de barro y un cuchillo de cobre (293). En Barranco Hondo, a cuatro kilómetros al SO. de Cuevas del Almanzora, a la mitad de camino entre esta población y Antas, una sepultura rectangular, de 1,30 por un metro, que dio como ajuar un brazalete y dos cuentas de bronce, y dos perlas calcáreas traslúcidas. Dos kilómetros más al Norte se encontraron otras dos sepulturas (294).

Otras sepulturas descubiertas en la provincia de Almería se sitúan, en el entorno de la sierra de Gádor, en Huéchar y en la rambla de Huéchar, en Berja y en Guainos (Adra); en el corredor Tabernas-Sorbas, en la Loma de las Eras, Los Liniales, cerro de Nieves; en el valle del Almanzora, Llano del Jauton, Loma de la Atalaya, barranco de Jocala, Llano de la Lámpara y las Churuletas (Purchena), Llano de la Media Luna (Fines), Buena Arena, Los Rurialillos, rambla de los Pocicos, Los Arejos y Las Pocicas.

V. EL ARGAR

Origen de la cultura argárica.— El paso de la cultura de Los Millares a la de El Argar pudo producirse por una evolución local estimulada por influencias foráneas o por una auténtica revolución impuesta por invasores. Bosch Gimpera defiende la primera hipótesis; Siret, Martínez Santa-Olalla y Almagro, desde distintos puntos de vista, la segunda.

«A la cultura descrita del Eneolítico pleno —decía Bosch Gimpera en el 1920— sigue en toda la Península una civilización que abre la Edad del Bronce, que tiene unos caracteres muy uniformes y, que evidentemente se ha formado por evolución de la anterior. Lo último podemos observarlo en las siguientes estaciones de la provincia de Almería: los poblados de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja, una sepultura en cista del último y algunas sepulturas de La Pernera. En ellas vemos cómo el uso de los objetos de metal va haciendo desaparecer los tipos de sílex tan perfectos del Pleno Eneolítico y cómo la cerámica va perdiendo la decoración eneolítica y adoptando las formas típicas del principio del Bronce. Estas se nos manifiestan en Almería, principalmente en las estaciones de El Argar (la más típica y que ha dado nombre a la cultura), El Oficio, Fuente Alamo, Ifre, Zapata, etc. Son poblados parecidos a los eneolíticos y necrópolis con sepulcros de inhumación en cista de planta cuadrangular y dimensiones reducidas, o en grandes jarras, o bien de incineración en vasos enterrados en un hoyo. El uso de la piedra y del sílex va decayendo, multiplicándose los objetos de cobre y comenzando a usarse el bronce» (295). Cinco años después, en un artículo escrito en colaboración con Pericot y publicado en una revista francesa, hace hincapié en que la cultura de El Argar no es producto de una invasión de nuevos pueblos que hubieren traído una nueva civilización. «En Almería, la cultura del Eneolítico (Los Millares) va a parar por evolución lenta, que algunas estaciones (Lugarico Viejo, Fuente Vermeja) dejan adivinar, a la civilización de El Argar, típica del comienzo de la edad del Bronce, bien conocida». Uno de sus argumentos se apoya en que los focos principales de la cultura de El Argar se encuentran en la misma zona que los de la cultura de Los Millares (296). Veinte años después, hablando de las etapas preargáricas, concreta así su pensamiento: «Pasadas las modas forasteras del eneolítico, la antigua cultura de Almería parece volver a lo más simple de sus tradiciones con los mismos tipos de poblados y de sepulturas (cistas no megalíticas y sin túmulo casi siempre, cerámica de color parduzco y de superficie alisada, sin decoración, con formas estereotipadas evolucionadas de las viejas almerienses) y con pocos aditamentos (sepulturas en jarras), si no es el florecimiento de nuevos tipos de metal (alabardas, puñales, espadas y objetos de adorno, especialmente diade-

mas)» (297). Es éste un aspecto de la teoría del gran arqueólogo catalán sobre la evolución de la «cultura de Almería» con la ayuda en cada etapa de estímulos exteriores, que, según él, para la de Los Millares fueron principalmente portugueses con algunos lances orientales, y en la de El Argar, suprimida la influencia portuguesa, prevaleció la oriental, pero influencias no imposición por invasión.

De los adversarios de la teoría de la evolución in situ, dejamos la palabra a Martínez Santa-Olalla, que ha estudiado detenidamente el problema. «Si entre los bronce mediterráneos I y II (Los Millares y El Argar) hubiese una transición, una evolución in situ, un transformar propio de la economía y de las ideas, encontraríamos como norma una continuidad en los establecimientos humanos, una perduración de las ciudades y aldeas que tuvieron brillo y relieve, que se asentaban en una economía estable, con directa y sólidas raíces en el suelo cuyo era el solar. Pero no ocurre así; decenas de poblados, aparte las mayores ciudades, son abandonados, aún cuando a tiro de piedra (y este es el caso de Juan Clímaco y La Bastida en Totana y de la Gerundia o Aoroque y El Argar) se edifiquen nuevos poblados y nuevas ciudades».

«Si el evolucionismo arqueológico al uso (no se olvide la filiación megalitocista, el frutero o copa de estilo campaniforme y la copa argariense, el perder progresivamente el gusto por el adorno alfarero y tantas deliciosas afirmaciones arqueológicas más) fuese cierto, se seguiría viviendo en las viejas residencias iberosaharianas, donde una arquitectura funcional y un urbanismo bien desenvuelto hacían la vida grata y, además, segura, pues la posición estratégica era buena en casi todas y las fortificaciones, excelentes en muchas. Las ciudades y aldeas, en su centro vital y económico hortelano, facilitaban la existencia. La proximidad y cómodo acceso a los veneros de riquezas minerales las hacían codiciables, así como, en bastantes casos, la navegabilidad de los ríos».

«Por sí todas las razones materiales de vida no fuesen bastantes, las viejas poblaciones del I bronce iberosahariano ofrecían en lo trascendente sus ricas necrópolis, sus grandes cementerios, que eran gala y cinturón o avenida, que a través de ellas llevaba a la morada de los vivos».

«Si estas razones enumeradas y otras muchas más de que podríamos hacer mención con carácter general (aparte de las de carácter local e individuales para cada establecimiento) no eran suficientes a sujetar a los núcleos urbanos existentes a las gentes del bronce iberosahariano II, es que había razones hondas y muy profundas para que así ocurriera. Estas razones serían difícilmente adivinables, si existiera una comunidad y una evolución in situ».

«Si existiera un proceso evolutivo bronce I a bronce II, tendríamos la muestra de ese proceso, que sólo con un lapso de tiempo muy largo haría posible el llegar a diferenciaciones tan netas y profundas cual nos muestran sus ciudades arquitectónica, urbana y religiosamente».

«¿Sería posible llegar por una simple evolución (breve relativamente en el tiempo) de unas ciudades con necrópolis a unas ciudades sin necrópolis? Cuesta mucho trabajo creer (por más que se arqueologuice) que un mismo credo, por simple evolución, lleve de un culto a los muertos solemne, fastuoso, con grandes monumentos funerarios, con sepulturas colectivas grandiosas, a hacer que desaparezcan las necrópolis que quede abolido el culto a los muertos o al menos reducido a su mínima expresión, y que las ciudades y aldeas embeban intramuros de ellas, en plazas, calles y casas, las sepulturas de los familiares, y que de aquellas grandiosas necrópolis que fueron orgullo y símbolo del bronce I, tumbas principescas y de su linaje, no quede nada» (298).

Siret observa atentamente el mismo panorama y advierte que, mientras durante el desarrollo y apogeo de la cultura de Los Millares hay una unidad cultural, debida a que España estuvo bajo una dominación única, poderosa y bien organizada, en el período argárico las pequeñas fortificaciones aisladas dan la impresión de que sus gentes no se entienden, falta unión

entre ellas y luchan entre sí. Esta inseguridad les obliga a abandonar poco la costumbre de hacer los enterramientos en necrópolis situadas fuera de los poblados, y efectuarlos dentro de éstos, en el piso de las mismas viviendas. Se fija en otro detalle: durante el período de Los Millares, en poblados y necrópolis aparecen objetos exóticos, que demuestran la existencia de un comercio, aunque fuera elemental, que los trae de fuera; en los poblados argáricos no aparecen tales objetos, luego el comercio ha cesado. Desaparecen también los ídolos y amuletos, antes tan abundantes, y las formas cerámicas se reducen (299).

Es Schubart el que ha dicho hasta ahora la última palabra sobre el problema. La cultura de El Argar sería fruto de una evolución in situ, acelerada por una influencia exterior, principalmente oriental, aunque existieran relaciones con el Norte de Italia y la Europa central. «La continuidad —dice— de la región poblada de la época de Los Millares en el período de El Argar, la pervivencia de otros sitios poblados como, por ejemplo, Almizaraque o Tabernas, y los numerosos fenómenos de transición y contacto confirman la probable supervivencia de un substrato, penetrado por su parte de influencia mediterránea oriental, de la época del Cobre a la Edad del Bronce, en parte, sobre todo durante El Argar antiguo, en sitios independientes, pero cercanos. Sin embargo, el cambio, asombrosamente brusco, en el repertorio de formas, la carencia casi completa de ornamentación y, en vez de eso, la creación de vasos de aspecto metálico con superficie bruñida de tonalidad generalmente más oscura, el final del rito de los ídolos, floreciente en el Eneolítico, el abandono del enterramiento colectivo a favor, a excepción de unos pocos enterramientos dobles, del enterramiento individual dentro del poblado, en el que, como forma de sepultura, junto a la cista se encuentra la sepultura de pitihos, mucho más numerosa y, finalmente, la sorprendente relación de estos fenómenos con la costa y su parentesco con formas y costumbres de la zona del Mediterráneo oriental, dejan traslucir una fuerte influencia exterior, cuyo núcleo podría posiblemente estar constituido por un grupo muy pequeño de mercaderes y especialistas en metales, forasteros, llegados por mar, que, en el amplio sentido de la palabra, introducida por Siret, podrían ser también designados como **colonizadores**. Su relación con el Mediterráneo oriental, que tenía una base comercial, no rompe en modo alguno, con la formación de la nueva cultura de El Argar, completamente independiente en sus caracteres propios, sino que aquella permanece plena y totalmente viva, como lo manifiestan las influencias posteriores del Mediterráneo oriental, que nos permiten subdividir la cultura del El Argar en dos períodos, hasta ahora».

«Y así, aunque existieron sin duda alguna relaciones de El Argar con la Europa central y también con la Italia del Norte, sin embargo, es evidente que la influencia mediterránea es particularmente fuerte, por lo que también hay que atribuirle una importancia especial en el aspecto cronológico. Se debe aceptar, por tanto, para el principio de la cultura de El Argar, como ya se ha mencionado, una fecha en los finales del s. XVIII o principios del XVII, si prescindimos de un movimiento de larga duración, que se extiende a lo largo de siglos, y se piensa en viajes en barco y tomas de contacto realizados en pocos meses o semanas, para los que ya estaban completamente dados los supuestos. Nuestra idea de un movimiento comercial con el fin de poner en explotación nuevas fuentes de materias primas y de apropiarse de ellas hace parecer superfluo el recurrir a motivos históricos especiales para cualquier movimiento de pueblos». A continuación, en una nota, resume su pensamiento. «La cultura de El Argar recibió durante su desarrollo muy distintas influencias, pero da una impresión de unidad en la forma y continuidad de sus poblados, en sus costumbres funerarias, en sus formas cerámicas y metálicas. La cultura de El Argar tiene sus rasgos mediterráneos muy acentuados» (300).

En el abanico de opiniones acerca del origen de la cultura argárica, Bosch Gimpera sigue fiel a su tesis de considerar las culturas que se desarrollan en el Sudeste español como resul-

tado de la evolución de las indígenas con influencias exteriores reducidas a meras relaciones comerciales. Los argáricos son sucesores de los capsioses y precededores de los ibéricos. Durante la etapa argárica no parecen haberse interrumpido las relaciones atlánticas. Puede admitirse la continuidad de las relaciones con el Egeo y con Egipto, éstas atestiguadas por la presencia de perlas de vidrio azul en la necrópolis de Fuente Alamo, frecuentes en Egipto al final de la XVIII dinastía; estas relaciones pudieron estar a cargo, primero de los pueblos del mar y después, de los fenicios (301).

Los Siret no excluyen la evolución in situ. «Al comparar estos yacimientos con los precedentes —Fuente Vermeja y Lugarico Viejo con Campos y Parazuelos— nuestra conclusión es que asistimos a la evolución de un mismo pueblo» (302). Insisten en esta presunción: «Pero en medio de todo esto no distinguimos nada que nos pruebe que es por las influencias extranjeras, por las que los habitantes de las provincias argáricas han llegado a la cultura que hemos visto. Lejos de esto, los pueblos de Oriente, del Mediterráneo y de las costas de Africa, se han enriquecido con los despojos de la cultura argárica. Esta debe su eclosión a la riqueza del suelo y a esta misma debe probablemente su ruina» (303). Después don Luis atribuye a una invasión céltica la cultura argárica, que ha terminado con la de Los Millares violentamente. «Yo atribuyo este cambio repentino a la destrucción del imperio fenicio (los orientales de sus tesis eneolítica) por la invasión de razas célticas» (304).

En general, casi todos los prehistoriadores atribuyen a la cultura argárica origen oriental, más o menos acentuado. La tesis de Martínez Santa-Olalla parece prevalecer. Atribuye concretamente a los anatolios la paternidad. «El bronce I mediterráneo había unificado las tierras todas de España... Esta unitaria variedad española se ve interrumpida bruscamente por la aparición, precisamente en la zona de entrada de los primeros iberosaharianos, de una cantidad ingente de grandes fortalezas y pequeños castillos, que cubren Murcia, Almería, Granada y Málaga, desde el mar, y que pronto asaltan las zonas colindantes y el interior con una ocupación por la fuerza del país, y precisamente primero, en las zonas de interés minero o que son paso para ellas. Esta penetración argárica o anatólico egea es rápida y profunda... La llegada de los anatolios ha tenido que ser por vía marítima... La llegada anatólica ha tenido que ser de una sola vez, pues ofrece una homogeneidad sin fisura, una vigencia relativamente corta en su expresión ergológica pura, y no hay posibilidad (por muy refractario que se sea a la tipología) de rastrear oleadas, como ocurre para el primer bronce iberosahariano o mediterráneo, en que son evidentes» (305).

Almagro atribuye la cultura argárica a colonizadores, que llegan a nuestra costa desde el rincón oriental del Mediterráneo, ofrecen grandes afinidades con ciertos grupos raciales que se ven en Fenicia durante la Edad del Bronce, delatados por sus enterramientos en tinajas y cistas de la necrópolis de Biblos, arraigan en tierras del Sudeste hispano y acaban dominando en los centros mineros y metalúrgicos creados por los megalíticos y los campaniformes. Proceden de Fenicia y Anatolia, buscan plata y estaño, ocupan las regiones mineras del Sudeste español, desde el que irradian su influencia a las regiones vecinas (306). Gómez-Moreno, citado por Tovar, fija la cuna de esta cultura en el Asia Menor, «hacia las primeras etapas de Troya» (307). En Creta puso Schulten las relaciones de El Argar (308). Es precisamente después del año 1900 a. C. —según Huxley— cuando Creta se convierte en la cuna de la mayor del Egeo y de Europa; de sus ciudades más importantes —Cnosos, Mallia y Festos— pudo venir al Sudeste español el culto a la doble hacha o labrys, palabra de la que se deriva el nombre de **laberinto**, que significa «lugar de la doble hacha», y el culto de la diosa Madre (309).

Arribas nos transmite la opinión de Evans, novísima tesis que vuelve a poner en primer plano la de Siret, remozada e ilustrada. «El carácter oriental de la cultura de El Argar —dice— ha sido puesto en tela de juicio en los últimos años por el profesor Dr. John Evans, de la Uni-

versidad de Londres. Ya desde tiempo atrás los arqueólogos veníamos viendo la gran semejanza existente entre los tipos de la cerámica de El Argar y de la denominada cultura del bronce de Aunjetitz, del centro de Europa. Las formas carenadas y las típicas tulipas entraban como elementos típicos de ambos conjuntos. No ocurre lo mismo, en cambio, con las copas, muy peculiares del horizonte argárico. El profesor Evans ha intentado establecer una marcha en el sentido de Norte a Sur de las poblaciones portadoras de la tecnología del Bronce Pleno, considerando a El Argar como la última etapa, peculiar si se quiere, de los conjuntos centroeuropeos del tipo Aunjetitz». Los arqueólogos españoles —añade— ven, en todo caso, como dos ramas distintas desgajadas del tronco oriental, a las poblaciones que aportaron el Bronce de Aunjetitz y las que crearon la cultura argárica (310).

Es la teoría completa de las opiniones puesta en circulación acerca del origen de la cultura argárica. Todas admiten influencias foráneas, desde las que reducen éstas a simples contactos comerciales hasta las que las consideran origen absoluto. La de Martínez Santa-Olalla parece tener hoy mayor predicamento, sin descartar por eso que en un momento dado las que parecían desfasadas (Siret) vuelvan a la actualidad (Evans). Este, como todos los problemas de la Prehistoria, es así de complejo.

La última sistematización del período argárico hecha por Bosch Gimpera pone una etapa preargárica en el 1900-1800, un Argar I A (El Oficio) en 1800-1600, un Argar I B (El Argar) en 1600-1400, y un Argar II (necrópolis de Fuente Alamo) en 1400-1200 (311). Matuquer pone el comienzo de esta cultura después del 1700 (312). Martínez Santa-Olalla fija el desarrollo entre el 1500 y el 1200 (313). Schubart fija el comienzo de la primera etapa en el 1700 y el de la segunda en el 1500 (314). Las fechas dadas por los tres análisis hechos por el método del C-14 cuadran con las citadas de la cronología relativa. El de los objetos encontrados en el nivel argárico del cerro de la Virgen de Orce fijó su tiempo entre los años 1915 y 1785 (315); el de la madera carbonizada de El Picacho (Oria) en el 1500 y el de la cebada del mismo lugar en el 1440 (316); el de la madera carbonizada del poblado de Cabezo Redondo (Villena) entre el 1600 y 1350 (317).

Notas de la cultura argárica.— Una de las notas distintivas de la cultura de El Argar es la construcción de los poblados en las cimas, junto a corrientes de agua, cerca de la costa, defendidos con fortificaciones cuidadosamente hechas, con casas de una o dos habitaciones. «... uno de los factores esenciales —dice Tarradell— que dan su personalidad a la cultura argárica es la vida en poblado. La cultura argárica es una cultura semi-urbana. De tal manera es característica esta modalidad que, si consideramos la zona en que se encuentran los poblados, veremos que ésta es exclusivamente la zona en que los hallazgos nos permiten poder considerar, como formando parte de esta cultura, los poblados...» (318).

Otra de las notas de lo argárico es la organización de la economía sobre bases más firmes de lo que había estado hasta entonces, organización que supone una concentración económica y política y una jerarquización en marcha, que se manifiesta en los nuevos ritos de enterramiento, ahora individuales o, a lo sumo, por parejas, que acaban haciéndose en cistas de piedra (319). Base principal de la organización económica es la metalurgia. Quizá se deba subrayar especialmente —anota Muñoz Amilibia— el relieve alcanzado por la metalurgia en la fundición del metal y la fabricación de grandes espadas, puñales con remaches y brazaletes en espiral (320). Tan importante es la metalurgia en la cultura de El Argar que Tarradell advierte que su potencia «está en la posesión del metal y en la industria derivada de esta posesión. Focos argáricos importantes son difíciles de comprender en zonas muy alejadas de centros mineros» (321). Los argáricos —concluye Almagro— son mineros y activos fundidores, además de colonos agrícolas emprendedores y comerciantes audaces, buscan la plata y el estaño (322).

Una sombra advierte el marqués de Lozoya en la cultura argárica: la carencia de arte. «Pero los hallazgos de El Argar —arguye—, del más alto interés para el arqueólogo que intente reconstruir la vida de los primeros fundidores de bronce y sus relaciones comerciales, carece de importancia artística» (323). Se refiere a la brusca desaparición de la decoración en las vasijas y de los amuletos en las sepulturas, que fueron una de las notas distintivas de la cultura de Los Millares. Almagro explica esta carencia: «A causas exteriores se debe atribuir la decadencia de la cultura del bronce inicial español. Posiblemente los grandes trastornos ocurridos después del año 1500 en el Mediterráneo oriental, al cortar el comercio y las corrientes culturales que de allí llegaban al Occidente, aislaron la Península y la sumieron en un decaimiento progresivo que conocemos con el nombre de época de El Argar, poblado cercano a Almería. Esta cultura, cada vez más decadente, se prolonga hasta el milenio primero antes de Cristo, cuando al contacto con las colonizaciones históricas, vuelve a renacer en la Península el comercio y a vivificarse el arte, a la vez que toda España ve llegar desde el centro de Europa oleadas de pueblos indoeuropeos, con una cultura y un ímpetu que pronto matizan y transforman todo el territorio. La cultura de El Argar se caracteriza por sus bellas formas cerámicas sin decorar, color negro, bien pulidas y cocidas. Fuera de esto, los argáricos no realizaron creaciones artísticas de ningún género. Sus armas y brazaletes de bronce aparecen sin decorar y son arcaizantes en su forma, en relación a la época cronológica en que se fabrican, ya después del 1500. Sólo Portugal y Galicia mantienen en un grado de mayor esplendor su cultura megalítica, sostenida allí por las relaciones atlánticas a base del comercio del oro y del estaño, en tanto que los centros megalíticos mediterráneos y andaluces debieron decaer totalmente, siendo sustituidos por la cultura monótona de El Argar, la cual, si bien se extiende por toda la Península, sólo en el SE. tiene centros importantes, siendo pobre y local todo lo afín a este período que hallamos en el resto de España» (324). Gómez-Moreno parece encontrar las razones de todo esto en la condición de intrusos de los nuevos invasores. El complejo cultural argárico trasluce —según él— un pueblo concentrado y guerrero. Prendas de dominio fueron sus espadas, alabardas, hachas y cuchillos. Su gran descubrimiento en nuestra tierra fue la plata, en proporciones sorprendentes, que disputaron a los indígenas. Se rebelan orientales en los ritos funerarios, con tumbas sencillas en cistas o tinajas (325). Esta no parece causa suficiente, pues todas las culturas son intrusas si vienen de fuera. Más entidad tiene la que aduce Almagro: esos trastornos provocados en el Mediterráneo oriental por los Pueblos del Mar.

La economía de los vecinos de los poblados argáricos se apoyaba en la agricultura y en la minería-metalurgia. La agricultura constituía la base y permanencia del poblado, la minería y la metalurgia daban el impulso progresivo a su desenvolvimiento, sin ambiciones, pues la de estos poblados era una economía cerrada, que no necesitaba del intercambio de productos con otros pueblos para abastecerse, pues producía lo que necesitaba. Tuvieron éxito en el cultivo de la tierra, le hicieron producir cereales, leguminosas y lino. Esto supone una gran disciplina en la continuidad de los esfuerzos colectivos que se empleaban en las pequeñas haciendas. El primero que descubrió la unión de la agricultura con la metalurgia en los poblados argáricos fue don Luis Siret, magníficamente preparado para este empeño —subraya Carriazo— por su condición de ingeniero de minas y su innato instinto de arqueólogo; para conseguir los resultados que él obtuvo en su tiempo —1880 a 1934—, «hubiera sido necesario adelantarse a métodos que no se han descubierto hasta mucho más tarde...» (326).

La aparición de la metalurgia supuso para las poblaciones antiguas una auténtica revolución que, andando el tiempo, había de manifestarse en todos los aspectos de la vida humana. Por de pronto, los hombres se separaron en dos grupos: la masa, formada por los agricultores, y la élite, constituida por los mineros, los metalúrgicos y los comerciantes; ésta dirige y

para ella han de trabajar los agricultores. Nace la organización urbana, base y partida del progreso científico y tecnológico, que comienza a dar sus frutos; jerarquización de la sociedad en clases, primeras leyes, primeros síntomas de escritura y numeración (327).

Los poblados se sitúan en la proximidad de los yacimientos de cobre y plata. Los grandes, tipo El Argar, se construyen en la meseta; los pequeños se levantan en las cimas aisladas, varios en torno a uno grande como sirviéndole de cortejo (328). Los útiles encontrados en ellos demuestran que la economía de un poblado argárico seguía siendo la agricultura, le seguía en importancia la minería y la metalurgia, y se completaba con la caza, la pesca y el pastoreo (329). Los huesos encontrados en estos poblados son de animales domesticados —buey, perro, cabra, caballo, gallináceas, conejo, gato— y de animales salvajes —jabalí, ciervo, lobo, elefante meridional—, pescados y hasta de un cachalote (330).

La abundancia y parecido de las tumbas y la relativa uniformidad de los ajuares testimonian una distribución bastante igual de los bienes. Las tumbas de los viejos son más pobres, lo que demuestra que la riqueza era producto directo del trabajo; los jóvenes trabajaban más, poseían más y sus pertenencias eran enterradas con ellos. La riqueza arguye poder; los descubridores y conocedores de la industria que la produce se alzaron con la dirección de los poblados; su categoría se refleja en las diademas de plata y en las espadas que aparecen en sus sepulturas (331). La mecánica distributiva de la riqueza de El Argar —desarrollo de la vida urbana, aparición de la industria y del comercio— tiende a desequilibrarse, dando lugar a la formación de clases sociales y a la organización social y política. Las comunidades argáricas son ricas, al menos en las últimas etapas, las pretartésicas, de su cultura. La minería y la metalurgia las han enriquecido. El tesoro hallado en Villena, formado por una vajilla cuyas piezas tienen en total nueve kilos de oro y uno y medio de plata, nos descubre «una orfebrería indígena pretartésica, de una técnica que podríamos calificar de primitiva, y que se halla en la misma línea de ensayos de la técnica del vaso campaniforme»; demuestra la existencia de una sociedad «acostumbrada a la opulencia y la ostentación cerca del 1600 a. C.» (332). Esta es la fecha del apogeo de lo argárico. Lo pretartésico es bastante posterior y viene a ser, técnica y culturalmente, como un refinamiento de lo argárico; la vajilla de Villena es el precedente de las vajillas de plata tartésicas a que aluden los escritores clásicos.

El hombre argárico pertenecía a una raza vital y fuerte. Además de agricultor, minero y metalúrgico, era un comerciante muy emprendedor y audaz. Organizó su vida familiar en la que la mujer desempeñó un papel preponderante. Lo subordinó todo a su ornato personal. «Nos figuramos —dice Carriazo— a estos hombres y mujeres de El Argar menudos, enjutos y atezados, con vestiduras ligeras de lino teñidas de muchos colores, entre los que predomina el rojo escarlata intenso del cinabrio, con las que se cubren a veces la cabeza; el cabello peinado con solicitud y variedad, ya en grandes y caprichosos bucles, en los que se enroscan espirales metálicas, ya en trenzas que descienden sobre los hombros. Bandas de tela o diademas de cobre o de plata les ciñen las frentes. Las de plata llevan apéndices terminados en un disco, que caen sobre el comienzo de la nariz o se yerguen sobre la cabeza con aire remotamente faraónico. Complicados pendientes de aretes de oro, plata y cobre, que se combinan de diversos modos, cubren los lados del cuello, en relación con capuchas o turbantes. En brazos y antebrazos, profusión de brazaletes de cintas, aros o espirales de cobre y de plata, excepcionalmente de oro. En los dedos, anillos de plata y de cobre. Y sobre el cuello y el pecho, largos y policromos collares, en los que se mezclan cuentas de diversas piedras y metales con menudas conchas marinas y placas de marfil. Añádase la nota de color de las armas, con hojas de cobre rojido y bronce dorado unidas a sus enmangamientos de madera, acaso forrada de cuero, mediante clavos de plata» (333).

El trabajo en los alfares argáricos estaba a cargo de las mujeres. Preparaban dos clases

de barro o pasta: una tosca y de gran resistencia, para las vasijas de gran tamaño empleadas en los enterramientos, y otra selecta, para las vasijas de uso doméstico, que cocían cuidadosamente y a las que daban lustre brillante, con o sin engobe. Las formas más antiguas son los cuencos o escudillas, con o sin pie, más o menos esféricos, de fondo más o menos plano; los vasos de forma globular achatada, fondo esférico y cuello largo en forma de cono; vasos ovoides con cuello; vasos cilíndricos de fondo esférico; son raros los vasos doble cónicos, aplastados y con la boca pequeña; son variadísimos los vasos aquillados, carenados o tulipiformes. Las vasijas más características y abundantes de esta cultura son las copas formadas por una escudilla y un pie alto y delgado o corto y macizo, pues que, rota la copa, podían utilizarse como vasijas. Siret clasifica estas vasijas en cuatro grupos: cuencos y escudillas, ollas, tulipas y copas (334). Habría que añadir un quinto formado por las cucharas y cazos de barro (335). Los toros de barro, muy rudimentarios, única manifestación escultórica de este pueblo, encontrados en El Argar. Y las pesas de variadas formas y cocción deficiente. Y los husos circulares y sin decorar (336).

Schubart dice que la copa se usaba en los ritos funerarios como vaso de libaciones o para ofrendas de incienso, le encuentra paralelos en el Oriente próximo y en las costas del Egeo, donde ya se usaba en el IV y III milenio a. C. y se hace frecuente en el II, cuando se establece la moda en Anatolia, y hacia mitad del mismo se usa ya en Sicilia (337).

De sílex, Cuadrado Díaz relaciona las sierras dentadas, de borde afilado, las hojas pequeñas para fijarlas en madera y formar hoces, y las hojas largas que se fijaban en una entalladura del soporte de madera y servían para aserrar madera y cañas. De pizarra, unas piezas largas de forma rectangular, con o sin orificios en los extremos, que se utilizaban para afilar, y unos discos con orificios en el centro o muescas en los extremos, que Siret supone que servirían para sujetar las redes. Alisadores de yeso para pulimentar la superficie de las vasijas. Cantos alargados o cilíndricos de cuarzo, calcita, arenisca, que debieron servir de afiladeras. Martillos de diorita que venían usándose desde el Neolítico. Muelas y morteros de piedras duras y compactas, que se usa desde el Neolítico hasta época romana (338). En las fortalezas medievales —alcazaba de Vélez Blanco, por ejemplo— se usaron estos molinos de mano.

De hueso, punzones de punta aguda y aristas alisadas, algunos de los cuales conservan la parte de la articulación que servía de mango; cinceles de borde afilado por un extremo y aguzados por el otro para fijarlos al mango; agujas de punta aguda, de las que han aparecido dos tipos, uno con el ojo en el extremo opuesto que servía para coser pieles, tejidos, y otro con el ojo en el mismo extremo aguzado, cuyo uso no se imagina (339).

Uno de los grandes hallazgos de Siret fue el vidrio. Encontraron en Fuente Alamo (Cuevas del Aímanzora) unas perlas de vidrio azul que atribuyeron, como los demás objetos exóticos, al comercio organizado por los «fenicios». Dechelette, después de advertir que el vidrio apareció en Egipto antes que en Siria, hace la observación de que «el vidrio de Fuente Alamo supone la continuación de las relaciones comerciales abiertas desde el Neolítico con las regiones occidentales —¿orientales?— mediterráneas» (340). Almagro da a estas cuentas de collar de pasta vítrea en España las fechas 1500-1400 a. C. (341).

Schubart hace una relación de armas y útiles de bronce-hachas planas, punzones, hojas de alabarda y de puñal con remaches (342), a los que hay que añadir las espadas y los cuchillos. Las hachas planas son de perfil trapezoidal, forma que deriva de las hachas pulimentadas de diorita; presentan un corte largo y curvo y, en ocasiones, ligeros rebordes laterales; son de cobre y, excepcionalmente, de bronce; los moldes de fundición, univalvos, son de piedra arenisca micácica tierna, de los que salían las hachas para ser terminadas a martillo. Las hojas de los cuchillos-puñales con remaches son las piezas que más abundan, más las de cobre que las de bronce; son láminas cuya longitud oscila entre los cuatro y los dieciséis cen-

tímetros, tienen la punta redondeada o aguda y orificios en el otro extremo para los clavos que las fijan en la empuñadura; evolucionan desde el puñal de pedernal a éste pasando por el de cobre con escotadura. Las hojas de espada son láminas anchas y lisas, de sección lenticular, punta roma y empuñadura de madera fijada con clavos de cobre o de plata. Las hojas de alabarda, arma genuinamente española, son láminas más macizas que las de los puñales y de base más ancha, con nervio longitudinal y clavos para fijarlas al asta. Los punzones presentan un extremo más redondeado y agudo, y el otro, mazizo y cuadrado, para insertarlo en el mango; son evolución de los de hueso, se hacían de cobre, solamente se ha encontrado uno de plata (343).

Nota destacada de la cultura argárica son los enterramientos dentro de los poblados, en el suelo de las casas, en cajas de piedra que llamamos cistas y en pithos o vasijas cerámicas (344). Los Siret excavaron 1.300 de estas sepulturas. Piensan que nadie como los argáricos para inventar esta clase de sepulturas; el miedo a que los enemigos profanasen los cadáveres y lo reducido de la casa les acució a inventar una sepultura pequeña y fácil de esconder: el pithos o vasija que resolvía todos los problemas (345). Los cadáveres, fuertemente contraídos hasta quedar en posición fetal, eran colocados con sus objetos de uso personal en una tinaja grande, que tapaban con una piedra y enterraban en el piso de las casas o en las pequeñas calles. Eran pocos los puestos en cistas de losas bien labradas que ajustaban perfectamente. En la primera etapa de esta cultura predominan las cistas y en la segunda son más abundantes los pithos, que se ponían horizontalmente en un hoyo y sólo en el poblado de Fuente Alamo aparecen en posición vertical (346).

Martínez Santa-Olalla encuentra antecedentes a los enterramientos dentro de poblado en el muy viejo neolítico de Tell Hassumna, en Asia Menor, Grecia y el Egeo, en Mesopotamia, Norte de Siria y Bajo Egipto, en Chipre que es un caso típico y bien definido. Estos enterramientos urbanos están en su apogeo en el mundo egeoanatólico durante los milenios III y II a. C. Comparando los del poblado de El Argar con algunos de Oriente, vemos que él solo totaliza más sepulturas que los de Anatolia y el Egeo. El paralelismo es total en la falta de señalización y de ajuar especial (347).

Los enterramientos en pithos o urnas cerámicas tienen su origen alrededor del año 4000 a. C., en un área que comprende Egipto, Palestina y Asia Menor, de donde se difundió por el Egeo y las tierras griegas continentales y llegó al Sudeste español siguiendo el rumbo de los elementos del Bronce mediterráneo (348). Los enterramientos argáricos en vasijas horizontales están más cerca de los enterramientos paralelos de Anatolia y Grecia continental, donde son frecuentes desde la segunda mitad del IV milenio hasta el final del II. Los enterramientos en vasijas verticales de Fuente Alamo se parecen a los paralelos de Creta, aunque en esta isla los situaban fuera del poblado (349). Enterramientos esporádicos en pithos se dan, con distintas características, en Motia (Sicilia) durante los siglos VI-V a. C., en Nora (Cerdeña), en la colina de Saint Louis (Cartago) y en Kerkonane (Túnez) en el mismo tiempo, en Sidi Yahia (Túnez) en los siglos III-II, Los Andalouses (Orán) siglo III y Tutugi (Galera) siglo II. Como se ve, perduran hasta la época clásica (350). Como casos determinativos, no esporádicos, se dan en los extremos del Mediterráneo, en la cultura del Bronce de Anatolia, país por excelencia de esta clase de enterramientos, y en la cultura argárica, de la que son uno de los rasgos más importantes (351).

Poblados argáricos.— Dos sucesos, a juicio de Almagro, condicionan el desarrollo de la cultura argárica: la irrupción de los Pueblos del Mar en el Mediterráneo oriental durante la segunda mitad del II milenio a. C. y la sequía en el Sudeste hispano durante ese mismo período. A partir del año 1400 a. C. los colonos anatólicos que trajeron la cultura argárica a nuestra

tierra «se vieron aislados de sus centros de origen por las perturbaciones que debió sufrir todo el Próximo Oriente, incluida la propia Grecia... Es la época de la ruina del primer imperio hitita, la invasión de Egipto por los llamados Pueblos del Mar, de los que a duras penas pudo salvarse aquella gran potencia tradicional, la destrucción de los antiguos palacios micénicos y, antes, la ruina de la cultura cretense. El Occidente, a consecuencia de estas ruinosas invasiones y trastornos, quedó aislado, rompiéndose las relaciones étnicas y comerciales mantenidas en los siglos anteriores. Sólo después del año 1000 a. C., al acabar las invasiones dorias, últimos grandes movimientos de pueblos en el área del Mediterráneo oriental, será cuando tanto en la Grecia continental como en las islas y costas asiáticas, se inicia de nuevo la gran etapa de su expansión colonizadora» (352). El aislamiento de su tierra de origen, provocado por la irrupción de los Pueblos del Mar en el Mediterráneo oriental, frena en nuestra tierra el desarrollo y expansión de la cultura argárica; el otro frenazo lo recibe al coincidir este desarrollo «con una etapa de sequía y desertización de España, cuyo carácter estepario ya se había comenzado a desarrollar al final del Mesolítico y Neolítico... La cultura de El Argar se desarrolla durante la última fase de la etapa climática sub-boreal, seca y continental» (353).

Tarradell y Gil Farrés coinciden, en sendas comunicaciones presentadas al primer Congreso Nacional de Arqueología, celebrado precisamente en Almería el año 1949, al delimitar las zonas de la cultura argárica. Deslindan un núcleo o círculo central como zona propia de incubación y desarrollo, en torno al cual se ciñen dos coronas concéntricas, la interior como zona de influencia y la exterior como territorio de hallazgos aislados. En la zona central, que, con la tierra veratense como almendra, se extiende por las vecinas provincias de Murcia, Alicante, Jaén y Granada, es decir, desde la vega de Granada al río Segura y desde el borde Sudeste de la Meseta hasta la mar, son notas distintivas fuertemente acusadas los poblados construidos en sitios de fácil defensa y cerca de terrenos muy aptos para la agricultura, la vida semiurbana exclusivamente, la metalurgia, la copa cerámica de pie alto y las inhumaciones en cistas, pithos y pequeñas cámaras. Mojones en la orilla de esta zona las estaciones argáricas de las Laderas del Castillo (Callosa del Segura), San Antonio (Orihuela), Archena, Cañaverosa y Cehégín (Murcia), Quesada y Linares (Jaén), Puebla de Don Fadrique, Cerro de la Encina (Monachil), Montefrío, La Herradura y Lentejé (Granada) (354).

La zona de influencia se extiende por tierras valencianas, la provincia de Albacete, Andalucía occidental y el Sur de Portugal. En esta zona las notas distintivas son la vida semiurbana en poblados más rudimentarios que los argáricos, armas y útiles metálicos emparentados con los argáricos y tipos cerámicos de su influencia (355).

Poblados argáricos.— Bosch Gimpera sitúa en la primera etapa de la cultura argárica los poblados de Fuente Vermeja, Lugarico Viejo y El Oficio (356). Ya hemos descrito los dos primeros, pues tuvieron su apogeo durante el Bronce I. Vamos a visitar El Oficio, poblado característico de esta etapa. Este cabezo es la punta suroeste de una cadena de montañas que llaman Sierra del Castillarico, que va desde el Nordeste del Lomo De Bas a la sierra de las Almenaras, algo paralela a la costa de la mar; al Sur de El Oficio está Sierra Almagrera. El cabezo está coronado por una cúpula calcárea, quebrada, cavernosa. Queda unido al cerro de los Pinos por una larga cresta. Forma la punta de una colina que ofrece el aspecto de un cono de base alargada. Se eleva cien metros sobre la llanura y 236 sobre el nivel del mar. Estamos en el término municipal de Cuevas del Almanzora. Aupado en este cabezo, la posición del poblado era formidable. Desde él, hacia el Suroeste se descubre gran parte de la bahía de Vera y de su comarca, en la que puede señalarse la mayor parte de las estaciones prehistóricas descubiertas y excavadas por los Siret. Hacia el Norte se divisa el Cabezo de las Piedras, que cierra el valle por el que corre la rambla de Mulería. La subida al cabezo de

El Oficio es muy penosa, siendo el punto más asequible la colina que lo separa del cerro de los Pinos.

La acrópolis solamente tiene construcciones defensivas por la parte de Levante que es la única entrada. Fuera de esta muralla aparecen las ruinas de una casa destruida por un incendio; está adosada a la muralla y en la parte interior de ésta aparece otra casa, destruida igualmente por el fuego, del que quedan muestra la casa que está a la parte exterior de la muralla, indican que ésta fue incendiada en un ataque de los enemigos del poblado. Tanto los muros defensivos como los de las casas son de mampostería de piedra y barro; solamente uno está montado con arcilla. El referido muro defensivo está revestido de arcilla. Cerca de él, una casa queda dominada por un gran muro de piedra y barro, y encierra una sepultura que apareció violada; en esta casa aparecen los primeros peldaños de una escalera que debía subir a lo alto de la construcción; junto a los muros aparecen sepulturas y en ángulo Noroeste se abre un nicho. La parte baja del muro que se alzaba en el ala Sur muestra aún el revestimiento de arcilla violeta que lo cubría y en ella se abre un nicho. La entrada a la casa queda un poco alta respecto del piso actual de la misma, en el que aparecen cuatro sepulturas arrimadas a los muros. Hay comunicaciones o pasos entre las viviendas de esta parte del poblado y unos grandes escalones. Sigue una construcción dividida en habitaciones, en cuyo piso se abren numerosas sepulturas. En lo que queda del muro Sudeste hay un escalón y restos de un nicho; en el piso, a metro y medio de profundidad, aparece una losa de esquisto colocada como si fuera un asiento; una habitación grande está ocupada por sepulturas y por una escalera. Los Siret se preguntan si era ésta la vivienda en que moraban los guerreros de El Oficio con sus mujeres. Describen a continuación las demás casas y calles del poblado.

Como los escalones que quedan parecen indicar que las casas tenían dos plantas, los Siret intentan averiguar el destino que pudieron dar a la planta baja. Observan que en los poblados del segundo nivel de Hissarlik (Anatolia) las plantas bajas de las casas se utilizaban como almacenes, mientras que en los otros poblados de la tierra de Vera —Fuente Vermeja, Lugarico Viejo y Campos— se utilizaron como viviendas, y piensan que en El Oficio debieron tener el segundo destino.

En la ladera Sur del cabezo aparecen las ruinas de tres construcciones, que pudieron haber servido de cisternas para recoger el agua de lluvia. Los Siret excavaron una de ellas, abierta en el terreno de esquisto y cerrada con un grueso muro; entre otras cosas, encontraron unas monedas romanas del año cien de nuestra era. En otras zonas de estas laderas aparecen ruinas de viviendas provistas de sólidas murallas defensivas y entre las rocas, restos de muros destinados a cerrar el paso. Por la fuerte inclinación de estas laderas, la destrucción producida por el paso del tiempo es más patente; todas están cubiertas por las piedras que han rodado desde el destruido poblado. En la ladera orientada a Poniente hay ruinas de casas, de las que han desaparecido los muros, pero hecha una excavación en su fondo, aparecieron muchas sepulturas.

Los Siret describen con más detención dos construcciones, una situada en el extremo Oeste del poblado, de planta circular, de dos metros y medio de diámetro interior, cuyos muros tienen un metro de grosor. Como la cara interior de los muros está enrojecida y parcialmente calcina, piensan los Siret que esta construcción pudo haber servido de horno. En su entorno aparecieron fragmentos de vasijas y en su interior, hasta una altura de cuarenta centímetros, había capas de arcilla con señales de patas de animales, gotas de lluvia, etc. La otra construcción está al pie del cabezo por la parte occidental; en un espacio rodeado de pequeñas elevaciones de terreno aparece una circunferencia de piedras, de veinte metros de diámetro y ochenta centímetros de altura el muro; pudo estar destinada a recoger ganado.

En la cumbre de la acrópolis, los bloques de piedra calcárea empleados en las construc-

ciones fueran arrancados del mismo sitio ocupado después por las casas. Las piedras empleadas en las construcciones de la ladera orientada al Norte proceden de la llanura que se extiende al pie del cabezo y las de las construcciones de la ladera Oeste, de una cantera próxima que se explotaba aún al fin del pasado siglo.

En un barranco próximo mana el agua, que se almacena durante las lluvias en un depósito subterráneo de esquisto, formando un charco al que acudían las mujeres del poblado a recogerla con un cántaro y una vasija, lo que seguían haciendo los que habitaban en el paraje en tiempo de los Siret.

En la excavación de este poblado y su entorno, los Siret recogieron, fuera de las sepulturas, 150 sierras de sílex, cinco hachas de piedra pulimentada, dos amoladeras y 15 aguzaderas, algunos vasos de cerámica y fragmentos de otros, más bastos que los hallados en las sepulturas, con pezones, asas y decoración primitiva; trozos de arcilla endurecida por el fuego, con impresiones de ramas, hojas, frutos y cordeles de esparto, procedentes de los techos de las casas incendiadas; 150 pesas de cerámica, unas redondas y otras, rectangulares, con dos, tres y cuatro agujeros, algunos de los cuales presentan vestigios del paso de un cordel; algunos soportes de arcilla; más de 200 pequeñas puntas de hueso con los extremos aguzados; conchas marinas; cereales carbonizados; de cobre, tres hachas planas, dos cuchillos, cinco cinceles, 40 punzones y agujas, siete puntas de flecha, una punta de lanza y una sierra, mineral de cobre carbonizado, cobre y bronce fundidos y unos trozos pequeños de plomo.

Registraron 150 sepulturas dentro del poblado, situadas en el suelo de las casas, junto a los muros, y a veces en el espesor de éstos, hasta una profundidad de metro y medio. De estas sepulturas el 71% son enterramientos en urnas o pithos, el 25% enterramientos en cistas y el 4%, en huecos de rocas. 50 estaban fuera del poblado. Las más numerosas son las de niños, de las que la más pequeña es una copa sin pie, de 20 centímetros de ancho por 17 de alto, contenía un esqueleto pequeño y un tejo de cerámica tapaba la boca. Había 75 urnas cuya longitud oscila entre 20 y 40 centímetros. En estas sepulturas se encontraron como ajuar vasijas cerámicas y de metal, alabardas, cuchillos, puñales, punzones, cuentas de collar, brazaletes, anillos y pendientes de oreja; algunas de estas piezas tenían adheridos fragmentos de tela.

La tumba más importante de este poblado es una cista formada por seis losas y alojada en una cavidad del terreno, de 98 cm de largo por 70 de ancho y 54 de profundidad. Su ajuar estaba formado por dos vasos de cerámica, una lámina y un punzón de cobre, dos aretes de oro, un brazaletes y una diadema de plata, ésta formada por una banda de tres centímetros de ancho, con los extremos reforzados con cobre y decorada con ocho líneas de puntos, paralelas, obtenidas con un instrumento puntiagudo, con el que se ha repujado la lámina de adentro afuera; esta diadema pesa 98 gramos (357).

El poblado de El Argar.— Estuvo situado en una meseta terciaria que mide 280 metros de longitud por 90 de anchura, se alza en la orilla izquierda del río Antas, frente al pueblo de este nombre, a 12 Km de la mar. La ladera que cae sobre el lecho del río tiene 35 m de altura, las otras dos solamente 15 y sobre barrancos que caen al río, debieron estar defendidas por muros de los que quedan bastantes piedras. Todas las construcciones de este poblado han desaparecido, porque la meseta ha estado en cultivo desde tiempo inmemorial y con las piedras de dichas construcciones se han construido los balates de los bancales próximos y las paredes de muchas casas del pueblo.

Desde cualquier punto de esta terraza se domina el panorama. Al Norte y a poniente cierra el horizonte una cadena de montañas, estribaciones de la sierra de los Filabres, al Este unas colinas ocultan la vega del Real de Vera y al Sur, a lo lejos, se dilata la mar. Esta terraza es

un bloque de margas pliocenas muy compactas, sobre el que hay una capa de escombros que tiene de dos a dos metros y medio de potencia. Los Siret dan a su superficie una extensión de 1.600 metros cuadrados, pero, si son exactas las medidas que da Carriazo, 280 metros de largo por 90 de ancho, la extensión es de 25.200 metros cuadrados.

Del poblado, como hemos indicado, no quedan ni los cimientos. Según los Siret, a 2-2,50 metros de profundidad aparecieron, cuando ellos excavaron el lugar, unos muros construidos con piedras rodadas del río unidas con barro. Sobre una capa de arena se asienta un suelo artificial formado por piedras, sobre el que levantaron muros longitudinales de medio metro de grosor, separados entre sí dos metros y medio; estos muros suben hasta una pequeña distancia de la superficie, a partir de la cual fueron destruidos por los agricultores que pusieron en cultivo el terreno, probablemente después de la repoblación de 1573; estos muros tienen ocho metros de longitud y terminan en dos murallas más gruesas, son los cimientos de las casas del poblado y de sus defensas, pero tal como han quedado arrojan poca luz para reconstruir la estructura del poblado.

Las sepulturas se abren en el suelo virgen, en el piso artificial indicado, y empotradas en los muros. Los Siret excavaron 950, de las que 50 contenían dos cadáveres. Son de tres clases: fosas rodeadas de piedras, cistas formadas por seis losas traídas de los alrededores y pithos o urnas, que son las más abundantes. Las dimensiones corrientes de las cistas son 1,00 × 0,90 × 0,55 m. Las urnas son ovales, presentan dos o tres protuberancias en torno a la boca, sus paredes tienen de 10 a 25 milímetros de espesor. Estas urnas se construían con moldes y en varias secciones. Suelen aparecer rotas por el peso de la tierra. En ellas se ponían los cadáveres replegados, en posición fetal, con el ajuar, se tapaban con una losa o una vasija cónica y se colocaban en la fosa en posición horizontal. En posición vertical están las que sirven de sepultura a los niños y las de Fuente Alamo. Con el ajuar se ponían alimentos, argumento de una creencia en la vida futura y señal de respeto a la muerte, y materias colorantes para que los muertos pudieran pintarse en el mundo de los espíritus, por lo que los huesos aparecen coloreados de rojo con cinabrio. También es probable que los huesos, producida la descarnación en otro lugar, se depositaran en estas sepulturas ya coloreados de rojo, sobre todo los de los guerreros muertos en el combate.

En las sepulturas se encontraron algunas plaquitas de esquisto, una punta de flecha de sílex, un hacha de diorita, algunas puntas de hueso, colmillos de jabalí usados como pendientes, seis botones de marfil de forma piramidal y uno de forma cónica. De cerámica se recogieron 650 vasijas, de variadas formas, bien definidas y elegantes: tazas pequeñas, una de las cuales tenía la boca rodeada de ocho orejas; cuencos cónicos, muy abundantes; vasijas esféricas grandes; vasos cilíndricos con el fondo esférico o cónico más abultado; copas de pie alto que, según la forma del pie, presentan dos variedades; cuando a estas copas se le rompía o desprendía el pie, éste se usaba como un cuenco cónico; de estas copas dicen los Siret: «Es la obra maestra de los alfareros de El Argar y no es una forma excepcional, rara; nuestro pueblo gustaba de estas copas y las usaba con frecuencia, aunque eran muy frágiles». En las sepulturas de mujer solía haber dos vasos, uno grande y otro pequeño, y en las de hombre uno sólo. Era raro encontrar copas dentro de las sepulturas, generalmente se encontraban a un lado o encima. En cuanto a los usos de estas vasijas, los Siret infieren de sus observaciones que los cuencos pequeños parecen destinados a contener objetos de uso femenino, las asas de las ollas demuestran que estas vasijas se usaban con frecuencia, los vasos sin asas se tomaban con las dos manos y las copas parecen vasos de uso frecuente.

De objetos de metal, los Siret recogieron en estas sepulturas 200 cuchillos o puñales, más de cobre que de bronce; dos espadas de bronce, una tiene 65 cm de largo por cuatro de ancho junto a la empuñadura; 50 hachas de cobre, planas, con una anchura entre siete y 17

centímetros; alabardas y punzones; brazaletes de cobre y de bronce, formados por hilos de estos metales enrollados en forma de anillo, parecían rodeando el hueso del brazo y hasta dos en el mismo hueso, bastantes huesos tenían un brazaletes de bronce y otro de plata. Aparecieron muchos pendientes de oreja, de cobre, bronce y plata, y uno de oro; están hechos con hilos redondos enrollados hasta obtener un aro de seis vueltas. Muchas de estas joyas llevan adheridas fragmentos de tela y cabellos impregnados de sales de cobre, lo que hace suponer que los sujetaban a un bonete, turbante o trozo de tela que rodeaban a la cabeza. Las sortijas son de los mismos metales y están hechas del mismo modo que los brazaletes y los pendientes. Encontraron asimismo cuentas de collar hechas de hueso, dientes de animales, marfil, vértebras de pescado, conchas marinas, serpentina común y noble, piedras y metales; las más abundantes son las de hueso y los dientes más frecuentes son los de jabalí. En estas tumbas se recogieron cuatro diademas de plata.

Fuera de las sepulturas, en lo que debieron ser fondos de casas, entre los muros descritos, se encontraron 30 hachas de diorita, unas enteras y otras partidas, que fueron usadas como percutores, trituradores y bruñidores; 300 piezas de sílex, la mayor parte sierras de factura grosera para usarlas con una empuñadura; 150 piedras de afilar de distintas formas y tamaños, algunas con un orificio para pasarle un cordel y colgarlas de la cintura; discos de esquisto con un agujero en el centro; 15 fragmentos de anillos de mármol blanco, tres de piedra calcárea y tres de esquisto; muchos morteros y moletas de los que uno es de mármol blanco; prismas hexagonales de yeso usados para pulimentar vasijas, armas, huesos. 650 objetos de hueso y marfil, la mayor parte de los cuales son puntas hechas con el peroné del jabalí, hueso muy resistente, una pequeña aguja con ojo en la que se han grabado dos circunferencias con un punto en el centro, bastones que pueden haber servido de puntas de flecha, colmillos de jabalí trabajados, botones de marfil y otros útiles de este material. Entre las conchas marinas abundan los pentocles, cardium, conos, cypreas y patellas.

Vasijas cerámicas aparecieron pocas fuera de las sepulturas. Vasijas de pasta grosera, con pies, parecen utensilios de cocina. Un fragmento con decoración de líneas y puntos. Figuras burdas de toros y vacas, de perfiles elementales, parecidas a las cuales Schlieman encontró algunas en la cuarta ciudad de Hissarlik y han aparecido otras con decoración pintada en Micenas, Rodas, Hungría y otros lugares de Europa; éstas de El Argar son las únicas representaciones de seres animales halladas en el Sudeste español.

De metal, se encontraron fuera de las sepulturas pero provienen en parte, de las sepulturas destruidas, algunos cinceles de cobre, 200 trozos de punzón, 30 puntas de flecha o de lanza de diversos tipos, seis hachas y tres sierras de cobre, cuchillos y puñales, un pedazo de cobre con granos de carbón adheridos, y una diadema de plata. También aparecieron crisoles muy pequeños, que debían servir para refinar el metal, y moldes de piedra arenisca micácea.

Se recogieron pequeños trozos de tela de lino, conservados gracias a las impregnaciones metálicas de los objetos —pendientes, brazaletes, hachas y puñales— con los que estuvieron en contacto. Algunos trozos presentan un dobladillo que parece hecho con un punzón muy fino.

En el terreno virgen se abrían los silos, cavidades de hasta cinco metros de profundidad, cuya parte superior forma una chimenea cilíndrica de un metro, conductos verticales por los que se comunicaban con el exterior (358).

A base de los cadáveres encontrados en El Argar —mil en las 950 sepulturas halladas completas y otros mil calculados en las destruidas—, los Siret creen que en este poblado vivió una población formada por 200 o 600 habitantes, cifras límites posibles. Si fueron 200, la ocupación del lugar debió durar 300 años, con una densidad de un habitante por 120 metros cuadrados. Si fueron 600, la ocupación duró 100 años con una densidad de un habitante por 40

metros cuadrados. La ocupación pudo durar de 100 a 300 años. Las cuatro diademas, si son insignias de mando, suponen la sucesión de cuatro jefes o mujeres de jefes. Las dos espadas pueden indicar la existencia de dos jefes. Las 50 tumbas, en cada una de las cuales se encontraron dos esqueletos, pueden ser enterramientos de personas ligadas por parentesco, marido y mujer (359).

Los Siret concluyen la exposición de los resultados obtenidos en la excavación de El Argar con unas pinceladas impresionistas de cómo debieron desenvolverse sus vecinos. «El lector tiene delante de los ojos el cuadro de esta civilización. Hemos visto las casas, lo que queda de sus muebles, de los útiles usados, hemos constatado el empleo frecuente de la piedra, del hueso y del sílex. Los objetos de metal son raros fuera de las sepulturas; el cobre coexiste con el bronce. Vemos moldes de piedra para el vaciado de las hachas y de los puñales. Cerca de mil tumbas nos han dado preciosos testimonios acerca de las costumbres de este pueblo. Nos han descubierto últimas moradas de diversas formas, en la inhumación prueba el gran respeto por los difuntos. Al lado del guerrero hemos visto sus armas, cerca de la mujer sus útiles diarios. En los brazos, en los dedos, en los cuellos de los ricos de ambos sexos, hemos visto adornos que debieron ser suntuosos. Estos no aparecen en los pobres, sino adornos que debieron más modestos. Vestidos cubrían a los difuntos para la otra vida. En las sepulturas ponían comida y bebida para el viaje (360).

El poblado de **Gatas (Mojácar)** lo encontraron los Siret casi totalmente destruido. Por los pocos útiles que recogieron en él, lo sitúan en el período argárico, aunque creen que la colina estuvo habitada, por los sílex y cuarzos encontrados en ella, desde el Neolítico, y que siguió habitada hasta los tiempos de la dominación musuimana. Ocurre aquí, como en tantos otros sitios, que los que llegaron después, al construir sus cabañas y sepulturas en el mismo lugar, hicieron desaparecer los rastros de las anteriores, incluso usaron los útiles que encontraron sobre el terreno con otro objeto, como lo demuestran los cuchillos neolíticos de sílex utilizados como sierras (361).

La más pintoresca de las sierras de la tierra de Vera es Sierra Cabrera. Yendo de Mojácar a Turre, en las faldas septentrionales de esta sierra se alza el Cabezo del Judío, en cuyas laderas nordeste se abre un barranco, siguiendo el cual, a los cuarenta metros, en su lecho, aparece un muro que sirve para recoger el agua y meterla por una galería; este muro fue parcialmente destruido por un buscador de tesoros. Delante del muro, al pie de la roca que le sirve de base, el lecho del barranco tiene diez metros de ancho. En un extremo del embalse formado por el muro, en la roca, se abre un corredor abierto de 80 cm de ancho por 1,50 m de alto. Esta galería pasa por la muralla, detrás de la cual aparecen tres escalones tallados en la roca, que tienen de 30 a 40 cm de altura. Una puerta de 60 cm da acceso a una cámara más baja, abierta en la roca, de planta de polígono irregular, completada con una losa vertical y cubierta por una gran losa plana. Otra cámara parecida se abre a su lado. El lecho del barranco queda ahora diez centímetros más bajo que el piso de estas habitaciones. Dos grandes bloques de piedra, naturales, situados en el centro del barranco, sirven de defensa a dicha construcción. Los vecinos del poblado situado en la cima del Cabezo del Judío bajaban por el camino cubierto y resguardado por el muro a abastecerse de agua, sobre todo cuando estaban sitiados por sus enemigos.

Los rastros que quedan de tan singular construcción indican su uso. El agua que bajaba por el barranco pasaba a la cámara más baja y de ésta a la vecina, de la que tomaban el agua con tazas, de las que aparecen las raspaduras dejadas, al hacerlo, por el suelo de la cámara. La comunicación entre este lugar y el poblado, el camino cubierto, arrancaba del lado norte de la muralla del poblado, en la que se marca la entrada con unos escalones y al que se podía llegar desde distintos lugares de la colina, queda indicado por el relieve del terre-

no y se protegía con un muro; de él quedaban vestigios cuando los Siret lo descubrieron. A la cara exterior del muro de protección se adosaban terraplenes de tierra para reforzarlo y disimularlo. Muro y galería se encontraban, cuando los excavaron los Siret, bajo un enorme montón de escombros, que subía desde el barranco e impedía verlos. Había otra galería construida con igual objeto, que se prolongaba hasta el barranco por los dos grandes bloques de piedra. Solamente queda una boca. Entre el Cabezo del Judío y la roca de Gatas se abre un paso natural, escarpado, en forma de embudo, que parece ser el paso primitivo de las aguas del torrente; en su parte más ancha aparecen restos de un muro, que pudiera haber servido de dique para convertir el paso en depósito de agua. Los Siret citan a Schliemann (Ilios, 340), que describe unas galerías subterráneas parecidas, construidas en Troya con el mismo objeto.

En la cima del Cabezo del Judío quedan restos de las construcciones del poblado; la potencia de la capa de escombros que los cubría no pasaba de un metro. Las sepulturas se encontraban dentro del poblado, algunas embutidas en los muros, otras alojadas en el suelo de las casas situadas en la ladera sur y otras, en las concavidades de las rocas. Las hay también en la orilla opuesta del barranco. Fuera de las sepulturas los Siret recogieron un hacha pequeña de diorita y fragmentos de otras, trozos de cuarzo que parecen trabajados, astillas de calcedonia, bastantes muelas de mica, piedras de amolar, de esquisto, con agujeros en los extremos, dos sierras, dos cuchillos pequeños, dos núcleos y dos láminas de sílex, una docena de puntas de hueso trabajadas, un botón de marfil de forma piramidal, conchas marinas perforadas y sin perforar, fragmentos de copas cerámicas con pie y de vasos con tres pies. Armas y útiles de cobre, un molde de fundición para hacer hachas y un pendiente de plata. De las 18 sepulturas excavadas en esta estación, los Siret reseñan especialmente una vasija de 70 cm de largo por 50 de ancho en el centro, embutida en el muro que separaba las dos habitaciones principales del poblado, apareció reventada, contenía los restos de un esqueleto femenino, cuyo cráneo estaba ceñido por una diadema de plata que tenía de tres a cinco cm de ancho, a su lado un pendiente de cobre y otro de plata, éste formado por una espiral de ocho vueltas. Se recogieron, entre todas las sepulturas, sortijas y brazaletes de plata y de bronce, un puñal y un punzón de cobre, un collar formado por once cuentas de serpentina noble y dos de serpentina común; uno de los anillos estaba ajustado aún a una falange (362).

El poblado de Fuente Álamo está considerado como la última etapa de la cultura argárica. Mana esta fuente en la sierra de Almagro, cuatro kilómetros al NE de Cuevas del Almanzora. Hasta el último tercio del pasado siglo ofrecía, con sus 40 metros cúbicos diarios, el único caudal para abastecer a dicha población. El cabezo, a cuyo pie mana la fuente, tiene forma de cono truncado muy irregular y está rodeado por una cadena de cerros rocosos. Se eleva 50 metros sobre la vega que lo rodea. Sus laderas están cubiertas de piedras que provienen de las construcciones prehistóricas; Siret calculaba su peso en veinte mil toneladas; todas fueron acarreadas de los alrededores. En la cumbre de este cerro se explana una terraza rectangular, algo accidentada, desde la que se divisa una gran extensión de terreno. En ella se emplazó el poblado del que quedan muros y sepulturas; también hay muros de casas en todas las laderas menos en la orientada al Norte. En los escombros que cubren la colina, de una potencia desigual, formados principalmente por arcilla esquistosa de color gris-violeta a la que se mezclan restos carbonizados han aparecido objetos de piedra, hueso, marfil, cerámica, cobre y bronce, y una balanza romana.

Los enterramientos se presentan en pithos y cistas. El ajuar de una de ellas, el más interesante, está formado por vasijas cerámicas, armas grandes y un brazalete de oro macizo que pesa 114 gramos. Otra sepultura dio un brazalete, un pomo de plata, cuatro anillos, un punzón y un cuchillo de metal, un vaso y dos copas de cerámica. Una cista alojada en un hueco del terreno, con dos cadáveres, hombre y mujer, y ajuar parecido a los anteriores, en el que

destacan una espada de las más raras y la diadema y joyas que adornan el esqueleto de la mujer. También apareció en esta estación la famosa perla de cristal que sirve a los arqueólogos para fijar su cronología relativa. Fuente Alamo ha dado menos ajuar que El Argar pero es más rico (363).

Para completar el panorama de las estaciones argáricas en la tierra de Vera, es imprescindible que nos adentremos en el término de Mazarrón, artificialmente separado por una divisoria administrativa, pero que geográficamente es la prolongación de la tierra de Vera y arqueológicamente es la «tierra de Vera» que llega hasta los alrededores de Cartagena y más allá. Los Siret excavaron en esta parte los poblados de Parazuelos, Zapata, Ifre, La Roca y La Ciñuela. El primero se alza en una colina cercana a Mazarrón, en la que quedan restos de construcciones rectangulares formadas por muros de piedra y barro; dio un material rico de sílex —cuchillos de sección triangular y puntas de flecha de formas evolucionadas—, punzones de hueso y cerámica sin decorar, gran cantidad de escorias de metal, punzones, puntas de flecha y una hoja sencilla de puñal. Sus sepulturas en cistas rectangulares de piedra dieron asimismo puntas de flecha y cuchillos de sílex, hachas de piedra pulimentada y numerosos objetos de adorno, como cuentas de collar hechas de conchas, hueso y esteatita, conchas perforadas y brazaletes de pecten (364). Aquí aparecieron testimonios del tratamiento de los minerales de cobre de los filones inmediatos del Lomo de Beas: un bloque de diez kilos de carbonato de cobre azul y verde, con un poco de sulfuro de cobre y óxidos de hierro, y numerosas escorias. El procedimiento de extracción era muy rudimentario e imperfecto, pues en el mineral quedaba más de la mitad del metal (365). Siret dice que el mineral cuproso encontrado aquí contiene cobre y estaños reunidos, lo que pudo llevar a aquellos metalúrgicos a encontrar el bronce (366).

Más importante es el poblado situado en el peñón de Ifre, distante dos kilómetros de Parazuelos y cinco del Lomo de Beas. Es una roca escarpada, estrecha y alargada, orientada de SE. a NO., que se levanta aislada en una llanura ligeramente ondulada y muy árida, rodeada al S. por la cadena de colinas de Parazuelos y al N. por la sierra de las Moreras y las ramificaciones de la sierra de las Almenaras, que la separan de la vega de Lorca. Se eleva 125 metros sobre la rambla de su nombre. Aparece sin apenas tierra y lleno de grutas que los hombres prehistóricos utilizaron como viviendas y sepulturas. En la cumbre se adosaron las viviendas a los salientes del terreno; están limitadas por hiladas de piedras pequeñas unidas con argamasa de barro fino y, a veces, de launa. El poblado se divide en dos sectores; el de la parte noroeste es el más interesante, pues el relieve del suelo le da un acceso cómodo por un punto determinado, cerrado con un muro; esta zona estaba rodeada por un muro defensivo y debía servir de fortaleza de refugio. La superficie de las habitaciones es pequeña. Los techos eran de ramas cubiertas de barro. Una de las construcciones, compuesta de tres habitaciones, pudo ser un horno de pan cocer, pues en ella se encontraron cereales carbonizados y diez piedras de molino. Las sepulturas en pitños están en el piso de las casas, a metro y medio de la superficie. El mobiliario se componía de sierras y punzones de sílex, copas de pie alto, hachas planas, puntas de flecha y una sierra de cobre (367).

El poblado de Zapata está a cuatro kilómetros al Oeste de Ifre, en un lugar elevado, protegido por murallas. Hay un manantial en las inmediaciones. Las viviendas aparecen destruidas por el fuego. Las sepulturas que hay fuera del poblado son más pobres que las emplazadas dentro (368). Menos estudiados están los poblados de La Roca, situado a dos leguas de Ifre, y el de La Ciñuela, en la rambla de Mazarrón (369). Estos cinco poblados murcianos con los otros cinco de la tierra de Vera forman, sin solución de continuidad entre el río Aguas y la rambla de Mazarrón, el núcleo inicial y central de la cultura argárica.

Otras estaciones importantes de esta cultura son la ciudad fortificada de La Bastida (Tota-

na) y el poblado del Cerro de la Virgen (Orce) y, en tierras almerienses, el segundo nivel del Cerro de las Canteras (Vélez-Blanco) y el poblado de El Picacho (Oria). Hailazgos sueltos en casi todo el Sudeste.

VI. LOS VERATENSES PRIMITIVOS Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Los «primitivos» de la tierra de Vera.— Veinte mil generaciones, unos seiscientos mil años, nos separan —según Pericot— de la llegada del hombre neandertalense a nuestra tierra, y mil generaciones, unos treinta mil años, de la llegada de los cromañones (370). El primero era de menos que mediana estatura, achaparrado, tenía los brazos largos y las piernas cortas y arqueadas, andaba erguido, el aspecto de su rostro no era muy agraciado, con el frontal huido, las cejas salientes y la mandíbula inferior sin reborde mentoniano. Los cromañones no diferían gran cosa del hombre corriente actual, su estatura era generalmente alta, el cráneo dolicocefalo y la mandíbula inferior con mentón desarrollado. Ambos se encontraron en las cuevas de la Zájara hace treinta mil años y cree Siret que el encuentro fue amistoso, convivieron. Pericot afirma que los cromañones son nuestros primeros antepasados (371).

Tras los viejos troncos étnicos del Paleolítico —neandertalenses y cromañones— se forma en Palestina un tipo mediterráneo, dolicocefalo, y otro en Europa, braquicefalo, que dan los hombres que traen las culturas neolíticas (372). Durante el Neolítico, en el Mediterráneo, se diferencian dos tipos: el mediterráneo robusto y el grácil. El primero o euroafricano es robusto, de estatura regular, dolicocefalo y de bóveda craneal elevada; predomina sobre el segundo, el mediterráneo grácil, de escasa estatura, gracilidad general del esqueleto, dolicomesocefalo, bóveda craneal medianamente alta, cara mediana con órbitas grandes y redondas y nariz alargada, que, aún hoy, es el elemento más importante del complejo racial peninsular (373).

Don Luis Siret excavó, según sus cuentas, cuatro mil sepulturas, en las que constató 10.600 enterramientos, correspondientes a todas las épocas, desde el Neolítico a la invasión musulmana, de las que más de 500 corresponden al Neolítico y Eneolítico, 1.500 a la época argárica y 2.000 al milenio anterior a nuestra era (374). Para el 1887, él y su hermano habían recogido en El Argar algunos huesos largos y 62 craneos, 26 de hombre y 38 de mujer, y parecida cantidad en las estaciones de la misma cultura, El Oficio, Fuente Alamo e Iñre (375). Hoyos Sainz estudió estos restos y estableció conclusiones muy interesantes. Destaca un verdadero poligenismo en los citados yacimientos. En los 60 craneos que estudió la oscilación de sus valores alcanza, en los dos índices más significativos, una amplitud casi igual al total de las series prehistóricas peninsulares, correspondientes a todas las épocas y distribuidas por todas las regiones. La nota esencial es la variedad y complejidad racial. Entre los craneos examinados persisten los cromañón, y se añaden, como tipos nuevos, ejemplares de la raza libio-ibérica, mesocefalos, mediterráneos orientales y prospectores en el más riguroso significado,

es decir, gentes extranjeras venidas a explotar los minerales (376). Desde el punto de vista antropológico, las gentes que vivieron durante el II milenio a. C. en la tierra de Vera dístaban mucho de ser homogéneas. Tenían como rasgo común la baja estatura, que oscilaba entre los 1,387 y 1,545 m y predominaban los dolicocefálos sobre los braquicefalos. El grupo de los indígenas se distinguía del de los invasores; en el primero figuran cromañones y vascos; en el segundo, los protobraquicefalos, que pudieran confundirse con los braquicefalos invasores que trajeron la metalurgia (377).

Dice Hoyos que habría que establecer la relación de los dolicocefálos, los cabezas alargadas de Almería, con los hombres de la invasión argárica, para expresar la raciología anterior a esta invasión y las influencias que pudo tener en nuestra región el «hombre almeriense» o, más bien, algunos de sus tipos, nuevos e intrusos, como verdaderos prospectores del metal y difusores de su industria (378). Los dolicocefálos se conservaban entonces más puros. Arribas encontró en una de las tumbas de Los Millares 20 cráneos, que Fusté examinó hallando que ninguno era braquicefalo, dos eran mesocráneos y los 18 restantes, dolicocefálos del tipo mediterráneo grácil (379). Los argáricos, según Hoyos, son braquicefalos, con algunos mesocéfalos, y vienen del Mediterráneo oriental (380). Esta conclusión concierne con la de los arqueólogos y prehistoriadores en general, que señalan las costas del Mediterráneo oriental como zona de procedencia de los metalúrgicos que trajeron la cultura argárica a la tierra de Vera.

Tan interesante o más que la identificación de los hombres que vivieron en la tierra de Vera durante la Edad del Bronce —2800 al 1200 a. C.— es la de la estructura social que los metalúrgicos impusieron a la compleja comunidad humana que dominaron. «Si en algún caso es —dice Hoyos—, no ya de interés sino de necesidad, unir los datos que nos da la antropología del cráneo y los otros restos a los de su situación o enterramiento, extrémase aquí el valor de esta integración de lo físico con lo cultural, es decir, del hombre y de sus costumbres, por ser ésta una zona de invasores, indiscutiblemente superiores culturalmente a los indígenas y por tanto pudiendo estimarse como señores, o al menos, de una jerarquía superior, para poder distinguir por estos hechos los nuevos llegados de los antiguos estantes» (381). Puesto a esta tarea, del carácter suntuario de las sepulturas, aunque éste no sea un argumento definitivo, Hoyos deduce que los cromañones, que fueron los indígenas dominantes en las épocas anteriores, conservaban su buena categoría social entre los nuevos ricos y poderosos, mientras que los otros indígenas —los braquicefalos peninsulares, los mesocéfalos y los vascos— seguían siendo pobres. Al lado de los cromañones, con igual o mayor categoría de dominadores, estaban los nuevos invasores venidos de Oriente, prevalidos de sus conocimientos como prospectores de metales y de sus armas como metalúrgicos (382). Esto parece indicar que los recién llegados se concertaron, con o sin que precediera un choque bélico, con los dueños del país, los cromañones, y a ellos pagaron un canon por la explotación de los yacimientos mineros, en la que emplearon la mano de obra del país y la que acudió de otras zonas.

De las parejas tumbales examinadas por Hoyos, una es de metalúrgicos, dos son mixtas de metalúrgicos y libio-ibéricos, y tres son de vascos (383). De la pareja de metalúrgicos, ambos mesocéfálicos, él debió ser un personaje con autoridad a juzgar por la espada que acompaña a su esqueleto. De las dos parejas mixtas —hombre libio-ibérico y mujer prospectora y mujer libio-ibérica y hombre prospector— se advierte que en ninguna de ellas se destacan categorías sociales, que los dos son pobres y no buscaron en la unión mejora social, es decir, que sus matrimonios fueron por amor, respondían al «contigo pan y cebolla». La extrema pobreza del enterramiento de una de las parejas vascas hace pensar si estos vascos no serían inmigrantes que acudieron a lo que entonces era tierra de promisión en la Península Ibérica, los primeros yacimientos mineros en explotación (384). Todo esto demuestra que los nuevos

invasores argáricos, a pesar del aparato defensivo de sus poblados y de la potencia ofensiva de sus armas de bronce, auténtica novedad en esta tierra, no solo pactaron con los jefes indígenas, sino que no tuvieron escrúpulos en casarse con los indígenas pobres. Pagaron un canon por la explotación de las minas, como parece indicar que los jefes indígenas fueran enterados con los mismos lujos que los jefes invasores. No parece que los explotaran. Los poblados fortificados eran la garantía de su seguridad.

El arte de marear.— Los cereales cultivados en la costa levantina, fechados por el C-14 en el V milenio a. C., al no darse en el frente africano y sí en las tierras del Mediterráneo oriental, suponen una comunicación directa por la mar ya en el Neolítico. Estas relaciones se confirman en los comienzos del III milenio, sobre todo entre nuestras costas y las de Egipto, por los muchos elementos comunes de sus culturas, debidos —según Schszf— al origen común camita de sus pueblos. Estas relaciones traen a nuestra tierra los elementos de la civilización neolítica y se incrementan después con el comercio de la obsidiana y de los primeros metales (385). Según Bosch Gimpera, entre los años 3000 y 2500 a. C. comienzan las grandes relaciones mediterráneas. Para entonces se ha consolidado la colonización de Malta por navegantes procedentes del Mediterráneo oriental y su influencia se irradia a Sicilia, Cerdeña y el Sur de España. Sale de las costas de Almería el vaso Campaniforme y llegan los ídolos de tipo egeotroyano y los primeros objetos de cobre (386). Bosch Gimpera, en las relaciones marítimas entre el Mediterráneo oriental y nuestras costas, pone un trasbordo en las colonias griegas de la línea Italia-Sicilia-Túnez. Otros prehistoriadores no consideran que fuera necesaria tal escala, pues los navegantes de aquellos tiempos podían muy bien realizar el viaje directamente, lo que presupone la existencia de grupos de población, orientales u occidentales, probablemente mixtos, dedicados a la navegación desde muy antiguo, con conocimientos muy exactos de la mar, sus costas, sus vientos, sus corrientes, conocimientos que sólo podían adquirirse viajando con otros que ya los tenían. Es lógico que los indígenas de las costas situadas junto a las rutas marítimas aprendieran a navegar y tomaran la iniciativa de participar en la navegación comercial de forma legal o por medio de la piratería (387). Precisamente las costas de Vera caen sobre una de las esquinas del Mediterráneo occidental más frecuentada desde los primeros tiempos.

Todos los problemas que hoy se pueden presentar a un pequeño barco de cabotaje, movido a vela, acrecentados, imaginamos que tendrían que resolver los marineros del primer milenio a. C. Más difíciles fueron sin duda los que debieron afrontar los metalúrgicos argáricos para servir las líneas «regulares» por las que se llevaban los metales de nuestra tierra. Inimaginables hoy son los que se opusieron a los neolíticos que nos llegaron por la mar. Para conocerlos y tratar de explicarlos vino Schule a Carboneras. El y Jauregui, un marino de Cartagena preocupado por los problemas de la prehistoria, nos ayudan a conocer sus soluciones.

Corrientes marinas y vientos eran los elementos que complicaban la navegación antigua en pequeñas naves, sin más fuerzas para hacerles frente que las de los remos y el ingenio para maniobrar con las velas; al mismo tiempo, si se los sabía utilizar, eran la gran ayuda para navegar. Lugares difíciles eran los estrechos que comunican el Mediterráneo occidental con el oriental, por lo que los antiguos los mitificaron: Escila y Caribdis. Menos dificultades había en la mar de Alborán, que es más bien una «mancha» o paso de 80 millas de anchura entre el cabo de Gata y el de Fégalo (388). «La navegación hasta las Columnas —dice Estrabón—, aunque a veces el paso del Estrecho suele tener dificultades, es buena, así como la de Nuestro Mar, donde, efectivamente, gracias a la bonanza del tiempo, las travesías se llevan felizmente a cabo, sobre todo en la navegación de altura; ello es especialmente ventajoso para los navios de carga. Además en altamar los vientos son regulares» (389).

Las corrientes marinas son bastante complicadas en el Mediterráneo. Desde el estrecho de Gibraltar a las costas del Líbano hay una corriente central, que en las costas europeas y mogrebíes suele llevar hacia el Oeste, y en las de Libia y Egipto, hacia el Este (390). Estas corrientes se originan en el Estrecho y en los Dardanelos; la del Estrecho sigue la costa africana hasta Port-Said, corre a lo largo de la costa palestina y del Asia Menor, se une a la corriente que sale por los Dardanelos, corre a lo largo de las costas griegas, italianas, francesas y españolas y vuelve al Estrecho. Estas corrientes son más fuertes en las costas africanas que en las europeas (391).

Los vientos de Poniente, aunque al pasar al Mediterráneo pierden fuerza, son más peligrosos que los de Levante (392). De mayo a septiembre, en la mar de Alborán o Mare Ibericum predominan los vientos de Levante, pero ocurre a veces que, mientras hay Poniente en las costas andaluzas, sopla Levante en las de Argelia, Nordeste en el golfo de Valencia y Norte en el de León. En este tiempo, los virazones o vientos perpendiculares desde la mar a la costa son Sures en Almería y Sudestes en Vera (393).

Dadas las condiciones de vientos y corrientes marinas, piensa Jauregui que las naves que dejaran las costas africanas entre Argel y el Estrecho, se verían arrastradas primero hacia Levante y luego hacia un punto de la costa española, entre los cabos de Gata y Palos, en la ensenada de Villaricos (394). El que quisiera ir a Oriente desde las costas españolas, tendría que pasar a las africanas, para seguir la corriente bordeándolas, y el que viniera de Oriente, seguiría la corriente que costea Asia Menor, Grecia e Italia (395).

Otro problema, no dilucidado del todo, es el de si la navegación en aquellos tiempos era de cabotaje o de altura. Según Moscati, Pierre Cintas sostiene que los navíos fenicios practicaban el cabotaje, navegando de día de 30 a 40 kilómetros y deteniéndose de noche en los puertos; pero se han encontrado ánforas con orificios dispuestos en un solo lado de forma regular, para colocar en ellas antorchas, lo que demuestra que podían navegar de noche. Pinturas egipcias muestran tales ánforas puestas en el palo principal de los navíos, cuyo objeto no podía ser otro que alumbrar la navegación nocturna (396).

Schule, que ha estudiado el problema con los pescadores de la costa del cabo de Gata, dice que la navegación de cabotaje la practicaron durante el Neolítico los pescadores de la cerámica cardial, que no tenían que cubrir grandes distancias y vivían principalmente de la pesca a lo largo de la costa. A partir del Eneolítico sólo se siguió usando para cubrir distancias cortas. Los navegantes de la Edad de los Metales practicaban en el Mediterráneo una navegación de altura en la que no perdían de vista la tierra, dado que en la costa misma se alzan montañas visibles desde gran distancia, sobre todo en los días de verano por la gran diafanidad del aire mediterráneo, visibilidad sólo turbada en invierno, estación en la que no se navegaba. De un extremo a otro del Mediterráneo desaparecen, según esto, los pasos sin visibilidad de la tierra en las zonas más anchas. Esta navegación tiene menos dificultades que la de cabotaje, que requiere, hasta en los barcos a vapor, una atención constante al timón, a las corrientes y a los vientos, para evitar ser arrastrados a la costa, cuanto más en los barcos a remo o a vela (397).

Moscati imagina los derroteros antiguos muy distintos a como lo hace Jauregui. «Formando —dice— las costas Sur de Anatolia, Grecia y Sicilia una línea casi recta con la costa del Mogreb y estando todas ellas bordeadas por sierras altas de un lado e islotes por otro, están a la vista las ventajas que significa la coincidencia de todos estos datos geográficos para un barco que zarpa de Beirut, Chipre o Creta para ir en línea casi recta a Gibraltar sin salirse de la visibilidad de la tierra, haciendo un pequeño desvío hacia el Norte en el trayecto entre las islas Jonias y Sicilia. En casi todo este viaje la corriente costera le empuja. Para volver lo que tiene que hacer es quedarse un poco más al Norte en la parte occidental de su ruta

y un poco más al Sur en la parte oriental, para disfrutar, por lo menos en parte del viaje de la corriente central que va hacia el Este» (398).

Teniendo en cuenta la acción de los vientos y las mareas en las costas del Sur y Sudeste de España, San Valero supone que la «zona de desembarco» de los navegantes antiguos que venían de África o de Oriente debía estar entre los cabos de Gata y Palos (399). Los poblados de los metalúrgicos no se alejaban de la costa, porque tenían por la mar la comunicación con su metrópoli. Se situaban cerca del litoral, sobre las corrientes de agua, permanentes o intermitentes, que era los únicos caminos para penetrar en el interior navegando o a pie. No sabemos si los ríos almerienses eran entonces navegables ni hasta donde. Es cierto que sirvieron para caminar por ellos.

El puerto de atraque de la tierra de Vera debía estar en el último tramo del Almanzora, en torno a Almizaraque. En aquella época, la playa debía estar mucho más cerca de la famosa estación prehistórica. «En Almizaraque —dice Schüle— es evidente que el actual relleno de la desembocadura del río Almanzora es de época relativamente reciente y en parte seguramente producto de la deforestación de las sierras, que tuvo su comienzo precisamente con las colonizaciones mineras del tercer milenio». En Sierra Almagrera ve Schüle una protección contra las marejadas de Levante. «Hasta hoy día el problema para barcos pequeños en la zona del Sudeste español es la marejada fuerte que se produce por el violento viento de Levante, que suele azotar esta costa en invierno o en casos de temporales de verano. Suponiendo que en la fecha de la fundación de Almizaraque, los aluviones que ahora rellenan la bahía entre Almizaraque y Herrerías no existían todavía en la misma extensión que tienen hoy día, la Sierra Almagrera tiene que haber protegido la entonces bahía casi completamente contra las peligrosas marejadas de Levante». La ensenada que forma la desembocadura del Almanzora «ofrecía condiciones inmejorables que no ofrece ningún otro punto de la costa entre Aguilas y cabo de Gata, si no fuese por muelles artificiales como los que tiene el actual puerto minero de Garrucha» (400). En torno a la desembocadura del río, formándole un delta con los arrastres, es evidente. En la margen izquierda, por la parte donde estuvo la Baria fenicia y hoy está Villaricos, la tierra no avanza nada, porque es la parte compacta de la sierra.

La vida urbana y la economía.— Miles de años de vida nómada imprimieron al hombre tal inercia que parece prodigioso que pudiera salir de ella, inventar la casa estable, asociarla con otras, formar poblados y descubrir la vida sedentaria. Cambio tan radical lo impusieron las nuevas ocupaciones —agricultura y ganadería— al exigir al hombre permanecer mucho tiempo en un lugar determinado. El hombre se procuró un albergue en el que guarecerse, lo más cerca posible del campo que cultivaba y del ganado de que se sustentaba, y, como estas faenas no las realizaba solo sino en unión de los otros miembros de la familia y de la tribu, juntaron las casas y formaron los poblados, cuya cohesión provenía más que de los elementos materiales con que estaban contruidos, de la unión de sus vecinos impuesta por los lazos de la sangre y de la cultura. Este, como los otros hallazgos del Neolítico, los agradeció el hombre a Dios. Desde el principio la fundación de un poblado iba acompañada de ceremonias religiosas, en las que el mismo poblado o ciudad era como una ofrenda a su dios propio. Eco de estos principios religiosos son las palabras de Cicerón: «No hay tarea en la que el hombre se halle más cerca de Dios que la de fundar ciudades y conservar las ya fundadas» (402).

Desvanecida la última glaciación, los hombres abandonan las cavernas y se quedan a vivir al aire libre, en chozas de ramaje, como hicieron otras veces en los períodos interglaciares, pero esto no era aún la casa, que nació imitando la choza, sustituyendo los juncos y las cañas de las paredes por la mampostería de piedra y barro y los adobes, y conservando los mismos techos de ramas y barro. Para llegar a ésto no hacen falta influencias foráneas, todos los hom-

bres están capacitados para ello. Del Egeo, con los primeros metalúrgicos, llegan a nuestra tierra los enterramientos colectivos en tumbas megalíticas, que son casas de los muertos imitadas de las de los vivos y construidas con mejores materiales, en las que los muros de mampostería se cubren con paramento de ortostatos o se enlucen de yeso y se pintan. Esto y la agrupación de las casas en poblados rodeados de muros defensivos es lo que traen a nuestra tierra los primeros metalúrgicos. Y también el abastecimiento artificial de agua tal como aparece en Los Millares y después en Gatas.

De la choza circular de los primeros neolíticos a la casa rectangular con patio central de los romanos median varios milenios. De Los Millares a El Argar, las plantas de las casas pasan de ser redondas a ser rectangulares. En opinión de Maluquer, los poblados tipo Millares «representan el primer intento occidental de cultura urbana» (403) y las casas rectangulares o cuadradas de los poblados argáricos comienzan a dar la impresión de ser verdaderas viviendas (404).

Las casas más antiguas en la tierra de Vera son las chozas que componían los primeros poblados de las gentes de la «cultura de Almería» frente a las viviendas acomodadas en las entradas de las cuevas o abrigos rocosos por las gentes de la cultura de las Cuevas. Rastros de aquellos poblados aparecen en los niveles más antiguos de El Garcel, La Gerundia y Tres Cabezos. Ya hemos visto que en solar de El Garcel quedan los silos excavados en el terreno virgen, sobre los que se levantaban las cabañas construidas con materiales tan efímeros —juncos, cañas, ramas y barro— que no dejaron rastro, distinguiéndose los fondos de las cabañas por la tierra calcinada de los hogares.

Las casas de planta circular de los poblados eneolíticos arrancan del terreno, casi siempre aprovechando una cavidad natural o excavándola y completándola artificialmente, con un zócalo o muro de piedra seca o de mampostería de piedra y barro, que solía tener un metro de altura. Sobre el zócalo se continuaba la pared con adobes de barro crudos unidos con arcilla. Tanto los zócalos como las paredes aparecen en algunos poblados enlucidos con arcilla y blanqueados con yeso. En el suelo de tierra apisonada con la que se nivelaba el terreno se abren los silos revestidos de arcilla para guardar cereales y frutos secos. En el centro, un agujero recibía el poste de madera, un tronco a propósito, que sostenía el techo. Cerca estaba el hogar, un espacio circular lleno de ceniza y limitado por un borde de arcilla. Los techos siguen siendo de ramas y barro. Los paralelos en diversos lugares de Oriente.

Las casas de los poblados argáricos son de planta rectangular, algunas constan de dos habitaciones o más, éstas son pequeñas, por lo que se supone que tengan una segunda planta o que el techo sea lo suficientemente sólido como para permitir que se suba a él por una escalera, de las que han aparecido algunos escalones en determinados poblados. Las paredes suelen aparecer cubiertas de un fino paramento. Tanto los poblados tipo Millares como los argáricos están estratégicamente situados, de modo que quedan defendidos por los accidentes del terreno menos por el lado que les da acceso, en el que se levantan fuertes muros de piedra jalonados, en algunos casos, de torres. Las construcciones defensivas peculiares de algunos poblados ya las hemos descrito a su tiempo. En Los Millares Arribas comprobó la existencia de un lienzo de muralla de 20 metros de longitud por 2,50 de anchura máxima, formado por tres alineaciones de piedras de mediano tamaño, situado en el único flanco por el que el poblado tiene acceso. Las fortalezas argáricas se distinguen en que están elevadas en rocas poco accesibles y se adaptan al terreno.

«Al intentar establecer el carácter de las actividades económicas de un conjunto social —advierte Sánchez León— es ineludible su reducción al espacio que habita, ya que «la historia —cita a Villar— no es tan solo interrelación de tiempos sino también de espacios» (405). Ha sido el citado historiador francés Pierre Vilar el último en requerir una más estrecha colabora-

ción entre la historia y la geografía. Contemplando el panorama de las tierras desde la intersección de las coordenadas histórico-geográficas, se hecha de ver las influencias que su configuración física ha tenido en su devenir histórico.

Lo que la naturaleza ha negado a nuestra tierra, agua abundante para fecundarla, lo escondió con largueza en sus entrañas. Su aspecto osco, a excepción de los raros paraísos de sus vegas, se ha visto compensado con la riqueza minera de Sierra Almagrera. La galena hojosa del Jaroso era rica en plata. «Lo que allí hay —dice Exquerra del Bayo mediado el siglo XIX— son criaderos en filones, de los cuales los cartagineses y romanos utilizaron los que asomaban su frente a la superficie, dejando para los actuales habitantes de España el trabajo de desentrañar los que estaban ocultos» (406). Cuarenta años después, los hermanos Siret, trabajando en aquella zona como ingenieros de minas, descubrían la antigüedad de las explotaciones. «Puede ser que Sidón y Tiro, Cartago y Roma hayan sacado de estas minas más provecho que los modernos; las reliquias gigantes de las explotaciones antiguas autorizan a formular esta hipótesis» (407).

Respecto a los minerales tratados por los antiguos en la tierra de Vera, a los arqueólogos no les cabe duda que la plata beneficiada en Almizaraque procedía del fabuloso criadero de las Herrerías, colina situada a 600 metros de distancia, explotada desde el III milenio a. C. El cobre debía proceder «de criaderos situados más arriba en la cuenca del río Almanzora, pero no puede asegurarse». Los minerales cuprosos tratados por los metalúrgicos de Parazuelos eran de la inmediata colina del Lomo de Beas (408). Las pepitas de oro con que se fabricaron las diademas encontradas en las sepulturas argáricas debieron recogerse en el Almanzora, arrastradas desde los aluviones de Arnuña o en las cercanías de este pueblo, donde Siret encontró veinte pequeñas pepitas (409). Sin duda fue la tierra de Vera la primera de Occidente que conoció el laboreo de los minerales y la metalurgia. Mediado el III milenio a. C. la fama de los yacimientos de plomo de nuestra tierra había llegado a Mesopotamia, donde se la comenzó a llamar Anaku-ki, «la tierra del plomo» (410). Los griegos llamarían, dos mil años después, a una ciudad fundada por ellos en el entorno de Villaricos Molybdana, «la ciudad del plomo». Al que descubrió el primer filón, probablemente en el Cabezo de las Herrerías, llamado Aretes, lo mitificaron los griegos y lo pusieron en su olimpo, no sin motivo, pues esos filones enriquecieron a los países ribereños del Mediterráneo durante tres mil años, los tres milenios anteriores a nuestra era.

«El origen de la metalurgia —dice Siret— se debe buscar fuera de Occidente y fuera del cobre. La distancia entre la piedra y el cobre occidental, puro o aleado con estaño, es muy grande para que el hombre haya podido franquearla sin una etapa intermedia o una intervención foránea. En Oriente no ocurre lo mismo, la prioridad es disputada al cobre por el plomo y la plata, metales más fáciles de descubrir» (411). Los primeros metalúrgicos peninsulares son inmigrantes, han venido de fuera con sus conocimientos. Así piensan también Almagro y Arribas (412). Pericot detecta el progreso de la metalurgia en nuestra tierra por la calidad de los hallazgos en los distintos poblados. Escorias de cobre en El Garcel, punzones y puntas de flecha en Parazuelos, hachas, cinceles y brazaletes en Campos, objetos de cobre y de bronce en El Argar (413). Maluquer ve tres etapas en el desarrollo de la metalurgia aquí, entre las que no encuentra solución de continuidad. La megalítica, durante la que se benefician el cobre y el oro; la argárica, con el beneficio de la plata y del plomo, y el endurecimiento del cobre mediante la adición de arsénico que se obtenía como subproducto en los mismos yacimientos; y la tartésica, con el verdadero bronce y el beneficio del hierro (414).

La metalurgia de Almizaraque se desarrolla a base del mineral del Cabezo de las Herrerías. Los primeros mineros cortaban el mineral metiendo cuñas de madera para partir las rocas (415). Los instrumentos más antiguos para estos menesteres encontrados hasta ahora

son un pico de asta de ciervo hallado en Lugarico Viejo y un martillo de ranura empleado para desbastar piedras, propio para trabajar en canteras y minas, encontrado en El Argar (416). Siret recogió en las ruinas de las casas de Almizaraque minerales, objetos y escorias que le llevan a hacer deducciones muy interesantes. Los habitantes de este poblado eran extranjeros y estaban dedicados a extraer la plata a los minerales cuprosos y argentíferos para exportarla (417).

Siret reconstruye el método utilizado por los primitivos metalúrgicos para obtener el cobre, el plomo y la plata. El plomo lo obtenían fácilmente pues funde a temperaturas que se obtienen con leña. El cobre necesita temperaturas muy altas —1.035 grados—, que no podían obtener, por lo que recurrían a medios rudimentarios. Reducían el mineral a pedacitos que mezclaban con carbon vegetal y sometían a fuego reductor; se producía una mata que contenía pequeñas partículas de cobre metálico, que sacaban o golpeando los trocitos o lavándolos; con las partículas así obtenidas hacían un lingote, del que hacían los instrumentos martilleándolos y dándoles la misma forma que tienen los de piedra (418). La plata la obtenían por copelación; se mantenía el plomo fundido en una cubeta plana llamada copela, el plomo se oxida y se elimina y queda la plata; el cobre necesita la ayuda del plomo que lo pone en oxidación (419). Hornos, crisoles y moldes se han encontrado en casi todas las estaciones eneolíticas y argáricas.

Los Siret pesaron los objetos de cobre, bronce, plata y oro que encontraron en las estaciones que excavaron en esta zona de Vera-Mazarrón. Los 1.280 útiles de cobre dieron un peso de 36 kilos y medio; los 625 objetos de bronce, 10.700 Kg; los 420 de plata, 2,50 Kg y los 10 de oro 138 gramos (420). Es la plata la que juega un papel vital en la cultura argárica y había de jugarlo importantísimo en las Guerras Púnicas, en la ocupación romana de España y en la financiación de las primeras etapas del imperio. Y precisamente la plata de Herrerías. «El milenario II —explica Martínez Santa-Olalla— es el de la plata por excelencia y de él, precisamente en su segunda mitad, es cuando este metal juega su papel más importante, tanto entre los aqueos de Micenas como entre los hititas o entre los egipcios. El metal es empleado en cantidades enormes y oro, plata, bronce sirven no solo para objetos de adorno y piezas artísticas, sino para la vajilla (aparte de las herramientas); su uso es tan intenso que toda la alfarería de este milenario es fundamentalmente, en sus formas y en su decoración (cuando existe) de inspiración y modelos metálicos. No solo las formas, sino la preparación de la superficie de las vasijas de barro se preparan para dar la impresión metálica, y de ello no son excepción (aún faltas de asas y pies) nuestras vasijas argáricas. La importancia del metal, la busca del cobre y sobre todo de la plata, de que no se poseen más que veneros poco importantes en Asia Menor (en sus montañas marginales), es la razón de la llegada de anatolios y su colonización de España, apoyada en la ocupación militar del país. La ruta de España, guardada celosamente, ha lanzado nuestro metal, la plata sobre todo, a las economías orientales con un márchamo minorasiático o egeo, que nunca dejó trascender su origen. La posibilidad de todo este proceso radica entre las fechas extremas 1400 y 1200. Su perduración española llena indudablemente todavía más o menos hasta el año 1000, posiblemente sólo el 1100. Sin embargo el proceso sigue y el comercio de la plata, cuando van a empezarse ya a explotar las minas de Laurion, pasa a manos de los fenicios, que van a ser los hombres de la plata» (420).

Antes que la metalurgia, la fuente de recursos naturales que caracterizan y sustentan las culturas neolíticas y metalúrgicas es la agricultura y la ganadería. Los poblados metalúrgicos más avanzados se procuran tierras fácilmente cultivables y con agua a mano. Los estudios edafológicos hechos en Los Millares han revelado que las condiciones del medio ambiente

debieron ser entonces similares a las actuales; el clima seco no fue interrumpido por temporadas húmedas y cálidas (422).

No tenemos noticias de las plantas cultivadas en nuestra tierra durante los milenios del Neolítico. Las muestras de cereales recogidas en nuestros poblados remontan su antigüedad al III a. C. Son *Triticum dicocum* y *Triticum compactum* recogidos en Almizaraque; *Triticum aestivum*, en Almizaraque, Lugarico Viejo y El Argar; trigo, sin estudio de especies ni variedades, en Fuente Vermeja; de cebada se cultivaban dos variedades: el *Hordeum vulgare hexastichum* y el *Hordeum sativum* L., ambas en Almizaraque y la segunda además en Lugarico Viejo y El Argar; de centeno, se han recogido muestras del *Secale cereale* en El Garcel (423). Dice Hopf que la combinación de *Triticum aestivum* L. y del *Hordeum vulgare* L. encontrada en Almizaraque no se conoce en ninguna otra parte del Viejo Mundo (424). El cultivo del *Triticum dicocum*, escanda, y del *Hordeum vulgare*, cebada, comenzó en el Oriente fértil, de donde se extendió en todas direcciones a partir del VII milenio a. C. (425).

De leguminosas, se han encontrado lentejas en el poblado de Campos, habas en El Garcel y Almizaraque, garbanzos y guisantes en El Argar (426). Huesos de aceitunas de olivos silvestres se han recogido en El Garcel, Los Millares y El Argar. Restos de madera y frutos de encina han aparecido en El Argar, Fuente Alamo y Lugarico Viejo (427), de álamo y haya en Almizaraque (428) (428). Restos de tejido de lino se han encontrado en Almizaraque y tallos, semillas y frutos, en El Argar; se ha comprobado la existencia de esparto en Almizaraque, Campos, Lugarico Viejo, Fuente Vermeja y El Argar (429).

La mayor parte de las especies vegetales citadas fueron recogidas por Siret. «Gracias al cuidado exquisito puesto por Luis Siret en sus excavaciones del poblado del Cabezo de Almizaraque... se ha podido disponer de toda una serie de semillas, ramas y maderas carbonizadas, que han permitido por vez primera en España, gracias a los estudios del profesor Fritz Netolitzki, tener una serie de especies vegetales identificadas y de cronología definida, con las cuales empezar la historia verídica de la agricultura prehistórica española...» (430).

Para realizar estos cultivos parece que se utilizaron poco las azadas; más parece haberse usado los picos hechos con astas de ciervo (431), instrumentos usados también en minería. Las azadas de piedra se enmangaban en palos. No se conocieron los arados. Como hoces se usaron los cuchillos largos de sílex y dientes de sílex incrustados en mangos de madera. Para moler los granos se usaron molinos y moletas de piedra dura, de los que se han encontrado en todos los poblados (431).

En cuanto a la fauna, huesos de cabra han aparecido en Campos, El Argar, Parazuelos y Zapata (432), de conejo en Campos, El Argar, Parazuelos, Ifre (433), de caballo en Campos y Fuente Alamo (434), de perro, en Fuente Alamo, Parazuelos, Ifre y Zapata (435), de jabalí, en Campos, Fuente Alamo, Zapata, Ifre (436), de ciervo, en todas las comarcas almerienses hasta llegar a convertirse en un totem.

Siret afirma que en el Eneolítico, III milenio a. C., existieron unas relaciones comerciales entre nuestra tierra y los pueblos de Oriente, comercio que atribuye a los «fenicios» u orientales, y que se atenúa hasta desaparecer en la etapa argárica. Todo esto se ha discutido mucho. Los ídolos o amuletos egeos, las cuentas de callais egeoanatólicas y egipcias, los brazaletes y anillos de conchas, las agujas de hueso de cabeza torneada, el sílex agatoide y el ámbar pudieron ser el precio pagado por los metalúrgicos por el oro y la plata que se llevaban. El puerto de exportación pudo estar durante los milenios III y II a. C. más cerca de Almizaraque que lo está ahora Villaricos, si la mar avanzaba algunos kilómetros por el estuario del Almanzora. La faceta comercial de aquella economía es la peor conocida.

Inquietudes religiosas de los hombres prehistóricos.— Para orientarse en el ancho mun-

do espiritual, el hombre dispone solamente de los sentidos, sumamente falibles en este campo, por lo que, perdido aquel primer contacto con Dios, su creador, de que nos habla la Biblia, es lógico que buscara protección en el medio material —geográfico, animal y vegetal— en que se desenvolvía, lo que dio lugar al totemismo, o en los hombres más poderosos —brujos, curanderos, chamanes— con quienes se relacionaba (437). Sus necesidades materiales y sus esperanzas y miedos le empujaban por un mundo cada vez más tenebroso.

Un esquema de lo que sabemos de las ideas y prácticas religiosas de los hombres de las distintas épocas prehistóricas podría ser el siguiente: del hombre cuaternario quedan en las cuevas pinturas de animales que nos descubren ritos de caza; del hombre del Mesolítico, no queda nada; de los ganaderos y agricultores neolíticos, pinturas rupestres y decoraciones cerámicas en las que se ponen de manifiesto ritos de fecundidad, que denuncian su preocupación por la producción de sus tierras y de sus animales y por el crecimiento de su familia; de los metalúrgicos, los ídolos y amuletos que llevaban consigo. Con estos elementos tratamos de adivinar las inquietudes espirituales de aquellos hombres.

Las pocas tumbas de los largos milenios del Cuaternario, que han llegado a nosotros, demuestran que los neandertalenses hacían objeto de cuidados diversos a los muertos, por lo que debían creer en su supervivencia (438). Las prácticas funerarias, los colorantes para pintar los huesos, los fósiles y las conchas depositados con los cadáveres, ponen de manifiesto la existencia de un culto religioso (439). La inhumación es práctica común de todos los paleolíticos, neandertalenses y cromañones. No hay pruebas de que la antropofagia tuviera carácter religioso (440). Sí, de un culto al cráneo, colocado en lugares aparte o utilizado como vaso ritual (441). Es difícil interpretar el motivo que determinó separar un cráneo de su cuerpo y ponerlo aparte; puede tratarse de cráneos como trofeos de guerra y usados como objetos de culto (442). De todos modos, esta manipulación de cráneos humanos demuestra que el hombre cuaternario creía que en el cráneo residía el espíritu vital del individuo (443). En las cuevas de la Zájara, el Serrón y los Murciélagos, las únicas de las tierra de Vera habitadas en aquellos tiempos, no han aparecido ni vestigios de todo esto.

Es incierto el momento de la arribada a nuestras costas de los primeros navegantes orientales. Asimismo es totalmente desconocido el punto exacto de su procedencia. Siret lo sitúa en el poblado más antiguo Hissarlik, el antecedente de Troya, pues tanto en este poblado como en los más antiguos de nuestra tierra se han encontrado los mismos objetos que pudieran tener significado y uso religioso: fusaïolas, brazaletes de piedra e ídolos en forma de violón (444). Maluquer supone que aquellos hombres creían en la eternidad presidida por una fuerza sobrenatural, representada por una divinidad femenina, señora del universo, del día y de la noche, dueña de la vida y de la muerte, principio vital eterno. Estas ideas religiosas llegaron a nuestras costas en las frágiles navecillas de los navegantes egeos que precedieron a los troyanos en su solar (445).

Las fusaïolas, pequeñas esferas de barro cocido, con o sin decoración, pudieron tener un sentido religioso, ser símbolos solares. Siret recogió muchas en los poblados neolíticos de nuestra tierra, están sin decorar y desaparecen de los poblados de las etapas posteriores. El mismo simbolismo pudieron tener los brazaletes o aros de piedra (446).

Otro objeto de significado religioso pudieron ser las conchas de moluscos que se encuentran con frecuencia en poblados y sepulturas. Gómez-Tabanera les supone los siguientes usos: monedas en juegos de azar e intercambios, distintivos u objetos mágicos, objetos de ceremonias y ritos religiosos; formando collares y brazaletes, amuletos contra las enfermedades; puestas en las sepulturas, símbolos del poder vital para asegurar la resurrección; llevadas como colgantes por las mujeres estériles, vírgenes y grávidas, remedio de la esterilidad o seguro de fecundidad (447).

El tipo más antiguo, más simple y menos evolucionado de los ídolo-placa es el llamado, por su forma «caja de violín». Son placas o guijarros de perfil plano, ovalados, con dos escotaduras, más o menos acusadas, para diferenciar la parte superior del resto. Presentan dos variantes: unos tienen las escotaduras en el centro y otros, en el tercio extremo. Son de piedra caliza o de pizarra. su tamaño oscila entre los dos y los siete centímetros. Son propios de los yacimientos neolíticos almerienses (448). Siret encontró varios, con la escotadura en el centro, en El Garcel y El Arteal (Cuevas del Almanzora), quiere reconocer en ellos la antropomorfización del hacha divinizada y de la azuela, y les atribuye origen oriental, Hissarlik (449). Arribas dice que han aparecido también en La Pernera y en sepulturas de Purchena, Fines y Tabernas (450). María José Almagro acusa el hallazgo de dos en la cueva de la Zájara, que son de V milenio a. C. pero que llegaron después y perduran hasta la etapa argárica; les encuentra paralelos orientales en Marsin, Kirokitia, Ilinto y Troya I, II, III y VI (451).

Con la llegada de los primeros prospectores de metales aumenta la colocación de ídolos y amuletos en las sepulturas, los motivos ornamentales de los objetos y vasos cerámicos se extienden a las pinturas parietales y perduran en la decoración de los huevos de avestruz de Villaricos. Son elementos de un complejo cultural interesantísimo en el que han trabajado desde Siret hasta Pilar Acosta.

Los ídolos y amuletos son de piedra, hueso, marfil, arcilla, muy abundantes y de formas variadísimas, decorados y sin decorar. Son, en su mayor parte, creaciones de la cultura megalítica, cuyos hombres son religiosos hasta el extremo «que crearon para satisfacer sus inquietudes espirituales toda una tipología muy diversa y abundante de ídolos, los cuales en esencia siempre vienen a representar una misma divinidad o dios superior, señora de la vida y de la muerte, de la fecundidad y de la resurrección, divinidad que en las culturas orientales llaman «Gran Diosa Madre» (452). Se simboliza en motivos muy diversos: triángulos, ondas, ciervos, árboles, figuras femeninas, placas. Se podrían clasificar en una docena de grupos (453). Tienen sus paralelos más notables en los países ribereños del Egeo; en los poblados de Troya, I, II, III y VI, en las Cícladas, Creta y Chipre (454). Fueron utilizados como ofrenda, abundantes y frecuentes, en las sepulturas megalíticas tipo Millares, ritos funerarios que encuentran su réplica en las ofrendas funerarias minoicas y heládicas antiguas (455). Al pasar de la cultura de Los Millares a la de El Argar, desaparecen de los ajueres de las sepulturas los ídolos y amuletos, fenómeno que Siret atribuye al cambio de dominadores (456) y Dechelette a una evolución de las ideas religiosas (457).

El primer objeto de carácter religioso en que nos detenemos es el betilo, que aparece colocado en el atrio de las sepulturas megalíticas. Es una columna alargada, troncocónica, con la punta redondeada o en forma de bola. Suelen ser de piedras duras como el mármol, finas como el cristal de roca, y de arcilla. Su tamaño está entre los 16 y los 60 centímetros. Se les decoraba con la técnica del decorado o se les dejaba sin decorar. Representan el culto a una divinidad de significado diverso y difícil de concretar, relacionada con atributos de la fecundidad. Aparecieron 42 en los extremos de una plataforma cuadrada abierta ante la sepultura 4 del Llano del Manzano (Mojácar) y cinco en un recinto circular de la sepultura del Cabecico de Aguilar (Mojácar) (458).

Siret describe unas pequeñas estatuas de piedra en forma de tronco de pirámide alargado, sección triangular, con una ranura en la punta, de las que dice haber hallado 10 ejemplares de alabastro gris en el poblado de Almizaraque (459). Otras parecen azuelas de fibrolita.

Los ídolos-placa son unas placas de esquisto, talco, mármol o alabastro, que tienen la forma de una cruz cuyo brazo superior fuese un hacha pulimentada y el inferior, un puño redondo, tendiendo los horizontales a levantarse; Siret encontró uno de esquisto en La Pernera y uno de alabastro en El Arteal; les encuentra parecido con ídolos de Hissarlik, Micenas y Creta (460).

Los ídolos cruciformes son unas placas de piedra o de hueso, de perfil plano, alargadas, con sendos apéndices laterales que las asemeja a una cruz, de las que se han encontrado hasta siete variantes según la forma de los apéndices. En tierra de Vera se han encontrado de la variante primera, que tiene los apéndices laterales cortos y hacia arriba, unos ejemplares en una cista de La Pernera y otros en El Arteal (461).

Los amuletos de hueso, planos, son de varios tipos: con dos escotaduras laterales o con dos o más triangulares; estos últimos se presentan también en mármol y se reproducen en pinturas rupestres esquemáticas. En forma de tres triángulos han aparecido en sepulturas de Almizaraque. En El Argar se recogió uno terminado en punta, plano, con la cabeza redondeada, perforado y con dos pares de escotaduras. En Campos se recogió otro alargado y plano, con escotaduras y el cuello estrecho y alargado. Arribas les encuentra paralelos en Troya I, II y IV y en Biblos XVII (462).

En El Oficio Siret descubrió una construcción de tierra adosada a un muro, que se parecía a un altar, con las alas recrecidas como cuernos. Dechelette lo relaciona con los altares cretenses surmontados por cuernos sagrados (463). Maringer le encuentra la réplica en los de Creta, Chipre —altar con cuernos de Cnosos—, Egipto, Norte de Sicilia y cuenca del Danubio. En Oriente se asocia al toro con la gran diosa de la fecundidad y es su pareja, simboliza el principio viril de la fecundación y de la fuerza indomable. Eco tardío de este culto es el mito del rapto de Europa por Zeus convertido en toro (464). Kühn supone que los cuernos de los toros, animal sagrado en el círculo mediterráneo, adquirieron su trascendencia por su semejanza con los de la luna, pues las divinidades con cuernos fueron principalmente dioses lunares (465). Conrad, que parece ser el último estudioso del tema, dedica un capítulo a estudiar la relación que pudiera haber entre la actual fiesta de toros española y aquellos cultos de la antigüedad (466).

Entre la media docena de piezas más interesantes que recogió Siret destaca una plaquita de marfil en forma de suela de sandalia, con sencilla decoración geométrica, procedente de un dolmen de Almizaraque. Han aparecido otras en Los Millares y en Estoril (Portugal). Se las sitúa, cronológicamente en la etapa de transición de Los Millares a El Argar. Tienen un paralelo oriental en otra encontrada en una sepultura de Kerma (Egipto), XII dinastía, fechada en el año 2000 a. C. (467). Pudiera ser un exvoto.

Otros ídolos o amuletos se hicieron con huesos largos de óvidos, bóvidos y équidos, en los que se han pintado diversos motivos, con frecuencia los ojos. Cuenta Siret que los trece huesos que recogió en Almizaraque, aparecieron en el fondo de una vivienda, parcialmente calcinados pues la casa había sido destruida por un incendio. Explica el modo de decorarlos. Cubrían la superficie del hueso con una mezcla de resina y cera, sobre la que trazaban el dibujo con un objeto puntiagudo que penetraba hasta el hueso y atacaban el dibujo con un agua corrosiva; terminada la operación, quitaban la capa de barniz y cera. Que el dibujo de uno de los huesos de Almizaraque estuviera sin terminar demuestra que la casa en que se encontraron era un taller (468).

Siret encontró 200 falanges de animales, principalmente de caballos pequeños y de asnos, en 50 sepulturas y 50 en casas de diversos yacimientos de la provincia de Almería, algunas en el Cabecico de Aguilar, Llano de las Eras (Zurgena) y Almizaraque. La mayor parte están trabajadas por el hombre y algunas decoradas con pinturas y grabados. Uno de los ejemplares más completos lo encontró en una casa de Almizaraque (469). Algunos tienen grabado el triángulo sexual y tatuaje facial. Uno de los de Almizaraque presenta en ocre, alrededor de la parte superior, dibujadas cejas, ojos y tatuaje facial, y en la parte posterior seis líneas horizontales de ondas que representan el pelo (470).

Dechelette relaciona con los huesos de animales pintados o grabados, los ídolos-placa hechos de lajas planas de pizarra, piedra arenisca, calcárea, diorita, placas de cerámica y láminas de hueso. Tienen de cuatro a veinticuatro centímetros de largo. Se les agrupa en seis variedades según la materia de que están hechos y la decoración, hecha con una punta dura. Parecen corresponder a las paletas del Egipto prefaraónico (471). Aunque tanto estas placas como los cayados o báculos están muy relacionados con otros objetos aparecidos en tierra de Vera, y han aparecido en otros lugares de la provincia, aquí no se han encontrado.

Una de las manifestaciones religiosas más extendidas durante el Neolítico y la Edad de los Metales son los símbolos y cultos de la fecundidad. «La representación de la fecundidad —dice Kühn— se encuentra al comienzo de toda experiencia religiosa; pero entre los agricultores se asocia esta idea a la mujer, a la «Magna Mater», y en forma simbólica se expresa esta representación en el matriarcado, en el ídolo de la madre, y más tarde, en una cadena de ideas místicas que asocian entre sí estos objetos: mujer, tierra, agua, serpiente, luna, toro» (472). Siret trata de explicar en este sentido las líneas en espiral, en zig-zag, el arco iris, el árbol, la palmera, el ciervo, el pulpo, el hacha y el triángulo (473). En la casa n.º 1 del poblado de Almizaraque, Siret encontró una figura antropomórfica de pizarra negra grisácea, que representa un cuerpo humano de cintura abajo, tiene dibujado y relleno de puntos el triángulo sexual, y al dorso, en la cintura, cuatro líneas horizontales entre dos paralelas (474). Siret dice que esta figura tiene las piernas bien marcadas e incluso indicios de los pies y que es de alabastro gris, en lo que difiere de M.^a J. Almagro que dice que es de esquisto (475). En la sepultura del Cabecico de Aguilar de Cuartillas aparecieron dos ídolos-falange con el triángulo sexual marcado, uno con el triángulo en posición normal (476) y el otro con el vértice hacia abajo (477). «Estos signos simbólicos —explica Kühn refiriéndose a los triángulos— corresponden a los grabados de la época megalítica y señalan el camino colonial de los propagadores de esta cultura» (478).

Las más impresionantes de las representaciones simbólicas son las pinturas parietales, seminaturalistas y esquemáticas. Siendo tan abundantes, sobre todo las esquematizadas, en el hinterland de la tierra de Vera, es decir, en la comarca de los Vélez, hasta el punto de reunir el conjunto más copioso e importante del Sudeste, con 20 abrigos y más de 300 figuras, no aparece ni una en la tierra de Vera. Los abrigos rocos con pinturas rupestres más próximos son los tres de las Piedras de la Cera (Lubrín) con 16 figuras. Lo mismo se ha de decir de los grabados rupestres; los pocos que hay en nuestra provincia se concentran en el término de Tahal.

Hemos contemplado la peripecia del hombre en la tierra de Vera desde los neandertalenses de la cueva de la Zájara hasta los «metalúrgicos» de El Argar. Son éstos los que mezclan y unen los diversos elementos étnicos y reciben a los colonizadores históricos.

NOTAS

- (1) H. ET L. SIRET. «Las primeras edades del metal en el Sudeste de España». (1890), pág. 1.
- (2) R. OTERO PEDRAYO. «Geografía de España», IV (1956), pág. 156.
- (3) R. OTERO PEDRAYO. Ob. cit. I, pág. 68.
- (4) ARCH. HCHO. PCIAL. ALMERÍA. «Libro de Apeos y Población de Almería», fol. 13.
- (5) R. OTERO PEDRAYO. Ob. cit. pág. 162.
- (6) R. OTERO PEDRAYO. Ob. cit. pág. 157; I, pág. 98.
- (7) D.A. CASANOVA. «El Almanzora», (1963), pág. 6.
- (8) R. OTERO PEDRAYO. Ob. cit. IV, pág. 157.
- (9) «Atlas Aguilar» (1961), pág. 389.
- (10) SIMANCAS, «Cámara de Castilla», 4ª serie, leg. 2.201 s.f.
- (11) H. ET SIRET. Ob. cit., pág. 1.
- (12) J. GODOY. «Bosquejo geológico-histórico de la actual provincia de Almería», RSEA, IV (1913), pág. 51.
- (13) J. GODOY. Ob. cit. IV, pág. 81; V (1914), págs. 19-22.
- (14) J. GODOY. Ob. cit. V, pág. 74, nota 1.
- (15) J. GODOY. Ob. cit. V, pág. 17.
- (16) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. «Características geográfico-geológicas del solar hispano». HEMP, I (1947), pág. 38.
- (17) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. págs. 40-41.
- (18) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. pág. 45.
- (19) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. pág. 40-41.
- (20) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. pág. 44.
- (21) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. pág. 87.
- (22) R. OTERO PEDRAYO. Ob. cit. IV, pág. 160.
- (23) E. Y F. HERNANDEZ PACHECO. Ob. cit. págs. 50-1.
- (24) C. SANCHEZ ALBORNOZ. «España, un enigma histórico», (1962), pág. 349.
- (25) L. SIRET. «Questions de Chronologia et d'Ethnographie iberiques», (1913), pág. 5.
- (26) J. SAN VALERO. «Perspectiva actual de la Historia primitiva de España», (1956), pág. 43.
- (27) M. ALMAGRO. «Origen y formación del pueblo hispano», (1958), págs. 4-12.
- (28) F. HENRIQUEZ DE LA JORQUERA. «Anales de Granada», I (1934), pág. 191.
- (29) G. P. ORBANEJA. «Vida de San Indalecio y Almería Ilustrada», (1699), pág. 39.
- (30) J. CASTRO Y OROZCO. «Examen de las antigüedades de Sierra Elvira», II (1865), pág. 81.
- (31) P. GWYNNE. «La Humanidad en busca de su pasado», ABC (Madrid), 30-7-1978.
- (32) M. ALMAGRO. «El paleolítico español», HEMP, I, 1º (1947), págs. 247-251.
- (33) F. HERNANDEZ PACHECO. «La Península Hispánica al final de los tiempos terciarios y durante el Pleistoceno», HEMP, I, 1º (1947), pág. 87.
- (34) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 257; L. PERICOT. «Historia social de la España antigua», HEVV, I (1961), págs. 34-40; J. MARINGER. «Los dioses de la Prehistoria», (1962), pág. 31.
- (35) M. ALMAGRO. «Arte prehistórico», AH, I, (1947), pág. 13.

- (36) M. ALMAGRO. «El Paleolítico...», pág. 261.
- (37) H. OBERMAIER Y OTROS. «El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad», (1955), pág. 62.
- (38) C. KNIGHT. «El hombre prehistórico», (1951), págs. 23, 81.
- (39) H. OBERMAIER Y OTROS. Ob. cit. pág. 62; M. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 287-291.
- (40) L. SIRET. «Clasification du Paleolithique dans le sud-est de l'Espagne», 15 CIAAP (1931), pág. 288.
- (41) L. PERICOT. «Sobre el problema de las relaciones preneolíticas entre España y Marruecos», 1 CAME (1954), pág. 61.
- (42) L. SIRET. Ob. cit. pág. 287.
- (43) L. SIRET. Ob. cit. pág. 289.
- (44) J. LACACER. «Catálogo de la Colección Federico Motos en el Museo de Prehistoria de Valencia», (1972), págs. 32, 36; L. SIRET. «L'Espagne prehistorique», RQS, XXXIV (1893), pág. 501, figs. 31, 35; ID., «Clasification...», pág. 292; J. CUADRADO. «Algunos yacimientos prehistóricos de la zona Totana-Lorca», 3 CASE (1947), págs. 47-8; A. ARRIBAS. «Panorama de la Arqueología de la provincia de Jaén», 12 CNA (1973), pág. 11; M. C. BOTELLA. «El cazadero achelense de la solana del Zamborino (Granada)», 13 CNA (1975), págs. 173-183.
- (45) J. CARO BAROJA. «Los pueblos de España», (1946), pág. 19; J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Esquema paleontológico de la Península Ibérica», (1946), págs. 41-4.
- (46) H. KÜHN. «El arte rupestre en Europa», (1957), pág. 30.
- (47) M. ALMAGRO. «Prehistoria», HUEC, I, (1960), pág. 399.
- (48) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 401.
- (49) J. CAMON AZNAR. «Las artes y los pueblos de la España primitiva», (1954), pág. 54.
- (50) A. ALMAGRO. «Arte...», págs. 13-4.
- (51) M. ALMAGRO. «El Paleolítico...», págs. 327-331.
- (52) H. OBERMAIER Y OTROS. Ob. cit. pág. 40.
- (53) E. RIPOLL. «El arte rupestre», 1 SPPI (1959-1960), págs. 28-9.
- (54) L. PERICOT. «El Paleolítico Superior del Sudeste», 1 CNA (1949), pág. 58; ID., «La provincia mediterránea del Paleolítico Superior», 5 CNA (1957), pág. 46.
- (55) L. SIRET. «L'Espagne prehistorique...», págs. 489-562; ID. «Clasificatio...», págs. 287-294.
- (56) L. PERICOT. «El Paleolítico...», pág. 58.
- (57) L. SIRET. Ob. cit. págs. 288-9.
- (58) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 333, nota 18.
- (59) L. SIRET. «L'Espagne...», págs. 491-2.
- (60) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 215.
- (61) L. SIRET. «Clasification...», págs. 290-2.
- (62) F. JORDA. «La España de los tiempos paleolíticos», RE (1967), págs. 5-6.
- (63) L. SIRET. «L'Espagne...», pág. 503, fig. 41.
- (64) M. ALMAGRO, Ob. cit. pág. 325.
- (65) M. FLORES GONZALEZ. «Cuevas de Almazora en la última Exposición Internacional de Barcelona», (1930), pág. 5.
- (66) J. MARINGER. Ob. cit. pág. 167.
- (67) J. SAN VALERO. «La Península Hispánica en el mundo neolítico», (1948), págs. 5-6.
- (68) J. SAN VALERO. «El Neolítico español y sus relaciones», CHP, I (1946), pág. 6.
- (69) P. BOSCH GIMPERA. «Los antiguos iberos y su origen», (1928), págs. 8-9.
- (70) L. PERICOT Y M. TARRADELL. «Manual de Prehistoria Africana», (1962), págs. 133-140.
- (71) L. PERICOT. «La provincia...», pág. 45.
- (72) M. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 397, 423.
- (73) M. ALMAGRO. «Los problemas del Epipaleolítico y del Mesolítico en España», Ampurias, IV (1944), pág. 10.
- (74) E. JIMENEZ NAVARRO. «Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería)», 7 CNA, págs. 117-8.
- (75) O. MENGHIND. «Egipto y la Península Hispánica». CESEAP, I (1941), pág. 167.
- (76) J. SAN VALERO. Ob. cit. pág. 6.
- (77) M. ESCOTELL. «Breves notas sobre cerámica primitiva en España», HCM (1961-2), pág. 289.
- (78) M. PELLICER. «Las civilizaciones neolíticas hispanas», RE (1967), págs. 27-8.
- (79) L. SIRET. «L'Espagne...», págs. 507-515; ID. «Origenes de la civilisation neolithique», 13 CIAAP, II (1906), pág. 6; ID. «Questions...», pág. 13.
- (80) J. SAN VALERO. Ob. cit. págs. 7-9; ID. «La Península...», pág. 32.
- (81) E. PLA BALLESTA. «Algunos datos para la cronología absoluta de la prehistoria valenciana», 9 CNA (1965), págs. 84-5.
- (82) J. SAN VALERO. «Perspectiva...», pág. 13.
- (83) F. JORDA. «Notas sobre los comienzos del neolítico en nuestra Península», Archivium, III (1953), págs. 259-260.
- (84) L. PERICOT. «Sobre algunos objetos de ornato del Eneolítico del Este de España», ACABA, III (1936), pág. 148.

- (85) M. HOPF. «Triticum monococcum L. y Triticum dicoccum Schii en el Neolítico antiguo español», APL, XI (1966), pág. 71.
- (86) O. MENGHIND. Ob. cit. págs. 170-3.
- (87) J. SAN VALERO. Ob. cit. págs. 24-5.
- (88) J. SAN VALERO. Ob. cit. págs. 26-7.
- (89) J. MALUQUER. «Tartessos», (1979), pág. 22.
- (90) P. BOSCH GIMPERA. «La arqueología prerromana hispánica», (1920); ID. «Etnología de la Península Ibérica», (1932); ID. «El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España», (1944).
- (91) P. BOSCH GIMPERA. «Problemas de las civilizaciones del Neo-eneolítico occidental y de su cronología», 4 CICPP, (1954-5), págs. 643-655.
- (92) P. BOSCH GIMPERA. «Los problemas del Neo-eneolítico peninsular y el simposio de 1959», Zephyrus, XII (1961), pág. 44; ID. «La significación del Neolítico circummediterráneo», Pyrenae, I (1965), págs. 1-48.
- (93) P. BOSCH GIMPERA. «Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas», RG, (1966), págs. 250-306; ID. «Civilisation megalithique portugaise et civilisations espagnoles», L'Anthropologie, 71 (1967), págs. 1-48.
- (94) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. págs. 55-6.
- (95) L. SIRET. «Essai sur la Chronologie protohistorique de l'Espagne», RA, 4.^a, X (1907), pág. 373.
- (96) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 35.
- (97) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 36-7.
- (98) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 40.
- (99) P. BOSCH GIMPERA. «La arqueología...», pág. 162.
- (100) M. PELLICER. «Las civilizaciones...», pág. 38.
- (101) M. ALMAGRO. «El poblado de Almizaraque de Herrerías (Almería)», 6 CISPP (1965), pág. 379.
- (102) L. SIRET. «Questions...», pág. 24.
- (103) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 7-10.
- (104) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 9-14.
- (105) M. ALMAGRO. Sobre Henri Breuil: «Les peintures squematiques de la Península Iberique», AJNL (1935), pág. 273.
- (106) M. ALMAGRO. «Los pequeños "tranchets" y puntas de flechas de filo transversal de los talleres de sílex del Bajo Priorato (provincia de Tarragona)», Atlantis, XVI (1941), págs. 106-7.
- (107) A. DEL CASTILLO. «El Neoneolítico», HEMP, I, 1.^o (1947), pág. 506.
- (108) S. NAVARRETE. «La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental», (1976), págs. 27-30.
- (109) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 508.
- (110) S. NAVARRETE. Ob. cit. págs. 33-4.
- (111) P. BOSCH GIMPERA. «La cultura de las Cuevas en Africa y en España y sus relaciones», 1 CAME (1953-4), pág. 143.
- (112) P. BOSCH GIMPERA. «Los antiguos iberos...», pág. 7.
- (113) P. BOSCH GIMPERA. «Cultura megalítica...», págs. 251-2.
- (114) M. TARRADELL. Problemas neolíticos», 1 SPPI (1959-1960), págs. 53-4.
- (115) P. BOSCH GIMPERA. «Civilisation...» pág. 71.
- (116) P. BOSCH GIMPERA. «La cultura de Almería», Pyrenae, 5 (1969), págs. 49-50.
- (117) P. BOSCH GIMPERA. «Civilisation...», pág. 71.
- (118) C. OLARÍA. «La cueva de los Botijos y de la Zorrera de Benalmádena (Málaga)», 13 CNA (1975), pág. 275.
- (119) O. GIL FARRÉS. «Hacia una sistematización de la Edad del Bronce en la España mediterránea», 6 CASE (1950-1), págs. 84-6.
- (120) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. «El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)», (1963), pág. 200.
- (121) A. ARRIBAS. «La Edad del Bronce en la Península Ibérica», RE (1967), págs. 90-1.
- (122) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 582.
- (123) P. BOSCH GIMPERA. «La prehistoria de los iberos y la etnología vasca», RIEV, (1925), págs. 14-6; ID. «Los iberos», CHE, 9 (1948), págs. 5-6; ID. «Los antiguos iberos...», pág. 8; ID. «El poblamiento...», págs. 68-70; «Los problemas del neo-eneolítico...», pág. 51.
- (124) P. BOSCH GIMPERA. «Los antiguos iberos...», pág. 7; ID. «El poblamiento...», pág. 68.
- (125) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 68.
- (126) P. BOSCH GIMPERA. «Etnología...», pág. 145.
- (127) P. BOSCH GIMPERA. «Los problemas...», pág. 52; ID. «La cultura de Almería», págs. 68-83.
- (128) M. PELLICER. «Las civilizaciones...», pág. 39.
- (129) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 523; P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. págs. 52-3.
- (130) M. ALMAGRO. «Prehistoria», pág. 630.
- (131) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 3.
- (132) G. GOSSE. «Aljoroque, estación neolítica inicial de la provincia de Almería», Ampurias, III (1941), pág. 64.

- (133) L. SIRET. «Caracteres industriales del neolítico y eneolítico en el sur de la Península Ibérica», 15 CIAAP (1930-1), pág. 1.
- (134) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 4.
- (135) G. GOSSE. Ob. cit. pág. 82.
- (136) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 3-6.
- (137) L. SIRET. Ob. cit. págs. 1-5.
- (138) P. BOSCH GIMPERA. «La Arqueología...», pág. 160.
- (139) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 218.
- (140) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 160.
- (141) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 7-10.
- (142) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 15-6.
- (143) B. BERDICHEWSKY. «Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico», (1964), págs. 14, 140-3, 209.
- (144) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (145) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 528.
- (146) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 31-4.
- (147) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 29-30.
- (148) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 527.
- (149) M^a J. ALMAGRO. «Los ídolos del Bronce I Hispano», pág. 162.
- (150) M. TARRADELL. «Sobre la delimitación geográfica de la cultura del Argar», 2 CASE (1946-7), pág. 142.
- (151) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 701.
- (152) M. ALMAGRO. «Arte...», pág. 112.
- (153) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Orígenes anatólicos egeos y orientales del bronce mediterráneo hispánico», ELB (1947), pág. 132, nota 40.
- (154) D. FLETCHER. «Nuevos datos sobre las relaciones neolíticas entre las costas españolas y el Mediterráneo oriental», HBG (1963), págs. 167-172.
- (155) A. ARRIBAS. «El sepulcro megalítico del Cabecico de Aguilar de Cuartillas», (Mojácar, Almería), Ampurias, XVII-XVIII (1955), pág. 220).
- (156) A. DEL CASTILLO. «La cerámica incisa de la cultura de las Cuevas de la Península Ibérica y el problema del origen de la especie del vaso campaniforme», (1922), pág. 5.
- (157) M. GOMEZ-MORENO. «La cerámica primitiva ibérica», Miscelánea (1949), págs. 95-6.
- (158) J. SAN VALERO. «El Neolítico y la Península Ibérica», HJMSO III (1948), págs. 142-3.
- (159) J. MALUQUER. «El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares», Zephyrus, VI (1955), pág. 165.
- (160) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 3.
- (161) A. DEL CASTILLO. «El Neoeolítico», pág. 636.
- (162) P. BOSCH GIMPERA. «Problemas de las civilizaciones...», págs. 653-4.
- (163) M. ALMAGRO. «Arte...», pág. 113; ID. «Prehistoria», págs. 701-9; ID. «Origen...», págs. 69-73.
- (164) P. BOSCH GIMPERA. «La arqueología...», pág. 164.
- (165) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. págs. 636-7; ID. «Cronología de la cultura del vaso campaniforme en la Península Ibérica», AEA, XVI (1943), pág. 417.
- (166) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 211.
- (167) F. KALB. «Arquitectura de las colonias del Bronce I», 13 CNA (1975), págs. 383.
- (168) J. DECHELETTE. «Essai sur la chronologie préhistorique de la Península Iberique», RA, 4^a, XII (1908), pág. 253.
- (169) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 168.
- (170) L. SIRET. «Religions neolithique de l'iberie», RP, (1908), pág. 194.
- (171) A. DEL CASTILLO. «El Neoeolítico», págs. 570-1.
- (172) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 547.
- (173) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. págs. 128-9.
- (174) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 547.
- (175) P. BOSCH GIMPERA. «Relaciones prehistóricas mediterráneas», AA, IV, págs. 95-6.
- (176) L. SIRET. «Questions...», paxim.
- (177) M. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 61-8.
- (178) G. SCHULE. «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo», 11 CNA (1970), pág. 455.
- (179) P. BOSCH GIMPERA. «Los pueblos primitivos de España», RO, IX (1925), pág. 188.
- (180) P. BOSCH GIMPERA. «Tartessos, fenicios y griegos», AA (1972), pág. 226.
- (181) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 559.
- (182) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 240.
- (183) L. SIRET. «La dama de l'erable», L'Anthropologie, (1920), pág. 257.
- (184) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 562.

- (185) P. BOSCH GIMPERA. «Etnología...», págs. 80-92; ID. «El poblamiento...» pág. 81; ID. «Problemas de las civilizaciones...» págs. 657-8; ID. «La significación...», pág. 28; ID. «Civilisation...», pág. 21.
- (186) M. ALMAGRO. «Elementos para la cronología absoluta del Bronce I en la Península Ibérica», 1 CNAL (1960); ID. «Las investigaciones de los Leisner sobre la Cultura Megalítica Hispánica», AP, II (1952), pág. 194.
- (187) M^a J. ALMAGRO. «El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)», (1973), págs. 191-9.
- (188) L. SIRET. «Origenes...», pág. 12.
- (189) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (190) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (191) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 53-63.
- (192) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (193) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 71-3.
- (194) M^a J. ALMAGRO. «Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque», (1965), págs. 21-48.
- (195) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (196) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 53-63.
- (197) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (198) L. SIRET. «Questions...», pág. 85.
- (199) L. SIRET. «Les Casiterides et l'empire colonial des Phenices», L'Anthropologie XX (1909), pág. 138.
- (200) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 561.
- (201) A. ARRIBAS. «Museo Arqueológico de Almería», MMAP, XIV (1953), pág. 76.
- (202) L. SIRET. «Origenes...», págs. 16-8.
- (203) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 86.
- (204) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (205) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 53-63.
- (206) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 63-4.
- (207) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 64-5.
- (208) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 65.
- (209) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 71-5.
- (210) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (211) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 210.
- (212) H. SCHUBART. «Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar», Zephyrus, XXVI-XXVII (1976), págs. 337-8.
- (213) L. SIRET. «Questions...», pág. 19.
- (214) M^a J. ALMAGRO. «Los ídolos...», pág. 339.
- (215) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 559.
- (216) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 88.
- (217) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 53-63.
- (218) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 71-5.
- (219) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (220) L. SIRET. «Questions...», págs. 72-5.
- (221) L. SIRET. «A propos des poteries pseudo-myceniennes», L'Anthropologie, XVIII (1907), pág. 195.
- (222) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 230.
- (223) L. PERICOT. «Historia social de la España antigua, HEVV», I (1957), pág. 40.
- (224) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. pág. 133.
- (225) L. SIRET. «Questions...», págs. 81-2.
- (226) L. SIRET. «Caracteres...», pág. 7.
- (227) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 55.
- (228) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 248.
- (229) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 230.
- (230) F. J. SANCHEZ CANTON. «Monumentos españoles», I (1932), págs. 17-9.
- (231) G. GOSSE Y F. MANRIQUE. «Los fenicios explotadores de Iberia», Estudio, V, 51, (1917), pág. 379; J. CUADRADO RUIZ. «Almizaraque, la más antigua explotación de la plata en España», 2 CASE (1946-7), pág. 168; M^a J. ALMAGRO. Ob. cit., págs. 9-10.
- (232) P. BOSCH GIMPERA Y F. DE LUXAN. «Explotación de yacimientos argentíferos en el Eneolítico, en Almizaraque (prov. de Almería)», IP, IX (1935), pág. 113.
- (233) M. ALMAGRO. «El poblado de Almizaraque...», págs. 378-9.
- (234) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Cereales y plantas de la cultura iberosahariana en Almizaraque (Almería). CHP, I (1946), pág. 36, nota 4.
- (235) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. págs. 43-4.
- (236) L. SIRET. «Le probleme de l'eneolithique», 5 CICPP, (1932), pág. 252.
- (237) L. SIRET. «Caracteres...», pág. 6.

- (238) L. SIRET. «Le probleme...», pág. 252
- (239) P. BOSCH GIMPERA Y F. DE LUXAN. Ob. cit. pág. 114.
- (240) P. BOSCH GIMPERA Y F. DE LUXAN. Ob. cit. págs. 116-7.
- (241) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 87-8.
- (242) M. ALMAGRO GORBEA. «Las fechas del C-14 para la prehistoria y la arqueología peninsular», (1970), pág. 18.
- (243) M. ALMAGRO GORBEA. «Nuevas fechas para la prehistoria y la arqueología peninsular», (1972), pág. 236.
- (244) F. DE MOTOS. «La Edad Neolítica en Vélez-Blanco», (1918), págs. 55-61.
- (245) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 51.
- (246) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 71-5.
- (247) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (248) A. DEL CASTILLO. Ob. cit. pág. 271.
- (249) P. BOSCH GIMPERA. «La cultura de Almería», pág. 59.
- (250) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 205.
- (251) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 53-63.
- (252) M. TARRADELI. «En torno a la arquitectura megalítica: Algunos problemas previos», 3 SPPI (1965), pág. 21.
- (253) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 188.
- (254) M. ALMAGRO. «Las investigaciones...», pág. 193.
- (255) A. ARRIBAS. «Megalitismo peninsular», 1 SPPI (1959-1960), pág. 71.
- (256) A. ARRIBAS. «Las técnicas constructivas en los sepulcros megalíticos del Sur de España», 3 SPPI (1965), págs. 62-5.
- (257) A. M.^a MUÑOZ. «La civilización pretartésica andaluza durante la Edad del Bronce», 5 SIPP, (1968-9), págs. 62-5.
- (258) P. BOSCH GIMPERA. «La arqueología...», págs. 81-5.
- (259) A. ARRIBAS. «Megalitismo...», págs. 81-5.
- (260) L. SIRET. «Orígenes...», pág. 11.
- (261) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 214-229.
- (262) M. ALMAGRO. «Elementos...», pág. 167.
- (263) M. ALMAGRO. «Prehistoria», págs. 605-6.
- (264) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 186.
- (265) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 189.
- (266) M. ALMAGRO. «Elementos...», pág. 168.
- (267) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 94-8.
- (268) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 260.
- (269) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 186.
- (270) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 61.
- (271) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 175-6.
- (272) P. BOSCH GIMPERA. «La cultura de Almería», pág. 58.
- (273) B. BERDICHEWSKY. Ob. cit. págs. 23-145.
- (274) M.^a J. ALMAGRO. «Las tres tumbas...», págs. 9-10.
- (275) L. SIRET. «Villaricos...», pág. 427.
- (276) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Cereales...» pág. 38.
- (277) J. CUADRADO RUIZ. «Almizaraque...», págs. 173-4.
- (278) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 21-48.
- (279) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 81-8.
- (280) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 71-5.
- (281) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 77-81.
- (282) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 63-4.
- (283) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 39.
- (284) A. ARRIBAS. «El sepulcro...», pág. 212.
- (285) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 69.
- (286) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 64-5.
- (287) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 228, lám. VIII, fig. 3.
- (288) F. SANCHEZ CANTON. Ob. cit. págs. 19-20.
- (289) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 210-1.
- (290) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 213.
- (291) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 211.
- (292) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 69.
- (293) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 109.
- (294) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 65.
- (295) P. BOSCH GIMPERA «La arqueología...», págs. 166-7.

- (296) P. BOSCH GIMPERA Y L. PERICOT. «Les civilisations de la Peninsule Iberique pendant le Neolithique et l'Eneolithique», L'Anthropologie. XXXV (1926), pág. 445.
- (297) P. BOSCH GIMPERA. «El poblamiento...», pág. 101.
- (298) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Orígenes...», págs. 138-141.
- (299) L. SIRET. Ob. cit. págs. 233-5.
- (300) H. SCHUBSRT. «Relaciones...», págs. 341-2, nota 84.
- (301) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. pág. 105.
- (302) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 82-3.
- (303) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 261.
- (304) L. SIRET. «Essai...», pág. 379.
- (305) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. págs. 153-7.
- (306) M. ALMAGRO. «Prehistoria», pág. 764.
- (307) A. TOVAR. «El oscuro problema de la lengua de los tartesios», 5 SIPP, (1968-9), pág. 344.
- (308) A. SCHULTEN. «Hispania», (1920), pág. 112.
- (309) G. HUXLEY. «Génesis de Grecia», (1975), págs. 42-3.
- (310) A. ARRIBAS. «La España de la Edad del Bronce», RE, (1967), págs. 106-7.
- (311) P. BOSCH GIMPERA. «Relaciones prehistóricas...», págs. 108-9.
- (312) J. MALUQUER. «Proceso histórico...», pág. 167.
- (313) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Esquema...», págs. 59-72.
- (314) H. SCHUBART. Ob. cit. págs. 340-1.
- (315) F. HERNANDEZ E I. DUG. «Excavaciones en el poblado de El Picacho», (1977), págs. 114-5.
- (316) E. HERNANDEZ E I. DUG. Ob. cit. pág. 115.
- (317) M. ALMAGRO GORBEA. «Las fechas...», pág. 22.
- (318) M. TARRADELL. «Sobre la delimitación geográfica...», pág. 140.
- (319) A. ARRIBAS. «La España...», págs. 106-7.
- (320) A. M.^a MUÑOZ. Ob. cit. pág. 42.
- (321) M. TARRADELL. Ob. cit. págs. 140-1.
- (322) M. ALMAGRO. «Origen...», págs. 83-9.
- (323) MARQUES DE LOZOYA. «Historia del arte antiguo» I, (1951), pág. 53.
- (324) M. ALMAGRO. «Arte...», pág. 121.
- (325) M. GOMEZ-MORENO. «La escritura...», págs. 884-5.
- (326) J. DE M. CARRIAZO. «La Edad del Bronce», HEMP, I, 1.^o (1947), págs. 826-7.
- (327) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 86-7.
- (328) H. SCHUBART. Ob. cit. pág. 332.
- (329) E. DEL VAL CATURIA Y OTROS. «La Economía», (1947), pág. 75.
- (330) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 405-7.
- (331) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. págs. 835-6.
- (332) N. SUREDA. «Tartessos visto por Bosch Gimpera», Murgetana, XXXVII (1972), pág. 66.
- (333) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. págs. 838-9.
- (334) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 771.
- (335) E. CUADRADO DIAZ. «Útiles y armas de El Argar», 1 CNA, (1949-1950), págs. 112-119.
- (336) E. CUADRADO DIAZ. Ob. cit. págs. 106-9.
- (337) H. SCHUBART. Ob. cit. págs. 339-340.
- (338) E. CUADRADO DIAZ. Ob. cit. págs. 106-9.
- (339) E. CUADRADO DIAZ. Ob. cit. págs. 110-1.
- (340) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 248.
- (341) M. ALMAGRO. «Elementos...», pág. 184.
- (342) H. SCHUBART. Ob. cit. pág. 332.
- (343) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. págs. 764-7.
- (344) L. SIRET. «Questions...», pág. 75.
- (345) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 261-2.
- (346) H. SCHUBART. Ob. cit. págs. 336-333.
- (347) E. DEL VAL CATURIA. «Los enterramientos prehistóricos en urnas», 2 CASE, (1946-7), pág. 138.
- (348) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. Ob. cit. pág. 142.
- (349) H. SCHUBART. Ob. cit. págs. 334-5.
- (350) A. TEJERA. «Enterramientos infantiles de inhumación en las necrópolis fenicio-púnicas del Mediterráneo occidental», 13 CNA, (1975), págs. 782.
- (351) E. DEL VAL CATURIA. Ob. cit. pág. 132.
- (352) M. ALMAGRO. «Origen...», págs. 85-6.

- (353) M. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 85.
- (354) M. TARRADELL. «Sobre la delimitación...», pág. 141; ID. «La Península Ibérica en la época de El Argar», 1 CNA (1949-1950), págs. 72-85; ID. «El problema de las diversas áreas culturales de la Península Ibérica en la Edad del Bronce», MHB, II, (1965), págs. 423-430; O. GIL FARRÉS. «La Península Hispánica», 1 CNA (1949-1950), pág. 74.
- (355) O. GIL FABRES. Ob. cit. pág. 74.
- (356) P. BOSCH GIMPERA. «La Edad del Bronce...», págs. 145-8; ID. «El poblamiento...», pág. 102.
- (357) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 179-197.
- (358) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 112-160.
- (359) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 160-4.
- (360) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 164.
- (361) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 173-7.
- (362) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 167-173.
- (363) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 199-209.
- (364) A. DEL CASTILLO. «El Neoceneolítico», págs. 527-8.
- (365) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 769.
- (366) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 835.
- (367) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 85-96.
- (368) M. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 825.
- (369) J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 825.
- (370) L. PERICOT. «Historia social...», págs. 31-2.
- (371) L. PERICOT. Ob. cit. pág. 32.
- (372) J. SAN VALERO. «El Neolítico español y sus relaciones», págs. 6-7.
- (373) M. FUSTE. «Estado actual de la antropología prehistórica de la Península», 1 SPPI (1959-1960). págs. 373-5.
- (374) L. SIRET. «Questiones...», pág. 411.
- (375) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 269.
- (376) L. DE HOYOS. «Las razas de las primeras edades del metal en el Sudeste de España. 3 CASE (1947), págs. 34-5.
- (377) L. DE HOYOS. «Los nuevos tipos almerienses y los datos sociales de ellos derivados», 1 CNA (1949-1950), págs. 143-4.
- (378) L. DE HOYOS. «El foco ibérico del Sudeste español», 4 CASE (1948-9), pág. 378.
- (379) ARRIBAS. «El rito sepulcral...», pág. 40.
- (380) L. DE HOYOS. «Las razas...», págs. 38-45.
- (381) L. DE HOYOS. «Los nuevos tipos...» pág. 145.
- (382) L. DE HOYOS. Ob. cit. págs. 147-8.
- (383) L. DE HOYOS. «Los grupos raciales del Sudeste de España al comienzo del metal», AN y ET, II (1948), pág. 422.
- (384) L. DE HOYOS. «Los nuevos tipos...», págs. 145-6.
- (385) A. MONTENEGRO. «La talasocracia mediterránea y su vocabulario». RSEAA, XIV (1948).
- (386) P. BOSCH GIMPERA. Ob. cit. págs. 99-100.
- (387) G. SCHULE. «Navegación...», págs. 455-6.
- (388) J. JAUREGUI. «Influencia de los vientos y corrientes de la cuenca occidental del Mediterráneo en las relaciones iberoafricanas», 4 CASE (1948-9), pág. 98.
- (389) III, 2, 5.
- (390) G. SCHULE. Ob. cit. pág. 462.
- (391) J. JAUREGUI. Ob. cit. pág. 100.
- (392) J. JAUREGUI. Ob. cit. pág. 98.
- (393) J. JAUREGUI. Ob. cit. pág. 99.
- (394) J. JAUREGUI. Ob. cit. págs. 102-3.
- (395) J. JAUREGUI. Ob. cit. págs. 103-4.
- (396) S. MOSCATI. «L'expansion phenio-punique dans le Mediterranee occidentale», 2 CICMO, I (1976), págs. 16-7.
- (397) G. SCHULE. Ob. cit. pág. 457.
- (398) A. MOSCATI. Ob. cit. pág. 462.
- (399) J. SAN VALERO. «El Neolítico español y sus relaciones...», pág. 24.
- (400) G. SCHULE. Ob. cit. pág. 452.
- (401) J. CUADRADO. «Almizaraque...», pág. 173.
- (402) «De República», I, 72.
- (403) J. MALUQUER. «El proceso histórico...», pág. 161.
- (404) J. MALUQUER. «Arquitectura prehistórica». (1951), pág. 29.
- (405) M. L. SANCHEZ LEÓN. «Economía de la Hispania meridional durante la dinastía de los Antoninos», (1978), pág. 51.

- (406) J. EZQUERRA DEL BAYO. «La industria minera», (1844), pág. 49.
- (407) H. ET L. SIRET. Ob. cit. pág. 1.
- (408) L. SIRET. «Le probleme...», pág. 250; P. BOSCH GIMPERA Y F. DE LUXAN. Ob. cit. pág. 116; J. DE M. CARRIAZO. Ob. cit. pág. 825.
- (409) L. SIRET. Ob. cit. págs. 252-3.
- (410) N. SUREDA. «Hipótesis sobre Tarschisch» (1970), pág. 22.
- (411) L. SIRET. «Orientaux...», págs. 221-2.
- (412) M. ALMAGRO Y A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 203; A. ARRIBAS. «La Edad...», pág. 91.
- (413) L. PERICOT. «Sobre el problema...», pág. 40.
- (414) J. MALUQUER. «Tartessos», pág. 112.
- (415) L. SIRET. «Le probleme...», pág. 250.
- (416) G. GOSSE. «Las minas y el arte minero en España en la antigüedad», Ampurias 4 (1942), pág. 44.
- (417) L. SIRET. «Questions...», pág. 38.
- (418) L. SIRET. «Orígenes...», pág. 13; P. BOSCH GIMPERA Y F. DE LUXAN. Ob. cit. pág. 116; A. ARRIBAS. «Las bases económicas del Neolítico al Bronce», EAPI (1968), págs. 45-7.
- (419) L. SIRET. «Orientaux...», pág. 540.
- (420) H. ET L. SIRET. Ob. cit. págs. 408-414.
- (421) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Orígenes...», págs. 157-8.
- (422) A. ARRIBAS. «Ecología de Los Millares», 8 CNA (1963-4), págs. 321-8.
- (423) A. ARRIBAS. «Las bases...», pág. 413.
- (424) M. HOPF. Ob. cit. pág. 70.
- (425) M. HOPF. Ob. cit. pág. 69.
- (426) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 43.
- (427) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 35.
- (428) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 35.
- (429) A. ARRIBAS. «Aspectos ecológicos en la interpretación del Neolítico y la Edad del Bronce en la Península», 27 CLCP (1964), pág. 278; ID. «Las bases...», págs. 43-4.
- (430) J. MARTINEZ SANTA-OLALLA. «Cereales...», pág. 35, nota, 2.
- (431) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 49-50.
- (432) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 40.
- (433) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 41.
- (434) A. ARRIBAS. Ob. cit. pág. 41.
- (435) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 40-1.
- (436) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 39-40.
- (437) J. M. GOMEZ-TABANERA. «Las religiones prehistóricas y antiguas», RE, (1967), págs. 356-368.
- (438) J. MARINGER. Ob. cit. pág. 64.
- (439) A. LEROI-GOURHAN. «Les religions de la Préhistorique» (1964), págs. 53 y ss.
- (440) A. LEROI-GOURMAN. Ob. cit. pág. 48.
- (441) J. MARINGER. Ob. cit. págs. 102, 104.
- (442) A. LEROI-GOURHAN. Ob. cit. pág. 40.
- (443) J. M. GOMEZ-TABANERA. Ob. cit. págs. 351-5.
- (444) L. SIRET. «Les Casiterides...», págs. 146-7.
- (445) J. MALUQUER. «Tartessos», pág. 22.
- (446) L. SIRET. Ob. cit. pág. 146.
- (447) J. M. GOMEZ-TABANERA. «La significación religiosa de la «Cypraea» en la España primitiva», 7 CNA (1961-2), págs. 86-7.
- (448) M^a J. ALMAGRO. «Los ídolos...», pág. 27.
- (449) L. SIRET. «Religions...», págs. 194-5.
- (450) A. ARRIBAS. «Museo...», pág. 81.
- (451) M^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 30-2.
- (452) M^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 11.
- (453) M. ALMAGRO. «El ídolo de Chillarón y la tipología de los ídolos del Bronce I Hispano», (1966), págs. 21-30.
- (454) M. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 34-6.
- (455) H. SCHUBART. «Relaciones...», pág. 336.
- (456) L. SIRET. Ob. cit. pág. 117.
- (457) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 246.
- (458) M^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 63-9; ID. «Los ídolos "betillos" del Bronce I Hispánico: sus tipos y cronología», (1968), págs. 21-2.
- (459) L. SIRET. Ob. cit. págs. 196, 242.

- (460) L. SIRET. Ob. cit. págs. 195-214.
- (461) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 33-62.
- (462) A. ARRIBAS. Ob. cit. págs. 82-3.
- (463) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 253.
- (464) J. MARINGER. Ob. cit. págs. 201-3.
- (465) H. KÜHN. Ob. cit. pág. 164.
- (466) J. R. CONRAD. «Le culte du taureau», (1978), págs. 207-219.
- (467) M. ALMAGRO. «Elementos...», pág. 181.
- (468) L. SIRET. Ob. cit. págs. 197-8.
- (469) L. SIRET. Ob. cit. pág. 196.
- (470) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 153-6.
- (471) J. DECHELETTE. Ob. cit. pág. 229; L. SIRET. Ob. cit. págs. 198, 234; M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 181-218.
- (472) H. KÜHN. Ob. cit. pág. 120.
- (473) L. SIRET. Ob. cit. págs. 283-4; ID. «La dama...», págs. 237-245, 257-276; ID. «Orientaux...», págs. 548-450; ID. «Les Casiterides...», págs. 148-151; «Origenes...», pág. 23; ID. «Etudes...», pág. 286.
- (474) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. págs. 247-251.
- (475) L. SIRET. «Religions...», págs. 202-220.
- (476) A. ARRIBAS. «El sepulcro...», pág. 211.
- (477) M.^a J. ALMAGRO. Ob. cit. pág. 163.
- (478) H. KÜHN. Ob. cit. pág. 128.